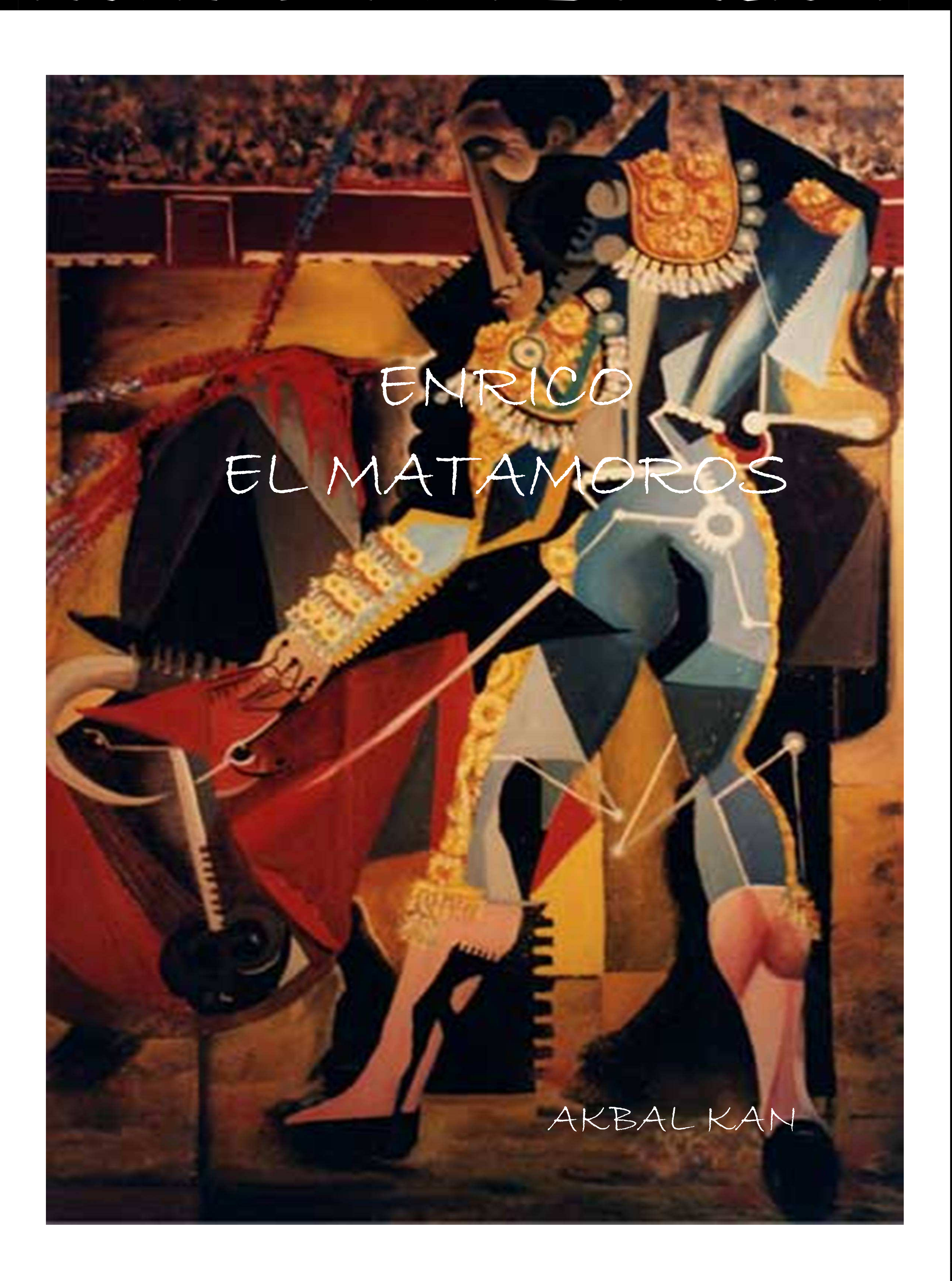

ENRICO
EL MATAMOROS
AKBAL KAN

«A mi patria centroamericana,
de un hijo suyo…»

———————ooOoo———————

enrico,
el Matamoros

novela picaresca

—

akbal kan

———————oOo————————

---

enrico,
el Matamoros

novela picaresca



«I want a hero: an uncommon want,
When every year and month sends forth a new one,
Till, after cloying the gazettes with cant,
The age discovers he is not the true one...»,

«Ando en busca de un héroe; uno poco frecuente;
aun cuando cada año y mes uno se nos presenta
en gacetas y plumas que le cantan glorias a trompeta,
hasta que el tiempo descubre finalmente
que tal héroe no es verdadero...»,

–Lord Byron, *Don Juan*

——oooOOOooo——

Nota:

La historia de Enrico, el Matamoros, escrita de manera anónima por un tal Akbal Kan, forzado seudónimo en lengua maya de un conocido autor de letras hispanas, es, sin ningún margen de duda, la expresión literaria del descontento y la miseria que vive en conjunto el Pueblo de Honduras, provocados, como es sabido por los científicos sociales, por una élite rica conformada por árabes y criollos –fiel guardiana de los intereses económicos del Emporio e Imperio estadunidense, el que, por otra parte, les ha recompensado con poder político y monetario–. Es evidente, pues, para todo el Mundo que esta élite devora los recursos del Estado –es decir, del Pueblo mismo– sin vergüenza alguna, imbuyendo a este rico país en la más pusilánime de las pobrezas.

En respuesta a tales desmanes, aparece esta pequeña pero divertida obra, que emplea el humor de las antiguas chanzas castellanas, aunque no su estilo, para ridiculizar, como en aquellos tiempos, a la nobleza, la Iglesia y, a los pérfidos enemigos de ese entonces, los moros, y que puede apreciarse en obras tales como "El lazarillo de Tormes", del que a propósito tomaré la siguiente sentencia y que muestra el verdadero propósito de este librito:

«Y todo va desta manera: que confesando yo no ser más santo que mis vecinos, desta nonada, que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades».

Contenido del que el autor, como todos, espera de su público:

«Porque si así no fuese, muy pocos escribirían para uno solo, pues no se hace sin trabajo, y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus obras, y si hay de qué, se las alaben. Y a este propósito dice Tulio: "La honra cría las artes." ¿Quién piensa que el soldado que es primero del escala, tiene más aborrecido el vivir? No, por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y así, en las artes y letras es lo mesmo. […] Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite; y a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello. Y así vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son. Y esto, para ninguna cosa se debería romper ni echar a mal, si muy detestable no fuese, sino que a todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar della algún fruto.»

Y como el mismo Akbal Kan pudo bien haberles recomendado: «Gócenla, que esta cosa es toda suya».

Goyo

1

El origen de Enrico

En un tribunal de la ciudad de Tegucigalpa, un juez, con una cara anormalmente adusta y que daba la ligera impresión de ser una que, si secundáramos a los más altos tratados de moral aristotélicas, podría calificarse de hipócrita, pronunciaba las siguientes palabras que leía de un acta que sostenía en las manos, ah, y lo hacía con la dignidad de un patricio romano:

«EL SUSCRITO HONORABLE JUZGADO Primero de lo Contencioso, en demanda presentada por el distinguido señor Affik Mussad en contra del sujeto llamado Enrico Prados Prados, ha dictaminado lo siguiente:

»CONSIDERANDO que el individuo llamado Enrico Prados fungía como gerente de la compañía "Nachos y Frituras, S. A." y que por tanto debía estar al tanto de su administración;

»considerando que el individuo Prados, gerente, no pudo probar su inocencia en este juicio por malversación de fondos;

»considerando que el distinguido señor Mussad sí ha presentado pruebas fehacientes y contundentes que incriminan al individuo Prados en dicha malversación;

»EN CONSECUENCIA, este Honorable Juzgado, en facultades otorgadas por las leyes de la República de Honduras, SENTENCIA:

»QUE EL sujeto que se hace llamar Enrico Prados Prados es culpable por malversación de fondos y lo condena a 30 años de reclusión en la Penitenciaría Nacional de Támara…»

La resolución del operador judicial, sin duda y de acuerdo con los alegatos de Enrico, nuestro héroe de aquí en adelante, era excesiva, así que al escuchar estas aterradoras palabras y ya esposado por los guardianes del recinto, rió simplemente para sí, vencido y acusado además, a lo lejos, por las cejas menudas y el fuego en los ojos de don Affik Mussad, que parecían mandarlo al más ardiente de los infiernos.

Salió, pues, el denostado Enrico, ultrajado en la Corte como si hubiera sido el más vil de los ladrones, caminando por el pasillo hacia las puertas del Juzgado, donde, cosa curiosa, todos los hombres, al verlo pasar, se colocaban las manos atrás de la espalda, tal si estuvieran protegiéndose lo más sagrado de la castidad masculina; en tanto que don Mussad, sentado a sus anchas en un banco de madera, era tratado con condescendencia y gran pleitesía; sin embargo, lo que no sabía Enrico, y quizá fue ésta una de las sorpresas que jamás haya podido predecir en su corta e impetuosa vida, era de lo que le esperaba más allá de los portones: bajo las gradas que caían en la calle que daba frente al céntrico y derruido edificio de lo Contencioso, se encontraban miles de personas que rugían acaloradamente y a todo pulmón.

«El linchamiento», se dijo.

Nuestro Enrico, pasmado de ver semejante espectáculo, pensó en verdad que había cometido un gran crimen, uno que por otra parte él no había cometido, y quiso retroceder, tratando de escapar de la muchedumbre vocinglera, a la puertas, mas de súbito, aquella gran masa corrió

hacia él, derribando y aventando a los custodios encima de la acera, lo cogieron, levantaron en hombros y empezaron a lanzar vítores, para él incomprensibles:

–¡Qué viva Enrico el Matamoros! ¡Qué viva el gran Enrico! ¡Qué viva el Matamoros!

Cargado, lo llevaron hasta el Parque de las Mercedes, frente a la Catedral, ensalzándolo a cada paso, lanzándole vivas y abrazándolo con efusión. Como en los tiempos de la juglaría, se agolparon a su alrededor unos cuantos bardos que, guitarra en mano, entonaron el siguiente canto:

Ha llegado el gran Enrico
Matador de infieles criollos
Aquél que les hacía rico
A las mujeres de los moros

Le rompieron las esposas, lo liberaron, le dieron de comer baleadas, tamales y montucas, lo llevaron a la tarima principal y, aún en desconocimiento el Enrico de lo que ocurría en ese inesperado alboroto, le rindieron los más grandes honores que pueda recibir un hombre: el respeto y amor de la gente sencilla. ¿Qué era todo este asunto?, se preguntaba. ¿Por qué la gente lo ovacionaba y le prodigaba tanto culto? Creyó Enrico que el mundo se había vuelto loco, y cuando le pusieron el micrófono en la boca para que dijera algunas palabras, muy esperadas por todos los presentes de parte de su héroe, el pobre joven se limitó a dibujar una sonrisa traviesa en aquel su rostro proporcionado y menudo, cosa que avivó más el ánimo, ya candente, y enseguida le cayeron encima cientos de calzones y sujetadores femeninos.

¡Oh mi querido lector, a vos te pido paciencia! Es necesario que me detenga y confiese que me he adelantado demasiado e imprudentemente con el relato, y las reglas del arte narrativo exigen que empiece por el principio, me enrede en el medio y acabé por el final. Sin embargo, para mala fortuna tuya, yo soy un narrador que se apega a las reglas, y tendrás que sufrir paso a paso lo que como espectador tuve que presenciar, el privilegio de estar allí ese día y de buscar, luego, los orígenes de tan emblemática figura.

Como a la usanza antigua, empezaré por decir que nació el joven Enrico en San Pedro Sula, ciudad de la Costa Norte, la más bella y plana de las que puedan pulular en Centroamérica, una gema soleada que se halla circunvalada por bulevares hermosos y calles rectilíneas, lo que le da esa forma típica y deliciosa de una manzana, ese fruto tan dulce y suave como el de llevar una vida santa, y a la vez tan pecaminoso, tan mundano e incitador al goce de pensamientos bajos, inmorales, de esos mismos que con tanto esfuerzo tratan de evitar los obispos y pastores evangélicos, hombres llenos de santidad y virtud que antes de recibir una moneda de las arcas del Estado, o siquiera la impúdica insinuación de una simple oferta para la toma de un cargo público, tienen el valor de exclamar como Cristo: «Mi reino no es de este Mundo».

Es allí adonde, decía, treinta años atrás, llegarían unos campesinos provenientes del Occidente del país, específicamente de una provincia, o «departamento» como le llaman acá, llamada Santa Bárbara, que tiene tanto de santa como nuestras iglesias y políticos de honrados.

Estos campesinos de los que he hablado no son otros que los padres de Enrico, y remitiéndome a la bien estudiada y nada falseada Historia nacional, es allí en Santa Bárbara donde existe un núcleo bastante compacto de descendientes de sefarditas, fácilmente distinguibles por su pelo negro y piel blanca parecida a la leche. Pero lo fascinante de ellos, no es su piel ni su procedencia, sino su inclinación natural hacia los métodos, es decir, a ser metódicos, severos, orgullosos de sí mismos, al grado de sentirse «mejores» que el resto, y sobre todo, a que se mezclen

entre sí y con las mismas familias. Por ello existe un dicho común en el pueblo que reza: «En Santa Bárbara cada familia tiene a su loco y amarrado lo tiene al par de un coco». Por supuesto, esto suele decirse con cariño, del más profundo.

Pero lejos de esto, esta provincia es la cuna, la isla de Circe, de las mujeres más guapas de la nación. Son muy codiciadas las rubias, que saben cómo desplegar sus brillantes cabellos de oro al viento, como las que han adquirido el color del jade en sus negrísimos mechones. Ningún Ulises estaría tan triste ni sería suficientemente sensato como para abandonar tal paraíso selvático, en donde podría disfrutar por siempre de las caricias de mujeres de aspecto «nórdico», siempre esbeltas y de grandes pechos, o de las que, en su rica ingenuidad, poseen el «look» y el garbo de la Virgen María; las primeras suelen ser pescadas por hombres adinerados, en tanto que las segundas normalmente son «robadas» por el infaltable valiente pelagatos de la aldea. Dentro de las últimas se encuentra el tronco maternal de nuestro Enrico, a quien Dios había agraciado, no con belleza, sino con una personalidad encantadora, ligera e irresistible.

Don Chepe Prados, como se llamaba el padre de Enrico y el futuro marido de Ester, la madre, poseía el don de la fuerza y, por desgracia, del arrebato, era, por así decirlo, el Hércules catracho. Su imponencia, el Partido Liberal y el filo de su machete, lo habían convertido, en realidad lo hizo él mismo a base de ímpetu, en la «mera choya»[1] de la aldea y había jurado, a gritos y en borracheras con sus correligionarios, que se casaría con la mujer más bonita del lugar. Así que el día en que se «casó», había visto a doña Ester Prados, su prima, es cierto, conocida suya desde que era una niña, caminar con sus caites de cuero quemado en dirección al molino, pero que para él fulguraba ella con la exquisitez propia de una damisela salida de un cantón medieval. La verdad fue que se la llevó a la fuerza a una aldea contigua, «robada», como alegarían sus amigos. La buscaron sus familiares por varios días, hasta que la encontraron en casa de don Chepe, ya amansada y feliz de ser mujer.

Era pues nuestro Enrico, mitad indio mitad judío, de la casa de P'R'D'SH, que los semitas, al llegar a continente europeo y para ser aceptados, habían camuflado en patronímicos tales como Pardos, Paredes, Prados, etc. Lo dicho, más sabe el Diablo por viejo que por diablo, y estos viejos y testarudos sabios lograron asimilarse entre los íberos gracias a que en la antigua escritura judía las vocales se escribían en comillas altas, sin que nadie supiera cómo se pronunciaban. Pero qué demonios le importa a Enrico, o a vos, amable lector, estas cosas, sino a un grupúsculo de fanáticos que insisten en creer que con ello serán salvados de un gran fuego. Sigamos mejor con los orígenes de nuestro singular personaje.

Se vino, así, aquella gente campesina de su lugar a la ciudad de San Pedro, sólo a pegar de dientes con la penuria, ya que no sabían hacer otra cosa que trabajar la tierra, ir a la iglesia y contarse entre amigos sendas «perras de camino real»[2]. Don Chepe, por medio de un contacto del Partido, finalmente encontró trabajo como chapeador de grama en casas de gente rica y doña Ester se dedicó a vender tortillas. Ambos trabajaban duro y gustaban de cabalgar a lo rudo, al parecer, pues en menos de trece años, Ester había parido ya doce hijos. Enrico era el menor, el benjamín, llamado precisamente así por «enriquecer», según doña Ester, los últimos días de su vida, y quizá por esto le fue dada la bendición de ser amado por todos, especialmente por las mujeres. Mas, cosa curiosa, llegó a ser detestado por sus hermanos, no los de su madre, sino por los otros de sangre, los árabes, aunque siempre, más adelante veremos, trabajó para ellos.

---

[1] Término vulgar que significa literalmente, «el gran pene», y que pasó a significar «jefe», «mandamás», «cacique».

[2] Cuentos. Es allí, en Santa Bárbara, donde existen excelentes narradores orales.

Hasta la edad de diez años, Enrico, a pesar de haber tenido varias «novias» de ojos y manita sudada en la escuela, no había desarrollado todavía su instinto de «amador de mujeres prohibidas», como le reprochó uno de sus tercos tíos, con orgullo, hay que decirlo, pero que al pobre Enrico le costaría, a sus quince años, una buena tunda de treinta vergajazos.

Su padre, que no fue el gran tunante que solía creerse, en realidad sólo llegó a tener dos queridas en su vida después de su abnegada mujer, quien lo tenía a rajatabla y bien medido, lo que le valió también, por parte de sus primos, el deshonroso título, según estos gigolós de la prehistoria, de «el Mandilón de la Costa».

Así, Enrico crecía en la pobreza, corriendo contra los remolinos de polvo que se levantaban en aquellas calles balastreadas una vez cada veinte años y jugando al fútbol con sus amiguitos. Gustaba la vieja Ester de engalanarlo, andarlo bien peinadito, con su raya izquierda lamida casi como por artes de lengua de vaca, amén de calzarlo con unos zapatos maltrechos pero lustrados, por no hablar de sus pantaloncitos de tela y guayaberas recosidos por atrás y por delante, y de llevarlo a conocer a su parentela, en especial a casa de sus tíos, cada domingo. Sinceramente que, en esos días, Enrico parecía un ángel, el más inocente de todos, un niñito tieso de andar que parecía incapaz de quebrar un plato. Era amado, sin duda, por su candidez, una que, según pude inquirir entre sus cercanos y lejanos, irradiaba un encanto casi morboso y corrupto.

Sin embargo, he de decir, que no toda la familia de los Prados era campesina, no. Había entre ellos ya citadinos de varias generaciones, quizá decenas, que habían logrado abrirse paso a través del estudio. Algunos servían de administradores de tiendas o tenían su propio negocio. Un día, cuando Enrico visitaba a su tío Moisés, llegó otro tío, cosmopolita, "guerrillero" y muy crítico, que tenía una imprenta. Fue el acontecimiento que le cambiaría la vida, ya que, gracias a él, Enrico dejó de pensar como campesino y adoptó, a lo campesino siempre, las costumbres de su pariente Miguel, el hermano de Moisés.

El tío Miguel, al ver a aquel niño socadito y pelo emperifollado, sintió un gran afecto por él. Lo llevó a las imprentas y le enseñó su arte. Fue así como Enrico adquirió una extraña erudición, una que con el tiempo le enseñaría a odiar lo que más quería, es decir, lo que había aprendido a querer, los libros.

Y aquí me adelantaré, para no recargarte, mi querido lector, con datos innecesarios, y daré paso al evento que acabo de mencionar, el que obligó a Enrico a detestar lo que más amaba: Cierta tarde, varios años después de haber impreso su primer hoja de papel y ya en plena adolescencia, Enrico salía del negocio de su tío y se dirigía al colegio, uno renombrado y que Miguel se había comprometido a pagar para compensar el trabajo del sobrino. Llegó, pues, Enrico al colegio y vio ante así algo de lo que no se había percatado nunca, pero por lo cual había sido precisamente bien querido. Al poner un pie en aquel portón negro del instituto, una jovencita bajó de un carro menos que lujoso y corrió hacia él. La conocía, pues eran compañeros de estudio.

–¿Qué hay, Enrico? –lo saludó–. ¿Te gusta mi falda? –acabó ella, con picardía, levantándosela.

«Ciertamente es una tela carísima», pensó él.

–¿Por qué me lo preguntás? –le contestó.

Ella sonrió. Acto seguido le dio un beso en la mejilla. «Tonto», le susurró, y azuzándolo: «Vení, seguíme». Enrico fue tras ella, y ésta lo llevó a un baño. Una vez allí, aquella linda de ojos almendrados empezó a zafarse la prenda, con tal mala suerte que el Director, quien había visto aquella escena desde lejos, abrió la puerta y los encontró en pleno asalto, es decir, a ella encimada en Enrico.

El castigo: Samira Fuad, que era el nombre de la jovencita, había sido «tocada» por Enrico, por tanto, éste sería expulsado del instituto.

Fue por esto y no por otra cosa que Enrico desde entonces odió a los libros: primero, porque siempre le habían quitado el tiempo, no le habían enseñado nada, ni del mundo ni de las mujeres, al contrario, estaba más pendejo que antes, incluso más que su padre; segundo, porque luego de leerlos, ante tantas grandezas allí escritas, había querido ser él igualmente magnificente, alguien importante en la Historia, pero como no tenía recursos para acometer tan magna empresa, aquello le había rebotado en una frustración de todos los diablos.

–¡A la mierda con Filipo el Grande, Cesar Augusto y Napoleón Bonaparte! –gritaba nuestro Enrico mientras aventaba los empastados en dirección a las aguas negras de un crique que la municipalidad le había abierto atrás de la casa; resentido, entrevió que había otras formas de lograr lo que él había soñado alguna vez.

Y es aquí donde realmente comienza la historia de nuestro matador.

2

Cómo Enrico le saca el demonio a una mujer, y aún así es otra vez expulsado

No podría acusar a nuestro Enrico de indecente por lo ocurrido con Samira, ni tampoco a ella achacarle esa acostumbrada y púber lascivia propia de los años hormonales de la adolescencia, provocada tal vez por vivir entre seres disfuncionales y con caras de sultán apedorrado, pero lo cierto es que a Enrico le costó aquella gracia un futuro, para los estándares de "éxito" que ahora se manejan, bastante prometedor.

Fue expulsado, pues, de aquel famosísimo colegio, y su tío, que pagaba exorbitantes sumas sólo para que el pobre Enrico aprendiera inglés, suspirando disimuladamente de alegría, le dejó ir los treinta y bien puestos vergajazos. Mientras le pegaba, le gritaba:

–¿Y se la metiste siquiera?

A lo que el castigado Enrico contestaba con un tímido hexasílabo:

–¡Sólo la puntita!

Devolvió el tío Miguel a Enrico con sus padres, y don Chepe, más satisfecho que su concuña, lo recibió con este saludo:

–Si es que el que nace para tamal, del cielo le caen las hojas. ¡Ahora vas echar verga conmigo chapeando monte, gran maje!

Hay cosas que en la vida no logran comprenderse, ni se vislumbran, y lo que puede ser el más grande fracaso para unos, es, para otros y vaya usted a saber qué misteriosas artes son invocadas, el más grande regalo que pueda otorgarles el Hado. Enrico comenzó a trabajar con su padre en casa de un renombrado empresario árabe, don Ibrahim Jarach, a la sazón, figura prominente del dominio oriental instaurado por el Imperio yanqui, tanto así que disfrutaba de plenos poderes para gobernar sobre los hijos de estas enselvadas tierras de la Gran Chichimeca. Enrico, por supuesto, en su ignorancia erudita, nunca lo vio de esa manera tan vulgar e insolente, como tampoco se hubo percatado de aquel "harén" de preciosas mujeres, ojos rasgados y cejas ariscas, que gustaban de reunirse en casa de don Ibrahim todas las tardes.

Llegaba con su padre tres veces a la semana, machete en mano, a esa casa de ensueño, cuyos jardines flotantes le daban una eterna lozanía a cada rincón del palacete. Enrico, que había sido encomendado por don Chepe a sacar hojas de la piscina, solía, sin ninguna mala intención, hacer el trabajo descamisado y con ajustado short, precisamente a la hora en que las damas acostumbraban a tomar el té, a lo inglés.

Cierto es que a nuestro joven jamás se le cruzó por la mente acción indecorosa alguna, y también es cierto que de aquellas damas, a ninguna se le ocurrió pensar que existían en el mundo Adonis tan bien proporcionados, de pectorales anchos, muslos gruesos y brazos de acero.

Dentro de este noble círculo de honorables señoras, se encontraba doña Mina, la joven esposa de don Jarach, una dama a quien nada perturbaba y que poseía, para más ensalzamiento, un alto concepto de sí misma, de la moralidad citadina y de las buenas costumbres. Blanca y grácil como una nube de verano, irradiaba una frescura sin parangón, y tal pareciera que tenía uno ante sí a un miembro del coro de los ángeles cuando se paseaba junto a ella. Era, pues, doña Mina, una

mujer exquisita, sabiamente educada, y la perdición de cualquier hombre que, en su ingenuidad, pusiera los ojos en ella. Cosa que jamás ocurriría, pues nuestra señora nunca, nunca daba cabida para ello.

Hablaba con medida seguridad, y esto sí es de anotar, jamás dejaba aflorar sus pensamientos, mucho menos aquellos que se escondían en su corazón. La verdad es que don Ibrahim, hombre muy atareado, no le prestaba demasiada atención a su joven señora, pues los negocios, oh los benditos negocios, le absorbían y quitaban todo el tiempo posible. Así doña Mina se pasaba los días sumida en un eterno aburrimiento, sin más ocupación que tomar té con sus coetáneas y de presentarse, en ocasiones y a forzadas, como correspondía a su alta investidura social, en los bingos y casinos promovidos por el Club de Jardinería, de la que ella era presidente vitalicia, y su "pasión", según decían sus respetables amigas, entre ellas, doña Dalila, su más allegada y esposa del más grande tendero de la ciudad, don Alí Sammán.

Como hemos dicho, doña Mina tenía un talante y mirada imperturbables, todavía más arrogantes que los de sus amigas. Es por esto que, oh, quién para entrever los reveses del Destino, meses después la sociedad entera se preguntaría qué maléfico conjuro pudo haberse apoderado de tan excelsa y siempre pulcra mujer.

No podría achacarle yo esta desventura a doña Dalila que, en una tarde soleada y deliciosa, de las que se suceden entre septiembre y octubre, se pasó la lengua por encima de los labios, luego de ver al joven Enrico sin camisa y en paños menores caminar en la piscina, ante la mirada escrutadora de doña Mina.

Tantas cosas pudieron haber pasado, tantas digo, como quizá saborear el té o acomodarse el maquillaje en esos ribetes apolíneos, que no se me ocurre pensar, o "creer", como todas las que allí se encontraban, que habría sido por los abdominales de atleta de Enrico, cuyo mojado cuerpo, musculado y quemado por el sol, se abría paso por entre las aguas del azulado receptáculo, sosteniendo en su mano una grande y larga vara que acababa en una criba redondeada y exageradamente abultada que empleaba para limpiar la bendita alberca.

Tampoco podría afirmar que, luego de esta "impúdica escena", llamada así por otra señora ya entrada en años, doña Genoveva, los males de doña Mina la aturdirían el día en que doña Dalila, a escondidas y ya entrada la tarde, le pidió a don Chepe los servicios de Enrico, "para que le hiciera el trabajo en la parte de atrás" de su recargada casa ubicada en la exclusiva zona de El Pedregal.

Digo pues que este acuerdo, que no pasaría desapercibido por doña Mina, quien, como hemos aclarado, era la más virtuosa de las mujeres, no pudo haber sido el desencadenante de sus dolores, ya que ella tácitamente condenó "aquel trato" al despedir *ipso facto* a don Chepe, no sin antes decirle que no estaba dispuesta a tolerar "que cierta gente de reputación explote la ingenuidad de un joven necesitado, como su hijo. Mejor váyase, no vuelva, y guárdelo en su casa".

Aun cuando muchos se aventurarían a formular teorías conspirativas que pudieran culpar a doña Mina de "celosa" o de haber faltado a la benevolencia como matrona, la verdad es que tales argumentos caen por su propio peso, pues, como lo diría ella después en una reunión del Club, "estaba sumamente interesada en velar por el bienestar espiritual de doña Dalila, a la que vi desvariar algunas veces junto al jardín". Así, tuvo que afrontar el sacrificio de despedir al viejo Chepe, "pues hubiera sido impermisible relacionar a la amantísima Dalila con gente de tan baja estofa". Yo estoy seguro de sus buenas intenciones, y hago oídos sordos a las palabras de una cocinera de la casa, vieja malhablada, que decía haber visto muchas veces a doña Mina detrás de las cortinas de la ventana, "espiando al joven Enrico", mientras éste exhibía sus habilidades en la

labor al sol de sacar hojas de mango de la piscina. O de lo que me dijo una camarera, que había encontrado al joven Enrico y a la señora Mina en el baño del "señor", ante lo cual ambos le contestaron que "como doña Mina se había sentido enfermosa esa tarde, Enrico solamente la estaba sosteniendo de espaldas y levantado las faldas para apretarla, pues la señora quería vomitar". De haber prestado atención a tales chanzas, pecaría, no de ser un narrador omnisciente, sino uno intrigante.

Sin embargo, hay que decir que desde el día en que doña Dalila se fijó en los dotes de Enrico, doña Mina empezó a expresar, calladamente, un ligero frunce en la frente. Pliegue que llegó a parecer una zanja en aquel rostro angélico cuando vio, al día siguiente, cómo Dalila se llevaba, acomodándolo en el asiento delantero de un auto todoterreno, a Enrico, "para que le metiera machete al zacatal", le había dicho con una sonrisita ingenua a doña Mina. "Ya sabe usted, querida Jarach, que el patio lo tengo muy descuidado". Airada, fue entonces cuando doña Mina tomó la decisión de desterrar a don Chepe, "por alcahuete".

Mas este incidente no es lo que realmente cuenta en la prodigiosa vida de Enrico, que sirvió varios meses a doña Dalila, sino el hecho de que doña Mina, sin que hasta el sol de hoy se sepa, cayó presa de una enfermedad con síntomas crónicos. En vano eran los esfuerzos de don Ibrahim por alentar a la vida el espíritu condolido de su mujer, así como eran vanos los diagnósticos de los mejores médicos de San Pedro. "Al parecer", le dijo doña Genoveva a don Ibrahim, "nuestra amiga sufre de algún maleficio".

Don Ibrahim, que se había apartado ya de la religión de sus padres y en cambio adoptado el cristianismo, llevó a casa a un pastor evangélico, "un apóstol" que era popular por aparecer en un espacio televisivo, para que viera a su desdichada y aquejada consorte. No obstante, con las visitas del apóstol el semblante de doña Mina, en vez de mejorar, empeoraba. No eran efectivos ya las tocaduras de los "mantos sagrados de Belén", el beber de las "aguas traídas exclusivamente del río Jordán", como tampoco los ayunos en masa que el apóstol acostumbraba a hacer junto a su séquito de servidores.

–Hay que exorcizarla –le dijo el apóstol Ardemal a don Jarach.

La llevaron, pues, a la inmensa sala que daba al patio y comenzaron con el conjuro, sentándola en un sillón. Antes había pedido el santo prelado la ayuda de sus amigas más cercanas para sujetarla y evitar que levitara. Todas, y doña Genoveva fue la primera, habían llegado, salvo Dalila, que arribaría más tarde.

Dio rienda suelta el pastor a su conjuro, al que, para hacer la ocasión más dramática entre aquellas tan distinguidas personalidades, añadía locuciones en hebreo:

–En el nombre de Melekh jaMashíax, oh, lleno de todo engaño y de toda maldad, Ben del Satán, enemigo de Todatzedeq, sal de este Agmat Nefesh!

Las gentes, por supuesto, creían que hablaba el santo en lengua de ángeles. Pero ni esto lograba revitalizar a doña Mina, ni siquiera las manoseos más allá de lo púdico que él apóstol, en las narices del marido, le prodigaba.

No fue sino hasta que, viendo por el resquicio de la ventana la llegada del apuesto Enrico junto a doña Dalila, nuestra amable señora Mina, flotando casi en el aire y soltando un muy sospechoso vahído, más bien un grito lindante al paroxismo raramente acompañado por la emisión de un líquido incoloro por en medio de las piernas carnosas, pudo volver a este mundo de píos y de buenas gentes. Cayó satisfecha en el sillón de exorcismo, con una sonrisa leve y llena de amor.

–El demonio ha salido –exclamó el apóstol–. ¡Loado sea el Señor!

Doña Dalila, adelantada en estas artes oscuras más propias del sexo femenino y conocedora de la dolencia de su querida amiga, rió para sus adentros y declamó casi irónicamente uno de los versos de Juan Boscán, que muy bien había aprendido por las tardes en los muslos de Enrico:

Amor a cosas altas nos levanta
y en ellas, levantadas nos sostiene
Amor las almas de dulzura tanta
Nos hinche que con ellas nos mantiene
Amor, cuando a su son nos tañe y canta
Transportados en sí nos manda y tiene
Amor gobierna todo lo criado
Con el orden por él al mundo dado.

A lo que doña Mina, volviendo a su estado de amargura, contestó:

Estrellas hay que saben mi cuidado
y que se han regalado con mi pena;
que, entre tanta beldad la más ajena
de amor tiene su pecho enamorado.

El enmorrillado[3] de Don Ibrahim, que de tonto sólo tenía la cara, al escuchar aquello, pronto se dio cuenta de las desgracias de su mujer y, al ver en Enrico a un ser más que agraciado y por ende superior, sacó un arma que tenía fajada en el cinto y le apuntó. El otro, que no sabía más que de los favores que le había hecho a doña Dalila, y como si aquellos cantos de mujeres lo hubiesen embrujado, empezó a correr en zigzag mientras recitaba el siguiente verso:

Cogióme a tu puerta el toro,
linda casada,
no dijiste.–Dios te valga.
El novillo de tu boda
a tu puerta me cogió;
de la vuelta que me dio
se rió la aldea toda,
y tú grave y burladora,
linda casada,
no dijiste.–¡Dios te valga!

Y así, nuestro amado Enrico, a pesar de haber sacado el demonio a una mujer y ahora lidiándose con chicuelinas[4] y capotazos por entre los objetos de la sala y el comedor, era nuevamente expulsado de la sociedad a la que él nada había mal hecho, por lo menos no consciente-

---

[3] Aunque esta novela no trate sobre el arte de torear, salvo por la connotación de los cuernos, es necesario dilucidar ciertos términos como éste y otros que se verán más adelante: en tauromaquia, el toro enmorrillado es aquel que tiene una cerviz alargada y arqueada.
[4] Capeo que se realiza de frente al toro, introducido por Don Manuel Jiménez (*Chicuelo).*

mente ni por voluntad propia, en sus ojos de un casi niño. Sin embargo, las cosas así como bajan suben, así como puyan mugen, a Enrico le esperaría otra grata e inesperada sorpresa.

3

Cómo Enrico le pone la vara al toro y sale ganancioso

Doña Dalila, joven señora de muy altos atributos y reconocimiento, no cejó un momento en amonestar a un don Ibrahim cuernudo, al que amenazó, si se empeñaba en perseguir a Enrico, con retirarle el suministro de mercancías para su negocio. El viejo árabe, que aprendía en ese momento una gran lección de filosofía kantiana, se volvió hacia ella y le respondió:

–Oh, perdóname, Dalila. Pero ya quisiera yo que tu marido estuviera en las mías.

La noble dama, alzando los ojos al cielo, con esa característica habilidad para mentir con la verdad que sólo las mujeres pueden tener, le dijo:

–Ni vos ni él, querido amigo. Lo tuyo es un malentendido. ¿No creés en Dios acaso? ¿No viste al demonio salir por debajo de las faldas de tu esposa Mina?

–Sea Dios alabado –la secundó el apóstol.

–¡Hosanna! –gritaron los de su séquito.

–Perdónenme todos –se disculpó don Ibrahim– por ser un pecador falto de fe.

Diré aquí que esta forma civilizada y tan humana de tratar asuntos delicados es digna de ser enaltecida por el mundo, por mí, al menos, cuyo temple y comprensión de don Ibrahim me resultan ciertamente conmovedores, plausibles, ¿y por qué no?, para que sirvan de ilustración y ejemplo a la humanidad que tanto gusta de sumergirse en la violencia, pues que un hombre se encuentre a sí mismo cuernudo y se muestre cuerdo todavía, es meritorio de ser tomado como el más grande de los emolumentos. Mandó a servir la mesa y comieron todos mientras hablaban sobre los irresueltos misterios divinos, con la voz del apóstol atragantada por la grasa que le chorreaba de las patas a un carnero asado que había sido cocinado en pasas y vino de fresa.

–¿Quién es este Enrico? –preguntó don Ibrahim, calmado.

–Un pobre muchacho –le contestó doña Mina.

–Es necesario ayudarle –dijo don Ibrahim al aire, para agradar a Dalila–. Me creerá ese joven un esposo insensato y celoso. Ja, ja… Lo que nos compele hacer el amor…

–Una noble acción de tu parte –le contestó Dalila, con esa boquita roja que sabía contener muchos males–. Yo me encargaré de instruir al cipote.

–¿Ayudarle? –exclamó doña Mina, despechada–. ¿Para qué? El que indio nace, ni Dios lo rehace.

El apóstol, que era indio mestizo, enrojeció de escuchar aquello, mas, como nunca había salido de la oficina del edificio que ahora era su iglesia, el tono de la piel se le había emblanquecido, y por tanto no se dio por aludido. Al contrario, con precisa sapiencia evangélica, refrendó las palabras de doña Mina y dio por sentado un canon que ningún hombre de sociedad debe olvidar:

–Es de sabios no mezclar el agua con la manteca… –acabó.

En tanto, nuestro asustado Enrico bajaba por una calle del barrio Los Andes, pensando en que, habiendo logrado escapar de las balas de don Ibrahim, al menos tendría la oportunidad de tomarse un refresco. Se detuvo en una pulpería, compró la bebida y se sentó en una banca que

estaba apostada en la acera. Reflexionaba: «¿Por qué le sabe tan amarga la soda a uno al dar el primer trago?». Más intrigante aún: «¿Y por qué se eructaba?». Recordó que en los libros había aprendido que se debía al gas de carbono y ya haciendo memoria, veía en su mente el experimento donde unos tipos habían metido unos caramelos de menta en una botella y, como al taparla, la chapa salía volando por los aires. Ah, y también elucubró una idea por demás inteligente: ¿no se podría lanzar un cohete al espacio gracias a este principio?

Oh, Destino, cuántos genios no se pierden en este país simplemente por no descubrir en ellos la capacidad de observación que desplegaba nuestro Enrico. ¡Ah, ustedes señores encargados de la educación, que jamás osan escuchar las fantasías y pensamientos de este jovencito que no hace mucho ha enviado, en imaginación, es cierto, a un hondureño al espacio interestelar, tomen nota de esto, por favor!

No obstante, en un alma voluble como la de Enrico, estas reflexiones pasarían rápidamente al lejísimo estrado del olvido. Para su agrado, había visto pasar por la calle a una delicada jovencita de cabellos ensortijados y castaños, rostro ovalado que terminaba en un quijadita punteadita, pechos abundantes, caderas anchas y el cariz propio de una mujer de clase, que corría haciendo *jogging*, es decir, trotando.

Al él le parecía que veía a una mujer sin igual, del tipo doña Mina o Dalila, pero había algo en ella que la hacía diferente, más allá de sus límites, ¿quizá un llamado de sangre? Le preguntó al pulpero sobre esta mujer y el otro le contestó:

–Betty, la hija del señor Zimmerman…

–¿Betty? ¿Zimmerman? –se preguntó.

–Sí –le contestó el otro–. ¡Es hija de ese judío hijuelagranputa!

–¿Y dónde vive? –le preguntó.

–Más arriba, a siete cuadras de la casa de don Jarach.

–Vaya –exclamó Enrico–. ¿Qué es esto? La vida me da otra oportunidad.

Me encantan esos espíritus jóvenes, y el de Enrico principalmente, siempre optimistas, que no ven nunca los obstáculos de la vida como imposibles, son audaces, temerarios, impensables, en fin, la fuerza del alma sobre la razón. Y, sin embargo, a pesar de su inocencia, lejos de la hipócrita sensibilidad de un cuervo sabihondo, estas dulces almas son siempre bienvenidas. Aunque Enrico no tenía ni donde caer muerto, aspiraba por alcanzar el amor de Betty, la joven hija del hombre que manejaba la más grande franquicia, americana, de vehículos para la industria agrícola.

De hecho, se sintió tan fascinado, que corrió tras ella, dejando el refresco en la banca, para furia del pulpero, que lo despidió desde los barrotes del mostrador gritándole: ¡Ah, que güirro más penco! Seguía corriendo nuestro Enrico detrás de aquella belleza, cuando ésta se percató de ello. Por supuesto, al verlo, sintió gran temor, pero poseía Enrico una apostura tan masculina, tan simétrica y una sonrisa tan afable, tan evocadora, que Betty, en vez de escapar, aminoró el paso.

Enrico no habló sino que dejó hablar a su corazón, es decir, no pronunció palabra, sino que con gestos y miradas francamente hechiceras y apenas reveladas, se adelantó a Betty, que pronto sintió recorrer una brisa fresca por su suavizada nariz.

Esta vez era ella quien lo seguía a él, que de vez en cuando giraba la testa para ver el progreso de Betty, que se enteró enseguida de las intenciones de Enrico. Creo, a mi poco entender, que esto es lo más laudable del amor, esa lucha silenciosa, no entre cuerpos sino entre almas. De lo que no se daba cuenta Enrico era que subía en dirección a la casa de su agresor, el mismo que precisamente en ese momento despedía a doña Dalila en la acera de su mansión.

Al percatarse de esto, nuestro héroe aminoró el paso y fue entonces cuando Betty logró alcanzarlo. Le sonreía, pero el otro empezaba ya a ver lo que ocurría adelante. Trotaron juntos unos cuantos metros y para cuando Betty le preguntaba por su nombre, doña Dalila, que lo había detectado a lo lejos por el retrovisor, bajó junto a don Ibrahim en el auto para recibirlo.

Enrico, francamente afligido por aquello, en vez de contestarle a Betty, se arrancó el dije donde tenía grabado su nombre en letras de oro, regalo de doña Dalila, y antes de abordar el auto, se lo dio en la mano, alejándose de ella. Pensó Enrico que, de una vez, era necesario enfrentar su más grande terror: el toro de don Ibrahim Jarach.

Ocurrió exactamente lo opuesto de lo que esperaba Enrico. Don Ibrahim, aconsejado por doña Dalila, lo saludó desde el interior del auto:

–Vení, muchacho –le dijo–. Acercáte.

Enrico, no obstante, temeroso, se acercó con mucho tiento, a lo Porta de Gayola[5]. Bajó entonces riendo don Jarach, puso un mal pie en el asfalto y tropezó, no sin antes llevárselo de encuentro. Rodaron ambos por la calle, y el Enrico cayó encima del lomo de don Ibrahim, quien al sentir un bulto desproporcionado y punzante más allá de la bolsa del pantalón, exclamó, impulsado tal vez por los versos pronunciados por el primero en el lance anterior y que tanta gloria le darían a Enrico en lo sucesivo:

–¡Ay, Dios mío! ¡Ya me clavó la vara el picador!

Lo que se puede extraer de esta accidentada lidia en el ruedo de este último tercio[6], mal auxiliado por mi parco entendimiento, es que a nuestro singular personaje se le abrieron nuevos horizontes, más dignos, siempre llevado de la mano de su inseparable amiga, doña Dalila, quien desde entonces lo tomó para sí como "paje". Lo educó, le dio "status" y lo adentró en las nuevas cortes citadinas, cosa que yo, como hombre honrado, desapruebo, no porque crea que se enviaba al pobre Enrico a un mundillo terriblemente hipócrita y deleznable, ¡Dios me aleje de tales suposiciones, más que infundadas, puesto que definitivamente no puede uno mal conjeturar que gente tan honesta y grave viva en un mundo así!, sino porque nuestro héroe no era digno de tales retribuciones.

---

[5] En tauromaquia, suerte muy peligrosa y espectacular donde el matador recibe de rodillas al toro mostrándole todo el engaño.

[6] Momentos de la lidia. Se dividen en tres: el de los picadores, la de banderillas y la del «momento supremo», que es la preparación del toro para su muerte, la del estoque.

4

Cómo Enrico es educado en la más estricta devoción celestial

Agradecido don Ibrahim con doña Dalila por aplacar sabiamente sus “injustificados celos”, prometió abonar las mesadas que pagarían los estudios de Enrico y que la amable señora le había sugerido. Yo no puedo más que alabar este gesto, surgido del corazón noble de una dama de alta categoría y me sumo al regocijo con que fue publicada la noticia en el periódico local, propiedad de un primo suyo y bien conocido por hacer la paz, al estilo del maestro Maquiavelo, a punta de armas. Decía así la despampanante nota, aparecida en la sección de sociales de “Chiste y Rabo”: “Cosas increíbles se dejan oír por las riadas del río. Según me ha dicho un pajarito narigudo, una joven y benemérita *socialité*, cuyo apellido termina en “…án” ha determinado adoptar a un sucio niño de la calle para hacer de él todo un caballero. ¡Por Dios, gente del pueblo, aprendan del verdadero amor que le deben a sus semejantes y tomen ejemplo de esta noble mujer que, sin duda compelida por el dolor del prójimo, con sus buenas acciones ensalza nuevamente el nombre de nuestra “martirizada y sacrificada” sociedad! ”.

¡Qué más decir sino que a Enrico le esperaban los más dulces manjares de la vida! Este mal visto hijo de las calles y el mal vivir, sin embargo, el ingrato, devolvía aquella merced con guardar día y noche en su corazoncito el nombre de la jovencita que lo había hechizado con su pelo castaño: Betty. Cosa que no pasó desapercibida para la bienquista doña Dalila, la que, para aplacar esta súbita tristeza de Enrico, decidió en el acto empezar con su educación. “Lo primero que hay que hacer”, se dijo, “es enseñarle a nuestro paje la importancia de Dios”. Yo, por mi parte, no podría estar más de acuerdo, principalmente para arrancarle al Enrico esos arranques de animal que traía consigo de los barrios inmundos. ¡Loas a usted, doña Dalila, por tan acertada observación! Para tal efecto, nuestra joven señora contrató los servicios pastorales del apóstol Ardemal, hombre que en verdad había sido bendecido por el Divino antes que por los diezmos e indulgencias que recibía de sus creyentes, o de los otros fondos que Dios le enviaba por medio de las sociedades bíblicas norteamericanas. Tanta era la bendición, que en menos de veinte años había construido un gran estadio, que al menos le hubo costado algunos pocos millones de dólares, “para declarar las Buenas Nuevas”, comprado también radioemisoras y canales de televisión, y todo gracias a que “Dios lo había levantado, tal como hizo con el justo Job”. Atrás habían quedado los días en que despotricaba contra el demonio en aquella iglesita ubicada en un barrio de mala muerte al sur de la ciudad y de la que nadie ahora osaba a recordarle, mucho menos doña Dalila, quien le guardaba el mayor de los respetos y veía en él, sino al Vicario de Dios, al menos al Séptimo Ángel Mensajero de esta Edad de la Piedra Angular y Dispensación del Reino Milenario del Cuerpo Místico de Cristo. Profetizada incluso su favorecida condición de agente divino a doña Dalila, el apóstol Ardemal se ocupó de la educación religiosa de Enrico, a quien el primer día de clases, desorbitados los ojos y la boca severa, le dejó ir esta bien pensada lección:

–¿Qué significa la palabra Diablo?

Nuestro Enrico, aterrado de escuchar palabras para él casi prohibidas, por poco cae de espaldas junto al pupitre. Nunca había escuchado una sentencia tan descarnada, ni en boca de su propia madre, mucho menos en la de su tío, que era ateo. Mas, como todo lo que viene siempre es para bien, Enrico hubo de callar, espantado, claro está, por el momento. Sin embargo, remarcando lo dicho anteriormente, nuestro héroe, a menos de un año, ya había adquirido esa erudición tenebrosa y empalagosa, ¿por qué no decirlo con la mayor seriedad?, de un teólogo, olvidándose y renegando de nuevo por completo de sus anteriores y satánicas lecturas de imprenta. Era capaz incluso, a solas, es cierto, pues tartamudeaba enfrente del apóstol, de recitar en corrido máximas tan macabras, pero ciertamente verdaderas, como éstas:

–Los demonios, espíritus malos y ángeles caídos pertenecen al menos a tres categorías distintas…

El apóstol, incontinente para no variar, lo interrumpía para darle con una regleta en la cabeza: «¡No son tres sino cuatro, hijo del d…! ¡Seguí, seguí!

–En primer lugar –continuaba recitando el machacado Enrico–, están aquellos que tienen libertad para llevar a cabo los propósitos malignos del Diablo. Habitan en los lugares celestiales y también en la Tierra. Estos espíritus demoníacos afligen a la gente e incluso pueden morar en sus cuerpos –luego hacía la cita bíblica–: ‘Mateo 2:43-45’.

»En segundo lugar, están los ángeles rebeldes que ahora parece que se encuentran atados en el abismo, los que serán liberados en algún momento futuro y causarán estragos en la tierra –se rascaba el cráneo, el mismo en el que caía la regleta por titubear y no retener aquellos datos llenos de conocimiento y salvadores de la humanidad; seguía–: ¡Ah, Apocalipsis 9:2-12!

»En tercer lugar, están los ángeles caídos que llegaron a ser culpables de un crimen tan horrendo que no se les permitió estar ni en los lugares celestiales ni sobre la tierra. Están atados para siempre, no en el abismo, sino en el Tártaro, ‘2 Pedro 2:4’, lugar donde aquellos ángeles de cuyo especial pecado se habla, están confinados "para ser reservados al Juicio". Esa región se describe como abismo de oscuridad.

»Finalmente, hay un cuarto grupo de ángeles malos que parece que de algún modo están atados en el interior de la tierra, si hemos de tomar las palabras de la Escritura de manera literal. Cuatro de ellos se mencionan como que se encuentran ‘atados junto al gran río Éufrates’. Cuando estén sueltos dirigirán a un ejército demoníaco de destrucción contra la humanidad”.

El apóstol, no satisfecho todavía, le aplicaba las más duras prueba de ingenio:

–¿Quién es el que provoca todos los males del mundo?

–Satanás es la fuente principal del terrible problema de pecado que tiene el hombre –le contestaba Enrico–, y es el autor de la confusión y las mentiras, al hacer uno de sus mejores papeles de engaño al crear la perplejidad, incluso entre muchos cristianos, respecto a sus métodos de ataque…

–Hummm… –rezumaba Ardemal–. ¿Qué tipo de ataques?

–¡El triple ataque!–le manifestaba Enrico.

–Que son…

–El Mundo, la Carne y el Demonio, en los que se incluye la política y economía usurera, las lujuriosas rameras, el goce sexual lascivo de los genitales y la magia negra.

Se daba la media vuelta el apóstol, acicalándose la barbilla, y como queriendo agarrar a Enrico en una falta, engendraba las preguntas más recónditas que pudiera imaginar su glorificado cerebro:

–¿Por qué esa gran masa de gente que se hace llamar el Pueblo odia a los gobernantes instituidos por Dios y a sus hijos que con duro trabajo ahora son ricos?

Enrico guardaba un segundo de silencio, luego desviaba la vista, involuntariamente, hacia un gran candelabro bañado en oro, cuya forma de araña roja sostenía en sus patas docenas de finas bujías importadas de la acuosa Venecia, y en verdad que parecía nuestro héroe estar profundizando en tan sesuda y grande cuestión, de la que sacó oportuna respuesta al contestar bajo una pícara sonrisita y dándose asimismo como claro triunfador de la partida:

□¡Por la acción de los demonios que se inserta en la mente de esos desarrapados piojosos y que, aparentando una coraza de justicia pero que en realidad no es otra cosa que emprender difamaciones en contra de Dios y sus creyentes, siembra dudas acerca de la verdad del Altísimo! □contenía el aire□. Son ellos lo que promueven la rebelión y la defección en esas cabezas llenas de ignorancia y rabia –concluía, y ante la escrutadora mirada del apóstol, agregaba–: Génesis 3:1-5.

–Hummm –volvía a rezumar el bienaventurado pastor acariciando una medalla de plata con incrustaciones de diamante y záfiro y cogiendo bocadillos de una suculenta mesa exquisitamente dispuesta para él; empero, no se daba por vencido todavía. Sonreía para sí, esta vez no habría replica alguna, y hacía entonces la última y más grande de todas las preguntas que podía haberse formulado en su beatífica vida, dispuesto a llegar hasta el último rescoldo de la Biblia para derrotar a su pupilo, obsequiándose así otra oportunidad de estremecer el coco de Enrico:

–¿Y quién es el padre del Diablo?

A lo que Enrico, para no ser cogido ni por Dios ni por el Demonio, mas con una gran hambre que le raspaba los huesos, contestaba:

–La verdad, apóstol, es que al Diablo se lo inventó el hombre porque en el Antiguo Testamento no aparece.

–¡Vos sí sos bruto, indio patas rajadas! –le gritaba el apóstol dándole con la regleta–. ¡Cuándo vas a aprender, ah, ah! ¡Andá, hartáte de esta comida, puyudo lelo!

Sin duda que nuestro héroe, quizá por falta de vitaminas en la niñez, en repetidas ocasiones presentaba cuadros de retardo mental, y hasta le era imposible conciliar la teoría con la práctica, cuando ésta era obvia, clarísima, queja que el bendito eclesiástico no tardó en comunicar a nuestra pundonorosa Dalila, quien, preocupada por Enrico y para reforzarlo en el estudio, acostumbró a darle clases extras, a medianoche, es verdad, lo que representaba un gran sacrificio para ella y que, para alejar cualquier mal pensamiento, admiro, por su tesonería y entrega, otro ejemplo meritorio de las buenas intenciones de tan alta figura, aunque algo rudas, he de decir, pues no eran caricias los duros golpes que se dejaban escuchar de la alcoba de Enrico ni cantos los gritos de claro disgusto que lanzaba doña Dalila, que se empeñaba en aleccionarlo siguiendo los estrictos modelos de disciplina cristiana con una especie de parábolas algo extrañas, y que logro figurarme que empleaba más que nada con la intención de que éste abriera la mente:

–La vara del pastor debe ser siempre dura –le enfatizaba– para que pueda entrar con autoridad en la cavernosa cavidad del alma. ¡Andá, sin pena! ¡Ay, Dios, qué cabeza la tuya, Enrico! ¡Enseñá! ¡Ahhh…! Y debe el pastor golpear dos veces en lo profundo, ¡pa-pa!, con gran fuerza, para dejar al descubierto toda su temperancia de hombre.

–¿Papa? –le preguntaba un denodado Enrico, que en todo veía un atisbo de religiosidad.

–¡Zarandeá esa cabezota, pastorcito de vara larga! –lo reconvenía la preceptora–. ¡No te desconcentres para que no perdás el impulso! ¡Pa-pa! ¡Sí, así, así!

Consejos tales que hicieron un verdadero efecto en nuestro Enrico, pues aprendió a expandir su mente, y cuerpo, hacia nuevas perspectivas, quizá menos sacras pero más prácticas. El apóstol tenía una "servidora", o sea, una ayudante, llamada Olga Jodías, esposa de un ilustrísimo diputado, indio mestizo pero más arábigo que los propios árabes, y a quien don Jarach le había montado un empresa de cable televisivo. Éste le había abierto frecuencias al apóstol Ardemal y por ello doña Olga era muy apreciada por el eclesiástico. Rondaba ya los cuarenta, y el día del exorcismo, había visto a Enrico de lejos. Es necesario ahora que haga oídos sordos, como deberías hacerlo vos, querido lector, a las intrigas de una amiga mía dueña de un bazar ubicado en la Tercera Avenida, quien dice haber encontrado un día a doña Olga, junto con doña Mina, salir a toda prisa con don Alí de uno de sus negocios.

Es aquí donde yo sé comprender las acciones de un corazón partido, hasta cierto punto, uno que sería capaz de vengarse por haber sido víctima del rechazo. Doña Olga, que había estado sirviendo como tutora de Enrico cuando faltaba el apóstol, según me dijo una deslenguada criada, se había enamorado de nuestro protagonista.

Tampoco creeré lo que a este honrado autor contó esa envidiosa mujer que limpiaba baños en casa tan respetada, quien asegura haber visto en varias oportunidades a doña Olga mostrarle el culo a Enrico con el pretexto de que recogía una barra de tiza, no. Como tampoco puedo apuntar aquí que cierto día, doña Olga, urgida por algún acceso carnal o simplemente de debilidad humana, le dijo a Enrico, desvistiéndose en el salón:

–¡Mirá, mirá!, ¡esta es la carne! ¡Tocála, tocála, para que sepás lo que es el pecado!

Pero nuestro candidato a Papa o, mejor dicho, a Ángel Mensajero, se había mantenido incólume a esas tentaciones. La vieja y malintencionada criada todavía agrega que después de aquello doña Olga le había dicho en un grito:

–Vos estás cometiendo un gran pecado.

A lo que Enrico, asombrado, le preguntó sin malicia:

–¿Cuál pues?

Doña Olga, arrimándole los pechos caídos, le había contestado, enojosa:

–¡El de marica! ¿Cuál otro te imaginabás?

Me congratulo por las habilidades de proba mentora de doña Dalila, la que, a pesar de sus desvelos, había no sólo creado a un hombre pío sino a uno de temple de acero, incapaz de dejarse arrastrar por las concupiscencias del Diablo. Aunque, francamente y sin dejarme llevar por una actitud clasista, debo dar créditos al apóstol Ardemal por su trabajo.

Sin embargo, y es bíblico, al justo siempre se le imponen pruebas. Doña Olga, que un día llegó sin previo aviso a recoger un libro que servía para iniciar a los prosélitos en los asuntos sagrados de los "Tiempos de Transformación y de Rapto", tuvo, según sigue comentando la criada, la mala idea de asomarse a la alcoba de Enrico, precisamente en el momento que éste le enseñaba a la prudentísima doña Dalila el arte de "orar".

Es aquí, repito, que no cederé como otros a desbocar en contra de la hipocresía de los personajes públicos de nuestra alta sociedad, primero, porque cualquier vilipendio que se les impute no es verdadero, y segundo, porque yo conozco a cabalidad la altura moral de estas nobilísimas gentes. Lo cierto es que, sin querer y más bien de una forma inconsciente, o sea, indeliberada, doña Olga salió de aquella casa, montó su carro todoterreno y manejó a casa de doña Mina, sólo para manifestarle que gran razón y longa perspicacia había tenido ella al despedir a don Chepe, cuya sola presencia corrompía aquella sociedad magnánima y perfecta. Y yo la secundo.

–Almas impías –le acotó– nacidas para ejecutar las pecaminosas órdenes del Maligno.

Es en este punto del relato donde nuestro justo Enrico, digo justo porque de los chismes que me han sido contados para mí son todos falsos, tanto como las cosas que cierto grupo de lucha popular, personas resentidas, ambiciosas y llenas de envidia, indico, achaca a los nuevos y estimables cortesanos del próspero Imperio, es aquí, repito, donde Enrico correría nuevamente con un destino poco venturoso.

No culpo a la afable doña Mina ni a la reverenciable Olga Jodías por haberle dicho a don Alí Sammán que a ellas les extrañaba con qué agilidad sabía sortear el resquicio de la puerta, pues con semejantes cuernos, hasta el alce más habilidoso caería a tierra al tratar de dar el primer salto.

–La culpa la tiene el hijo indio taimado de don Chepe –le dijeron–. Lo encontré junto a doña Dalila quien estaba arrodillada frente a él, haciendo no sé qué cosas…

Don Alí, hombre de sabio y prudente temperamento, se mantuvo sereno, y en cambio, riendo, rogó a sus amigas que no se soliviantaran, que ya llegaría el momento para elucidar la situación. Minutos después, sucumbiendo al acoso, les pidió que lo acompañaran, y fue ahí cuando mi amiga la tendera los vio salir.

No sólo diré que don Alí y sus distinguidas escoltas los encontraron orando, sino que, sosteniendo Enrico, con la vista puesta en el cielo raso, una foto de él, doña Dalila estaba a horcajadas clamando al cielo en una mezcla de hebreo y español, que oportunamente aprendió del apóstol Ardemal, para que lo guardara del pecado y las malas acciones:

–Guarda la mitzva sin macula ni reprensión de mi amado esposo Alí hasta la aparición de Nuestro Señor Rabinu Melekh jaMashíax, quien ha mandado a los ricos de ja'olam jazé que no sean altivos, ni pongan la esperanza en la incertidumbre de Osher, sino en el Elojim vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que gocemos. Amén.

Al ver aquello don Alí, los ojos se le llenaron de lágrimas, y enfurecido con doña Mina y Olga, cogió la regleta del apóstol, que Enrico había colocado encima de la mesita de noche, y las arrió con ella por toda la casa. En tanto que doña Dalila, sorprendida de ver a sus amigas escapar de la ira de su esposo, le pidió a Enrico que lo contuviera, y éste, dejando a un lado la fotografía y desvelando una cremallera abierta con el zipper abajo del pantalón, cogió a don Alí por detrás, con tal fuerza y aplicación, que le hizo soltar un murmullo a sota voz:

–¡Jesús!¡Qué es eso que me puya por lo rebajo!

Giró en luchas, desprendiéndose de un estatuario Enrico, sólo para toparse con aquel su célebre y desproporcionado estoque.

–¡Ay, Dios mío! –exclamó apenado llevándose las manos a las mejillas–. ¡Ya me clavó la vara el picador!

Y echándole una mirada a su mujer, que seguía arrodillada clamándole a Dios en gran lamento, se fue al armario, sacó una escopeta y salió en busca de Enrico, que corría gritando ahora junto a doña Mina y doña Olga.

¡Oh, castas mujeres que son falsamente calumniadas por esposos insensatos, Dios las guarde, vendimias de la pasión en silencio y de los mayores sacrificios! En lo que a mí respecta, se equivocaba don Alí en creer que doña Dalila era una esposa lujuriosa o que Enrico, cuyos dotes eran muy disputados, no tuviera otro sentimiento más que el de un hijo adoptivo. Cometía un gran error nuestro tendero, y con ello cerraba un porvenir promisorio a nuestro querido Enrico, quien en verdad se esforzaba por cumplir los preceptos de una estricta vocación seráfica y por comprender, debo reconocerlo, la vida y hecho de los santos Apóstoles, ah, y algo que no puedo dejar de apuntar: ¡el de aprender más del Diablo que lo que sabe el propio Diablo de sí mismo!

Mas no debo juzgar de antemano, porque entonces podría pecar de adivino, y eso es sí condenable por la Biblia con fuego eterno.

5

Cómo Enrico hace bajar a los ángeles en una iglesia y escapa disfrazado de mujer

Salieron, pues, los tres vociferando, con don Alí haciendo ostentación de sus cuernos de alce. Pero como dicen, no hay mal que por bien no venga, nuestro Enrico, al nomás poner un pie fuera del portón de la casa, fue visto por la mujer que le había robado el corazón, Betty. Ésta detuvo su camioneta y, sonriéndole, quiso retroceder, mas, al irrumpir doña Olga y doña Mina que venían riñendo sobre quién de las dos se quedaría con él, la agraciada judía levantó de asombro sus cejitas. Tanto doña Olga como doña Mina habían cogido a Enrico de los brazos, una a la derecha y la otra a la izquierda, jalando juntas al pobre muchacho:

–¡Es mío! –gritaba doña Mina–. ¡Yo lo hice hombre!

–¡Y yo le enseñé acerca de las Tentaciones y el Pecado! –exclamaba doña Olga, tirando.

Enrico, que seguía con la vista en Betty, apenas se daba cuenta de lo que ocurría, sin embargo, cuando ésta desvió los ojos hacia las damas, arrugó el rostro y arrancó enseguida. Cosa que dejó perplejo a Enrico, pero más perplejo lo dejaría don Alí, que gritaba como loco, escopeta en mano, a lo largo del jardín. Al final, doña Olga amenazó a doña Mina:

–Si no lo soltás, Mina, le digo a tu marido que Enrico te hacía "vomitar" en el baño.

Con esta sentencia, doña Olga triunfaba contundentemente. Subió a Enrico al auto y lo llevó a su casa ubicada en las Villas Mackey, a escondidas del venerable diputado don Fofo Jodías Java, que andaba en viaje de negocios por Colón, al noreste del país. Lo llevó, pues, a su opulento dormitorio, que estaba colmado de imágenes donde aparecía representada la figura de don Fofo Jodías en posturas bravíamente imponentes, severas y arrogantes, dignas de un príncipe o un rey, y que mandaban una clara advertencia a sus enemigos de que él no era un hombre de fiar ni que se andaba con contemplaciones. Al menos eso es lo que yo pude apreciar de tales soberbias obras, cuyos rígidos rostros no dejaban de aguzar los ojos en la devota doña Olga, que bañaba alegremente a nuestro joven Enrico, para luego secarlo y "ponerse a orar ante tan santo varón" en medio de aquella gallarda galería.

Detalle que considero loable por parte de la piadosa señora, pues al menos aliviaba con ello el dolor que sentía Enrico por Betty, a la que según él "amaba" y por la que estaría dispuesto a luchar "hasta el final", contra todo "riesgo, tentación y antagonismo". Por ello comprendo la reacción y el exabrupto en palabras de Enrico, muy lejanas de la tolerancia cristiana, ante el lengüetazo de doña Olga durante la "oración", cuando éste le reclamó furioso y con un golpe en el morro:

–¡Controlá esa boca, hija del Mundo y no de Dios!

Para mala fortuna de ambos, esos días de devoción y posición misionera, se les harían cortos. El Congreso Nacional había mandado a sus diputados a recesión por tres meses, para "que tomaran un descanso", y nuestro bovino y honorable diputado, por parte del Partido Nacional, Jodías Java no tardaría en aparecer por la casa. Se le ocurrió una idea a doña Olga: como el apóstol Ardemal tenía varias sucursales en Colón, y allí mismo tenía don Jodías otra empresa de cable, pues entonces hablaría con ambos, con el uno, para que Enrico fuera pastor de una iglesia, y con el otro, para que ella pudiera gerenciar el negocio y así por fin asistir en la carga a su abru-

mado marido. En tanto, le pidió a Enrico que viviera como jardinero en uno de los cuartos de la servidumbre.

Oh Destino mal jugador de eventos, que das al que tiene y al que no tiene lo dejas al desamparo, pues no puedo sino recordarte que hay gentes que se esfuerzan y gastan toda una vida por forjarse una existencia más o menos decorosa o por alcanzar cierta autoridad, y a pesar de ello nunca lo logran. Y, sin embargo… El apóstol Ardemal, ni corto ni perezoso, le dijo sin miramientos a doña Olga que sí y nombró a Enrico como "Pastor Jurisdiccional de la Zona Norte". Don Fofo, como si hubiera estado esperando por años aquella petición de su mujer, no sólo le dijo que sí también sino que le dio además un cheque en blanco para que dispusiera de él como quisiera.

Por eso es que a veces no dejó de creer en los proverbios populares, porque tienen algo de cierto, como el que le aplicó don Chepe a su hijo el día que lo expulsaron del colegio: «El que nace para tamal, del cielo le caen las hojas».

Tomó pues posesión Enrico de su iglesia y de sus amplias facultades como pastor en aquel lugar que llaman Trujillo, la ciudad más grande y turística de Colón. He de anotar aquí, que en este departamento es donde existe el mayor número de "capos" de la droga. Había uno que sobresalía entre ellos, *Picodeoro*, apodado así no precisamente por poseer una dentadura bucal aurífera sino porque tenía un harén en su casona donde guardaba los mejores especímenes femeniles, a las que, según decían las gentes siempre chismosas, solía enviar muy seguido al más pajizo de los cielos.

Era además nuestro capo Picodeoro extranjero, venido de Miami, y empresario de las comunicaciones, padre de dos hijos (uno que era diputado del Partido Liberal y otro diputado del Partido Nacional) y hombre muy creyente en la fe, por lo que acostumbraba a donar "pequeñas" aportaciones a la iglesia de la ciudad, y fue en una de estas transacciones misericordiosas en las que conoció a Enrico cuando éste apenas había puesto un pie en el lugar, acompañado por doña Olga.

Enrico, ahora ratificado por el apóstol como hombre de Dios, lo recibió con un aire de propiedad y autoridad, a lo que el Picodeoro respondió con una simulada humildad:

–Sea bienvenido, pastor –le dijo– a estas tierras de blancas arenas y hojas siempre verdes.

–Amen, hermano –le contestó Enrico, con la Biblia en los dedos; luego, de improviso, le tomó una mano a Picodeoro y, alzando la suya, clamó:

–Enrico, a las kejilot meshixot del Norte, en especial de Trujillo: xen vexesed con ustedes y shalom del que es, y que era, y que ha de venir, ¡el Rabinu Melekh jaMashíax!, el testigo fiel, Bexor de los metim, y ¡el Príncipe de los reyes de ja'aretz! Al que nos amó y nos ha lavado de nuestros averot con su sangre, y nos ha hecho melakhim y kojanim para Elojim, y su Av; ¡a él sea el kavod imperio para siempre jamás! Amén.

Nuestro Picodeoro, como bien supusiste vos, mi querido lector, quedó anonadado, y francamente que cuando Enrico exclamaba aquel galimatías llegó a sentir el poder divino apoderándose de cada fibra de su narcotizada médula.

«Este es en verdad un hombre santo», se dijo.

Y no sólo creyó haber encontrado a un joven sacrosanto sino a un iluminado, razón por la cual, en el primer culto de Enrico llevado a cabo al día siguiente, mandó a todas sus odaliscas para que escucharan la palabra fuera de este mundo de aquel hombre tocado por Dios.

En tanto, es necesario que narre lo que hacía el capo Picodeoro en el instante en que Enrico daba comienzo a su sermón evangélico de apertura y bienvenida en aquellas tierras. No hacía

mucho había llegado de Colombia, vía marítima, un cargamento de esa droga maldita que tanto gusta a los norteamericanos, y de la que yo no me atrevo ni siquiera a mencionar su nombre, ¡cocaína!, pues, si insistís tanto. Había pues atracado casi en la playa una lancha bastante grande y el Picodeoro llegó con sus hombres y algunos de la policía para desembarcar la carga. Pagó el aurífero con un maletín lleno de dólares, pero entonces sucedió lo que normalmente ocurre entre pícaros y bribones: uno de la lancha cogió a Picodeoro del cuello, sorprendiéndolo y lo montó a la nave, secuestrándolo, aunque aventando el teléfono celular a la gente del capo, quien pidió que no dispararan. Creyó el aurífero que alguna orden del Cartel de Colombia había sido emitida para acabar con su vida, mas, para seguir cayendo de sorpresa en sorpresa, aquello en verdad era un secuestro. La lancha hizo como que se perdía en mar abierto, pero tomaba dirección a una bahía cercana al lugar, en la playa, y que colinda con las montañas, desde donde luego llamarían a los lugartenientes de Picodeoro para negociar el rescate.

Sin sultán el harén, las muchachas consideraron, sabiamente, entregarse a la meditación votiva. Asistían puntualmente de seis a nueve de la noche a la Iglesia Vida Ardiente, que dirigía nuestro piadoso Enrico, el que, por otra parte, comenzaba a recibir sendas miradas de celo y coraje por parte de nuestra oradora doña Olga. Sin embargo, en un alarde de sumo sacrificio apostólico, Enrico pensaba que, a pesar de las serias objeciones de doña Olga, él no podría ser tan insensible como para dejar que catorce lindas criaturas del Señor anduvieran por allí descarriadas y sin dueño, mejor dicho, sin un pastor que las apacentara.

–Así me toque llevar la vida errante de San Pablo, no voy a dejar que esas almitas vaguen sin Dios ni Ley por el Mundo –le dijo con firmeza a doña Olga, mientras la tenía en oración.

Claro que nuestro Enrico ya se estaba convirtiendo en todo un hombre, aunque guardaba todavía un cuerpo femenil, no desarrollado. Se propuso, pues, nuestro héroe a sí mismo la tarea de adoctrinar a las mansas ovejas, y como por mucho que quiso encontrar a su benefactor el Picodeoro para que le permitiera el paso a su redil, éste no aparecía ni daba noticias; finalmente las mismas muchachas lo convencieron de que les revelara las buenas nuevas del Señor en la propia morada de su amo, el capo.

¡Ah, juventud, como diría el gran Darío, juventud, divino tesoro, te vas para no volver, y de nuestra carne ligera imaginar siempre un Edén, sin pensar que la Primavera y la carne acaban también...! ¡No, no…! Pero esto suena a tristeza y lo que yo quiero dar es un tono de alegría, de sensaciones sicodélicas y pensamientos locos que sólo la abundancia de recursos fácilmente conseguidos nos puede regalar.

Nuestras ovejitas quisieron un día hacerle una jugarreta a su pío mentor. Mas me es necesario antes decir, que lo narrado de aquí en adelante, en lo personal, no lo creo. Y aunque me lo dijo un miembro eminente del Cuerpo de la Congregación, me abstengo de creer. Pues bien, se acercaba el día de fiestas, el día en que la «Iglesia se casaba con Cristo», donde los creyentes celebran con vino y comidas especiales.

Enrico se había encargado de los vinos, que mandó a sacar de una de bodega del capo Picodeoro, instado por las odaliscas. Sirvió Enrico el vino a la congregación, y en un acto de suma adoración, levantó la copa y bebió de ella. Al instante los «hermanos» lo siguieron.

Aquí es cuando no hagas caso de mis palabras, amable lector, pues, de repente, luego de empinarse todos el vino, un silencio sepulcral se apoderó de la cofradía. Dicen que hasta daba frío respirar en ese ambiente tan etéreo, elevado y lleno de profundidad y misterio, y todavía más enigmático fue cuando Enrico, que ya empezaba a torcer los ojos, se dio a la tarea de caer hinca-

do señalando puntos en el cielo, dándole un toque más dramático cuánto más arrugaba el rostro por no creer lo que veían sus pupilas, mientras hablaba en lenguas:

–¡Mikhael jaSar jaMalakhim! ¡Mikhael jaSar jaMalakhim! ¡Mikhael jaSar jaMalakhim! (¡Veo al Arcángel Miguel! ¡Veo al Arcángel Miguel! ¡Veo al Arcángel Miguel!)

Enseguida empezó la congregación a levantarse de las bancas, a saltar, a caer embebidas y a ver ángeles también, ahogándose algunas que decían hablar igualmente en lenguas:

–¡Ah Rafiyeshjolomiayeshaaaayeshayayayaaaaa! –gritaba una señora que testificaba estar siendo poseída por un ángel.

–¡Oh Arielyashaayayaaaa! ¡Ashashasaoeshamanrababababammm! –exclamaba otra que aseguraba que un grupo seráfico la estaba levantando del piso.

–¡Los ángeles han bajado del cielo! –exclamaban todos, que los veían descender y flotar en el aire, como una realidad física y no espiritual.

Doña Olga, que se había andado por todo el pasillo dando sendas palmadas, traducía lo que los hierofantes lingüísticos declaraban.

–¡Dios te va a dar un carro mañana a vos! –le decía a una; se quedaba quieta, las manos alzadas y movidas como en un péndulo, simulando estar poniendo atención a las hermanas profetas–. ¡Y a vos una casa! ¡A vos te va a dar un millón de lempiras! –pero luego parecía que se desviaba de lo que quería decir, quizá por los efectos del vino–: ¡Y a vos te va a enviar un gran negro para que te haga feliz por las noches!...

Lo cierto es que en aquella vigilia hubo un gran desenfreno, gentes que salían de la iglesia corriendo como locos por la calles, creyendo que estaban siendo arrebatados por ángeles, otros desnudándose dentro de la capilla para tomar el bautizo de fuego y el Enrico después encima de doña Olga para demostrarle a los piadosos cómo se hacía la Transustanciación de los Panes, en fin, no se había visto nada semejante ni en las discotecas más disipadas de Hollywood, nunca a tal grado de exhibición y libertinaje.

Por suerte para Enrico, las odaliscas de Picodeoro lo sacaron de la iglesia y lo llevaron a la mansión, cerca de la playa, tras lo cual lo sumergieron en las aguas del mar, para que se le bajara la euforia. Cuando Enrico volvió en sí, las odaliscas lo veían con manifiesta picardía:

–¿Qué ocurrió? –preguntó éste.

–El vino –le dijeron éstas riendo a carcajadas, mientras lo secaban con una toalla en un gigantesco cubículo que les servía a ellas de dormitorio–, el vino está mezclado con coca… Es que lo utilizamos para fiestas y eventos especiales, entre amigos, claro está, ¡jua, jua, jua, jua!...

Y volvían a reír a carcajadas, incluido Enrico, que pasó la noches con ellas, aunque decentemente, he de decir, salvo por un callado gritillo a medianoche, y que nuestro pastor se apresuraba a silenciar.

Ya en la madrugada fueron interrumpidos por alaridos de algarabía.

–¡Ehhh! ¡El jefe ya está aquí, el jefe ya está aquí!

Entonces entendió Enrico en el lío que se había metido. ¿Qué hacer? De seguro que Picodeoro, si lo encontraba allí entre sus tiernas y delicadas flores, no le temblaría la mano para jalar el gatillo. Una de ellas, Pura, como la llamaban, le dijo a Enrico que se pusiera uno de sus vestidos pues tenían por pocos milímetros el mismo talle de cuerpo, y como éste era esbelto y delgado, le cupo a la medida.

Todas llegaron a recibirlo entre aplausos y salvas, hasta Enrico, que se hacía pasar por Pura. Luego el Picodeoro se alejó de ellas, llamó a sus hombres y juntos salieron afuera. Al poco tiempo se escucharon disparos.

–¡Déjenmelos colgados allí en esos palos de coco! –escuchó Enrico la voz de Picodeoro.

Llegó la noche y Enrico todavía se escondía entre las odaliscas, disfrazado, pero muerto del terror.

–¡Hoy quiero sentir la pureza de la vida –gritó en medio del harén Picodeoro–, porque acabó de librarme de la muerte! ¡Pura, Pura! –la llamaba–. ¿Dónde estás?

Creyendo Picodeoro que Enrico era Pura, y que en ese momento se encontraba en pleno juego con otra ovejita, le levantó el vestido, lanzándose enseguida hacia sus muslos que lo recibían con un pase al natural[7].

–¡Ay, Dios mío! –exclamó afligido, bizqueando los ojos ante semejante largura–. ¡Ya me clavó la vara el picador!

Y el Enrico que saltaba inmediatamente de la cama, huyendo.

–¡Atrápenme a ese marica de Enrico! –gritó el Picodeoro.

Pero nuestro esforzado héroe abandonaba la mansión como si llevara una brasa metida en el culo, corrió a la playa, vio a los secuestradores ajusticiados y colgados en los cocos, los rebasó, encontró una lancha, encendió el motor y escapó vestido de mujer perdiéndose en la inmensidad del océano.

[7] Pase del matador que se realiza con la mano izquierda y con todo el trapo suelto, sin el apoyo de la espada, de modo que el engaño se reduce a una mínima superficie y el toro bordea en su recorrido el muslo izquierdo del torero.

6

Cómo Enrico llega a una isla desierta y sale de ella en avión y con puesto de señor ejecutivo

Huía pues nuestro Enrico subido en una lancha por en medio del mar Caribe sin saber siquiera a donde se dirigía, ya que en lo que se refiere a las aguas era un completo ignorante; ni de niño había salido a nadar al Chamelecón. Así, el terror que llevaba en su ungida sangre era tan grande como las murallas que formaban las olas, más allá de los cuatro metros de alto.

Para su desgracia, era temporada de huracanes y las corrientes estaban turbias. Enrico luchaba por mantener el motor a bordo mientras era zarandeado por aquellos verdaderos martillazos acuáticos que lo elevaban por los aires y volvían a ponerlo bocabajo.

Triste es no saber lo que el Destino nos depara, y nuestro pastorcito, que era él que menos conocía de ello, se echó a gritar del miedo y la desesperación:

–¡Por la sangre de Cristo, te reprendo y conmino al eterno tormento, Satanás!

Yo todavía no logro entender que mal pudo haberle hecho el más grande de los cuernudos, pero lo cierto es que, en ese momento, éste pareció más bien ofenderse por tales afrentas, y en minutos se levantó una gigantesca ola que lo envolvió e hizo desaparecer a nuestro héroe de la faz marina.

Si esta vida que llevó Enrico fue predestinada por Dios o por el Diablo, yo no lo sé. La verdad es que, como testigo, estoy sorprendido de sus avatares, sus fortunas e infortunios y no puedo sino que pensar que tales formas de enseñar a un hombre a vivir la vida lindan casi en lo malévolo.

Sin embargo, este mundo debe girar y las cosas con él, incluyéndome, y al despuntar el alba, recibida por el chillido de las gaviotas y los albatros, ¡he allí que nuestro Enrico se encontraba tendido en una playa! Para asombro de todos, una joven se encontraba a su lado, prestándole ayuda. Cuando nuestro santificado hombre abrió los ojos, pegó un grito de mil demonios:

–¡Betty! –exclamó estupefacto–. ¡Betty Zimmerman!

–Oh Enrico –le dijo ella con el dije de oro en la mano–, ¿cómo has podido llegar hasta acá y haberte salvado del gran huracán que nos abatió ayer por la noche? ¿Por qué estás vestido de mujer? –luego sacó pantalón y camisa de una mochila y le entregó las prendas–: Tomá, vestite.

Enrico se recogió en un silencio sospechoso, quizá reflexionaba sobre lo ocurrido, pero ¿Betty Zimmerman, la linda judía por la que tanto ha sufrido? ¡Esto era increíble! Se acomodó en la arena, cubriéndose con las ropas. Betty, aunque se empeñaba en atenderlo, guardaba una cierta distancia.

–¿Dónde estoy? –le preguntó Enrico.

–En los Cayos Cochinos.

Quiso él acariciarle una mano, que ella había pasado por encima de su cabeza, mas al sentir ésta sus dedos masculinos la escondió atrás de la espalda.

Ah, el amor, el amor… Enrico vivía ahora su sueño, el de estar a solas con su amada a orillas de una isla desértica. ¿Estaría soñando, alucinando quizá? ¿Estaría vivo en realidad? ¿O sería esto el cielo asignado a los espíritus píos como él que habían guardado la Ley de Dios? ¿No era

acaso posible que hubiera muerto en la profundidad del océano y que ahora, en alma, vivía en otra dimensión, su propia dimensión, el de la conciencia, que nunca muere? Se tocó el cuerpo. ¿Rostro, brazos, piernas? Sí, todo él era de carne. Y allí estaba Betty, la que, sin embargo, lo rechazaba. Puesto los pies ya en la realidad, Enrico notó que Betty había ocultado rápidamente el dije de oro en un bolsillo de su rosada calzoneta. Aquello le dio ánimos, pues si ella no se lo devolvía significaba que acumulaba para sí su amor. Quiso nuestro héroe sacar a flotes su dolor de amante, pero Betty lo contuvo:

–Enrico –siguió ella–, soy una mujer casada.

¡Qué nobleza!, se dijo Enrico, ¡qué sinceros son sus ojos, fulgurosos diamantes que soportan con extrema dureza los embates del corazón! ¡Se confiesa, se confiesa delante de mí para que no haya secretos entre nosotros, amantes de todas las Edades!

–Mi esposo se llama Raffik –continuó ella– y junto con algunos amigos hemos venido de vacaciones a estos cayos propiedad de Bob Faal'kusie. ¿Me entendés ahora? Vos apareciste de la nada, regurgitado por el océano, cuando me encontraba yo en aquella peña, pensando… –se tocó el bolsillo de la calzoneta–. ¡No sé qué sacar de esto, Enrico! ¿Es un milagro? ¡Lo es, tan cierto como que Dios existe! Pero debo decirte que entre vos y yo no podrá flamear nunca eso que llaman "amor".

¡Oh casta señora, sus palabras me incitan a desdecir todo lo que he mal aprendido de la naturaleza del género humano! En oídos de Enrico, era la primera vez en su vida, a pesar de haber pasado un año de lecciones bíblicas con el apóstol, que escuchaba la palabra "amor", y en boca de su amada el término adquiría proporciones inimaginables.

Pronto aparecieron los amigos de doña Betty corriendo a lo largo de la playa. Lo advirtió ella y pidió a Enrico que la acompañara. Se encontraron y lo llevaron a la mansión que Faal'kusie había mandado a construir en aquellos cayos perdidos en la inmensidad del Caribe.

Faal'kusie, he de hacer memoria para la Historia, era, perdón, es el más grande exponente y guardián del Imperio yanqui en Honduras, razón por la cual no lo culpo, pues preciso es que un ser débil y expulsado de su propia tierra, pobre y sin recursos, se haya venido a instalar a la nuestra, que es rica, y arrimado al vecino más fuerte de esta región, para sobrevivir y hacerse rico él y su camarilla de sangre. Si debe haber alguna culpa, ésta debería caer sobre los indios que se dejaron mangonear sin siquiera decir esta boca es mía.

Así, con tan grandes facultades, este Cancerbero arábigo se podía dar el lujo de quitar y poner presidentes. Era feo, larguirucho y tenía un ceseo en el hablado, es cierto, más una picuda nariz que le afeaba el rostro, pero era carismático y quería, tanto como él a sus amos, a los indios que le tenían cariño.

Nuestro Enrico, de por sí celestial como sólo él era, se ganó su aprecio en un abrir y cerrar de ojos. Los otros amigos que acompañaban a don Faal'kusie, eran el Cardenal Soto Rodiles y un vicepresidente del Congreso, Vasco Nadaser.

–Todavía no me creo lo que te pasó a vos –le dijo Faal'kusie a Enrico con ese voseo familiar que lo caracteriza y que tan feliz hace a la gente cuando lo escuchan aplicado en su persona, dignificándolos–. Imagináte cómo estaba ayer ese mar de bravo y vos navegando, ¿en qué me dijiste?, ¡en una lancha! ¿Y qué andabás haciendo, güirro loco?

–Viajo en asuntos misioneros –le contestó Enrico echándole una mirada a Betty.

El narigudo árabe, siempre pícaro, se carcajeó.

–¿Sos evangélico vos?

–Pastor Jurisdiccional de las iglesias del apóstol Ardemal.

–¿Apóstol? –preguntó irónico el Cardenal Rodiles–. ¿Y es qué están vivos Cristo o Pedro para que hayan podido ungirlo pues? –concluyó en una gran carcajada, a la que se sumaron todos.

–Es que le pasó lo mismo que a Pablo –rió Enrico contestándole– que sin haber visto a Jesús ni a los Apóstoles nunca, anduvo por toda la Tierra predicando el Evangelio y se hizo a él mismo apóstol, ja, ja…

Sin embargo, como siempre sucede cuando alguien empieza a brillar entre los suyos con más fulgor, y detestable aún, con más fresca juventud, el marido de Betty, Raffik, se encontraba incómodo con la presencia de nuestro héroe.

–Al menos tenés experiencia en el manejo de personal –le dijo Faal'kusie–. Me gusta eso, fijáte, porque por allí tengo un negocio de hacer hojas de papel que necesito que me lo atiendan.

–Si pudiera ayudarlo algún día, don Faal'kusie, con gusto lo haría, pues trabajé en imprentas con mi tío.

–¡Vos sí sos completo, cipote! Vení –le pidió–, echáte unos tragos conmigo.

Salieron todos de la casona, salvo Betty que decidió quedarse a disfrutar del aire acondicionado, caminaron de nuevo hacia la playa y se sentaron a la sombra de una champa, haciendo sorbos con los jaiboles.

–Mirás aquel avión que está allá –se lo señaló–, es mío. Me lo regaló una vieja puta republicana porque logré darle unas franquicias. ¡La muy pendeja, gran llorona, hasta me mamó ésta, mirá, con tal de que no la dejara pagar impuestos! ¡A quién sí se lo llevó putas fue a Charlie "Satán" porque le dije que tenía que apretarla! Ja, ja, ja…

–¡No jodás! –le dijo Vasco Nadaser–. Ahorita que me acordás, tengo que llamar a mi primo para que se ponga vivo y vaya a firmar los contratos de las térmicas. 'Perate, ¡dame chance, hombre!

–¿Vos no bebés, verdad, hijo? –lo inquirió el cardenal a Enrico–. ¿O te gusta la bebida? Vea que a vos todavía te miro un poco montuno.

Rugían las carcajadas.

Aquí debo excusar a los excelsos anfitriones de Enrico por su "incorrecta" connotación del lenguaje que la gente común, en su ignorancia, suele calificar de "malas palabras". Para empezar, tan agudos y honorables caballeros se encontraban bajo "los efectos del alcohol", y en ese estado cualquiera puede cometer un "error" o un desliz morfo-semántico. En consecuencia, no pueden ser consideradas sus expresiones como vulgares o salidas de la boca de un bajo "troquero" de la calle. Es ponderable, en cambio, la actitud respetuosa del cardenal, cuyas observaciones han sido comprobadas hasta por vos, mi querido lector.

Regresó luego Vasco Nadaser.

–¿Y a vos –le preguntó– te gusta cogerte a las hermanitas?

A Enrico se le iluminó el rostro.

–Mirá que ese Ardemal es gran pícaro. Allá llega al Congreso a pedir un montón de pisto. La vez pasada tuve que prestarle mi "carnet de exoneración" para que metiera una Lexus por la Aduana, y ni gracias me dio el muy pendejo. ¡Qué iba a orar por mí! ¡Jodás! –metió el dedo gordo por entre el puño; luego, en voz bajita–: Pero no le vayás a decir nada, oíste, porque si no se va a malear conmigo… ¡Cuidadito!

El cardenal estaba imbuido en un silencio simulado.

–¿Y vos, Bob, qué pensás de ese Pepe Bolo? –siguió Nadaser.

–A ese pobre indio lo tengo comiendo del pico. Ya lo puse para que le hiciera la contra a ese indión de Mel. De alguna forma tenía que pagarme esos ochenta millones que se condonó él solito con lo de Banasupro. Lo tengo bien agarrado de los huevos.

–Pero ni ha empezado el Bigotón a gobernar y ya le estás haciendo la cama.

–Ya me vas a contar vos más adelante, maje, cuando empiece a quitarle a tu primo los contratos de energía. ¡Ahí sí vas a pegar el brinco al cielo! No me gusta ver tampoco a esa Paty al lado de él. Vos sabes que esa india es gran guerrillera, que vivió en Nicaragua, y salió igual al papá de peleonera… No me está gustando eso… Además me llamó Carmona, el culero ése que le lame los huevos a los republicanos, y dice que éstos no están muy contentos con Mel. Ja, ja… ¡Es que creyeron que lo iban a agarrar de maje! Ja, ja, ja… –atrapó aire para seguir con la mofa, y dijo–, ¡De maje y títere así como vos, pendejo! Ja, ja, ja…

El Vasco Nadaser, en venganza, le replicó:

–Ajá, ¿y vos cuándo le vas a pagar los 600 millones al Estado que le robaste de la CONADI? Ja, ja, ja. ¡El maje hacéte! Ja, ja, ja… Y al pobre indio que por deber cinco lempiras lo meten a un sistema de cómputo que lo bloquea para que no pueda sacar créditos en ninguna parte, ¡sí sos malo vos!, y hasta corre la Enee para ir cortarle la luz… Ja, ja, ja… ¡Qué culpa tiene el indio de haber nacido! Ja, ja, ja…

–La más grande de todas –le contestó Faal'kusie–: ¡El de haber nacido pendejo! Ja, ja, ja…

El cardenal hizo a un lado a Enrico, para amonestarlo:

–A vos te veo un güirro inteligente –le dijo–, porque mejor no seguís la verdadera senda del Señor. Es necesario que te liberés de esas ataduras de falsa cristiandad y apología del odio que pregona tu guía espiritual Ardemal. Escuchá, escuchá lo que dice San Agustín en relación a tu conducta para con el prójimo…

Y, dejándole ir un largo sermón en letra latina, dijo:

–Coepisti habere fratrem tuum tanquam publicanum. Ligas illum in terra; sed ud juste alliges, vide; nam injusta vincula disrumpit justitia. Quum autem correxeris et concordaveris cum frate tuo, solvisti, eum in terra.

»Que quiere decir, hijo mío –continuó el cardenal–: "Considerar a tu hermano como un publicano es atarle en el mundo, y antes de hacerlo debés reflexionar si lo atás justamente, porque la justicia rompe las ataduras injustas; pero si corregís a tu hermano, si estás acorde con él, lo habrás desatado en el mundo".

»Y yo estoy dispuesto a liberarte de ese mundo de odios y demonios inventados. Dejáme preguntarte algo: ¿Sabés cómo rezar? Bueno, ¿"orar" como dicen ustedes?

A lo que Enrico, bajando la vista, le contestó que sí.

–A ver, enseñáme.

Enrico desvió la vista hacia los demás que se ahogaban de la risa.

–¿Aquí? –le preguntó.

–Sí, hijo, no seas penudo.

–¡Cardenal! –exclamó Enrico.

–Digo, que sos muy tímido. ¿No has escuchado nunca del rezo al santísimo Sacramento, o acerca de la liturgia eucarística, la solemnidad de la Epifanía, las antífonas Marianas, los capítulos religiosos y la profesión de Fe?

Enrico negó.

–¿Qué es lo que te han enseñado entonces? –le preguntó el cardenal.

–Bueno… sé por ejemplo que los ángeles son seres vivos del más alto rango, seres libres y morales que en siglos pasados por lo menos tenían el poder de determinar su destino propio. Algunos “pecaron” y “no guardaron su dignidad” –aquí enfatizó su sabiduría– a los que llamamos seres caídos, que tendrán que dar cuentas a Dios. Se mueven y viven por virtud del poder divino. Aun el gran Miguel, el arcángel que luchó contra otro ángel, pero caído, Satanás, afirmó su dependencia de Dios.

«Dios mío», exclamó el cardenal, «la ignorancia de este joven es proverbial, aunque él es muy bello».

–Dime, hijo, ¿qué cosas conocés de nuestra Santa Iglesia Apostólica y Romana?

–Que es la Gran Ramera –le contestó inocentemente Enrico de sopetón–, porque todos los gobernantes del Mundo se acuestan con ella.

El cardenal volvió a sonreír.

–Hijo, hijo, poné atención a las palabras de San Agustín: «Coepisti habere fratrem tuum tanquam publicanum. Ligas illum in terra».

Ya iba Enrico a contestar, cuando el Faal’kusie gritó:

–¡Hey vos, cardenal marica, dejá de corromper al cipote, hombre!

Éste le echó una mirada de fuego.

–¡Ah, y no me mirés así tampoco! –le contestó el árabe–. No me encachimbés que si no te cortó los cien mil lempiras que te paga el Gobierno. ¡No me jodás!

El cardenal le peló los dientes en un gesto, ¡quién soy yo para decirlo!, de gran hipocresía. De pronto, salió Betty con Raffik a nadar al mar. Enrico la veía con desmedido asedio, oh corazón de león, que ruge de amor y pasión, y enseguida nuestro joven, alzándose de la banca, decidió dar un recorrido por entre las dunas.

–¿A dónde vas, Enrico? –le preguntó Faal’kusie, ebrio–. Tené cuidado porque si no se te van a quemar las patas en ese fogón. Vení a echarte un trago con nosotros mejor.

Daba pasos inseguros, sin apartar la vista de su amada, concibiendo en su cabecita negra los proyectos de amor jamás imaginados. A ella en su cama, acariciándolo, a ella llamándolo por su nombre, a ella sirviéndole la comida, ¡ja, y así quiere el cardenal que me haga cura!, ¡qué no joda! ¡Éste cree que voy a quedar haciéndome la paja toda la vida así como él o andar detrás de niños!

Salió enseguida Raffik del agua y, en un acto inesperado, se le acercó:

–Ya sé que querés cogerte a mí mujer –le dijo–. ¿Vos creés que no he oído de vos en San Pedro? Mirá, cuidadito te veo cerca de Betty porque si no te agarro a pija, ¿oíste?

Enrico no podía ser más feliz. Ciertamente, Betty estaba enamorada de él, los celos de Raffik se lo confirmaban. Se sentó en el tronco de un coco caído, ido por el éxtasis del amor, cuando de presto, el cielo se nubla, cae un rayo y una monumental masa acuosa se levanta del fondo del océano. Betty, que está nadando en lo profundo, pronto es tragada por aquel fenómeno. Se levanta nuestro Enrico, enfila sus energías y pasos contra la ola, bucea, encuentra a Betty siendo arrastrada por la corriente, la coge y suben juntos la cresta. Cayeron, por suerte, en la orilla, todavía en el mar.

Enrico la tiene abrazada, con fuerza, no obstante hay un especie de revuelco que agita las aguas y que no pasa desapercibido para ninguno, y le da de besos en el rostro, que Betty no resiste sino que incita pero aun así no es una entrega completa, sin percatarse de que Raffik, endemoniado y con las pantorrillas mojadas, corre a separarlos de forma violenta, agarrando a Enrico de espaldas, girándolo, listo para arrojarle un knock-out; mas, al descubrirlo sin pantalón, y conteni-

do por un mortal volapié[8], dejó escapar la acostumbrada jaculatoria ante la súbita visión de un jamás medido largor:

–¡Ay, Dios mío! ¡Ya me clavó la vara el picador!

Y quedó allí mismo como anonadado por el vigor del gran Enrico, el Matamoros. En una débil apología al honor de la inolvidable Betty, debo apuntar aquí que nuestro héroe en realidad la amaba y no pudo llegar más allá de lo que ella permitió, es decir, de darle unos simples rozones y besos de amistad. Enrico, en su loco amor, había quedado prendado para toda la vida de nuestra distinguida joven señora, quien, si sus miradas no mentían, parecía corresponderle. Fue para nuestro Enrico aquel suceso más doloroso que feliz, pues sentía que se había batido en un duelo a medias, por acabar. Y quiso de nuevo el Hado que llegarán, en el momento en que Raffik quedaba petrificado por la contemplación de las virtudes de nuestro héroe, don Faal'kusie y Vasco Nadaser, sólo para que él primero le dijera:

–Uno así como vos ando buscando –continuó–: Andá y subíte a ese jet y te me vas ahorita para Tegucigalpa, a la Papelera. Pasá antes por la tienda de don Rey, te comprás unos buenos pantalones y camisas mangas largas, de ejecutivo, porque vos vas a ser el nuevo gerente. ¡Corré, corré, antes de que me arrepienta!

Una vez más, qué conjeturar sobre las locuras que a diario se suceden en este mundo. Enrico, que había escapado a las balas de don Ibrahim, a los escopetazos de don Alí, a las garras de *Picodeoro*, a los huracanes del mar Caribe y a los golpes de Raffik, salía de nuevo vencedor, ¡volando en avión privado y con puesto de ejecutivo! Yo sólo puedo hacerme esta prolongada y profunda pregunta: ¿Por qué!

[8] Estocada en la forma de matar a los toros parados y sin fuerza.

7

Cómo Enrico es aconsejado para gerenciar y de cómo revive a un muerto

Aterrizó pues nuestro Enrico en Toncontín y, olvidándose de su vida anterior como paje de doña Dalila y pastor de doña Olga, pero muy dolido por haber abandonado a Betty en los Cayos Cochinos, asumió la Gerencia de la Papelera, que le suministraba papel a todos los periódicos del país, incluyendo a la "La Tontuna", propiedad de don Faal'kusie.

–Si llega ese barbón fracasado de mi primo Arnulfo –lo dirigía desde los Cayos con su típico aceleramiento arábigo–, decíle que coma mierda. Ya la caga, primero quebró la textilera, y ahora con esa fundacioncita que se inventó, sólo pasa sacándome pisto, ¡qué güevos!, y hasta banco es ya esa papada de tanto chuparle la sangre a la gente. ¡Y aún así siempre me llega a joder! ¡Mandálo a la mierda, mandálo a la mierda!

Enrico, al cabo de ocho meses y gracias, hay que aceptarlo, a los sabios consejos de su nuevo amigo y confidente, el alcalde de la ciudad, Richard Álavez, esposo de una hija del árabe errante, se había convertido en un diestro administrador de finanzas y administración.

–Esto es fácil –lo ministraba Álavez–: Mirá, sólo hay que decirles a los empleados que no hay cuándo pidan y regañarlos, si se molestan, con que esta empresa no es una organización de caridad.

»Ahí te va el secreto mejor guardado de todo gran empresario –continuaba–, con el que podés alcanzar una productividad del mil por ciento con la empresa: cortá personal hasta donde podás y, a los que queden, ponélos a trabajar el doble. ¡Ni me digás nada, Enrico!

»Mirá yo lo que hago en la alcaldía: ¡son barridas las que pego! –luego se detenía, como para pensar–. Ah, no olvidés de hacerles una cenita en unos de esos restaurantitos del Charlie "Satán", allá a las alcanzadas y una vez al año, para que le agarren amor a la Empresa y te tomen a vos de buena gente y sacrificado. ¡Vieras a esa gente cómo le encula ir a meterse a esos Burger King y Pizza Hut!

»Yo eso es lo que hago: ya cuando vienen las elecciones, agarro dos o tres pendejos de los activistas, les monto unas láminas de zinc a la paila y los mandó a que *techeen* unas dos casas en la barriada, con pedazos de pizza bajo el sobaco. Y con eso, ¡santo remedio! ¡Ah, el gran Richard Álavez! ¡La Mera Cepa, papa, ja, ja, ja!

–¿De verdad funciona? –le preguntaba Enrico, riendo.

–¡Para qué está la televisión y la prensa pues! Ja, ja, ja… ¡Si estos indios cualquier mierda miran! ¡Con qué tienen los güevos de hartarse al Chino Yong todas las noches, y ése que no se anda midiendo la lengua para lanzarles sendas pajeadas!

–¿Cobra caro el Yong? –volvía Enrico.

–¡No, hombre! –le respondía el otro a carcajadas–. ¡Ése sólo es que escuche un apellido medio arabizado y le entran unas ganas terribles por tirarse al suelo y rasparse el pecho! Ja, ja… ¡Ah, el Resapo es bueno también con la paja! Ahora que con éste sí hay que aflojar un poquito, porque como el pendejo de Mel le dio un canal al Chino Yong, el Resapo ya quiere el suyo y ahí lo anda jodiendo a uno. La vez pasada me valió verga y lo corrí de la Municipalidad. ¡Mucho

jode ’ombe! Sacándome unos contratos de publicidad que jamás los había visto en mi vida. Me encachimbó y me pasé un rato con el panzón éste que sale con aquella indita cachetuda, ¿cómo se llama este gordo que trabaja en la televisora de aquel quiebrabancos de Bieneck?, ¡Ney Ladaga!

Hasta aquí, he de pedirte a vos, mi querido lector, que disculpes estos secretos de industria salidos de la discreta boca de un personaje eminente de la ciudad de Tegucigalpa, y que quizá no sean más que las palabras de resentimiento expresadas a este autor por una asistenta de gerencia de la Papelera. ¡Quién no sabe de la bondad del alcalde Álavez, hermano de un ministro de seguridad que, por la voluntad del gran Dios, aplacó al narcotráfico en este país! Por tanto, haz oídos sordos a tales conjeturas emitidas por un empleado de segunda categoría y sigue el ejemplo de nuestro Enrico, que prestaba mucha atención a sus consejos, así como a las llegadas, que explicaremos más adelante, de una muy honorable mujer, doña Marcucia Faal’kusie, diputada del Congreso Nacional y fiel discípula de nuestro papable cardenal Rodiles.

Así pues, nuestro Enrico estaba, sólidamente, si se puede decir, establecido en Tegucigalpa. Don Faal’kusie le había rentado una casa en las Lomas del Guijarro y debo manifestar que durante este tiempo, nuestro héroe guardó, en nombre de su amada Betty, la mayor de las castidades que a un hombre serio se le pueda pedir. Salía en su camioneta muy de mañana y, sin ver ni a derecha ni a izquierda, conducía rectamente hacia el trabajo. Era pues la virtud en su más alta entonación.

Por ello no creo en lo que me hubo dicho la criada de la casa acerca de las intempestivas llegadas de mujeres venidas de a saber dónde, ni de la llegada de la esposa de un conocido hombre de maquilas de la zona norte, ni de las cosas que escuchó de ella cuando instruía a Enrico.

–Se agarra la aguja entera con la mano –le explicaba– y, despacito, ¡ay, así!, se mete en el agujero.

Fue en una de estas visitas repentinas, cuando Enrico quedó sorprendido por la entrada de una huésped para él francamente insospechada. Se había bajado de una limusina con placas del Congreso, entró a la casa, gran sonrisa de labio a labio, carmesíes profundos, viendo fijamente a Enrico con esos ojos almendrados para él tan familiares. Se sentó en el sofá y le dijo:

–Vos sabés muy bien quién soy yo: mujer casada, diputada, y con bastante influencia en este país.

–Por supuesto –le contestó Enrico, a quien por primera vez sí le vi el plante de un hombre–. Dígame, ¿en qué puedo ayudarla? –acabó, no tuteándola sino dándole su “status” y categoría.

–Sé muchas cosas de vos –habló ella, jugando con el collar–, de tu pasado y presente. Decíme, ¿qué querés?

–Tengo lo que necesito –le respondió Enrico.

–Me habían dicho que eras vos gran *pisón*[9].

–Pues le han informado mal, diputada.

–Y que te habías cogido a todas las *turcas*[10] de San Pedro.

–Le repito, señora –había un efecto de iluminación especial en la piel de Enrico, que lucía delicioso por la extensión de una fina textura rugosa–: sus informes son incorrectos. No soy sino un hombre que se dedica a su trabajo.

---

[9] De pisar: follar, hacer el amor.

[10] Término que en Honduras se utiliza para estigmatizar a los árabes, sin duda equivocado, pues en las primeras migraciones éstos llegaban al país con pasaporte turco.

–¿Has escuchado acerca de la “diputada de la familia”? –le preguntó abriéndose la chaqueta y dejando al aire unos pechos grandes y hermosos.

Una vez más, mi querido lector, te pido que no escuches las palabras de esa criada malhablada, ¡maldita!, que no cesa de denostar a las figuras emblemáticas y honorables de este lindo país. Enrico, como te he dicho, había adoptado, como castigo y expiación de penas en nombre de Betty, llevar una vida casta, santa y poblada de integridad, y al ver aquellos senos bendecidos por la Naturaleza, ni siquiera se movió.

–Amamantáte –le dijo la diputada–. Hacéte feliz con ellas.

–Señora –le dijo Enrico–, cúbrase. Se equivoca, yo soy un hombre respetable. Salga usted de mi casa ahora mismo.

–Mirá –lo amenazó Marcucia Faal’kusie, que era el nombre de nuestra inopinada huésped y de la que habíamos hablado antes–, no te hagás el papo conmigo. Sólo es que agarre este teléfono, llame a mi tío Bob y vos quedás hecho papilla para siempre. Mejor dejáme ver qué es lo que tenés allí abajo. ¿Vos creés que yo no sé que has hecho cagadales en la Zona Norte y acá? ¿Mina, Dalila, Olga, las hermanas de la iglesia, las odaliscas del gringo capo, la mujer de Raffik, las hijas de los Kanuatti, la de “Satán” y hasta me contaron que te cogías a algunas indias? ¿Y a mí por qué no?

–Salga, doña Marcucia –le dijo Enrico–. ¡Por Dios, es usted una mujer casada!

–¡Y diputada del Congreso Nacional! –le gritó–. Te voy a dar una oportunidad –siguió abotonándose el chaleco–. Mañana celebran el funeral en capilla ardiente del viejo Yusuf, de los Fariah; va a ser en la Basilica; te voy a estar esperando.

Nuestro héroe, que ya había sido invitado al velatorio por boca del alcalde Álavez, al ver a la diputada Marcucia salir enojada por la puerta, se echó una gran carcajada. En verdad, pensó, que tiene buen cuerpo, mas, otra vez apareciéndosele en la mente el rostro de Betty, lanzó un suspiro y se dijo, casi en una amonestación al cielo, que no sabía qué pecado estaría pagando en esta vida.

Al día siguiente pasó el alcalde Álavez recogiéndolo a la empresa para ir al velorio. Como sucede en este tipo de eventualidades de la benemérita alta sociedad hondureña, el cuerpo de don Yufuf se hallaba escoltado por el obispo, sus capellanes, monaguillos y, al fondo, cientos de gentes que exteriorizaban una pesadumbre muy honda, al grado que podían verse desmayos y lamentos sonoros, por tan magna pérdida. Todo bien instalado y como corresponde a tal egregio difunto, no podía faltar la habitual excentricidad de la opulencia: al parecer, el muerto iba a ser enterrado en un ataúd de última tecnología, es decir, que no había sido necesario “arreglar” el cuerpo ni poner hielo debajo para evitar que se inflara y estallara, como a veces sucede en los pueblos. El féretro, por su parte, estaba muy sellado. Para cuando el alcalde y Enrico llegaron a la Basílica, la ceremonia ya había empezado.

Mientras se abrían paso por el pórtico, Enrico escuchó un “psssst” al oído y al girar la cabeza, ¡henos allí encontrando a la diputada Marcucia!, que le hacía señas para verlo en el confesionario, a pesar de la presencia del esposo, a un lado.

Nuestro héroe siguió caminando sin prestarle atención, no obstante, la diputada se sacó el teléfono de la chaqueta y, en una clara amenaza, empezó a apuntarlo insistentemente. Enrico, inclinando la cabeza, al fin aceptó. Antes iría con el alcalde a rendir los honores al muerto. Una vez allí, le dijo el alcalde Álavez a Enrico:

–Oíme, Quico, yo no le veo la cara al muerto; está muy borroso el vidrio.

–¿Será que está muy alta la refrigeración del ataúd? –le respondió Enrico–. ¡Hey, el técnico de la funeraria –le gritó a un empleado de servicio–, venga, venga, hombre, y revísese esta cosa!

Lo que en realidad sucedía era que la refrigeración se había apagado y, con la temperatura casi a cuarenta grados en el exterior, más la liberación de gases expulsados por el cadáver, una gran presión interna generaba el empañamiento del vidrio frontal. El técnico no se había percatado del mal funcionamiento.

–Mientras lo arreglan –le dijo Enrico–, dame un minuto. Ver a la muerte de frente me indispone. Voy a ir al confesionario, a reponerme un poco. Ya vengo.

Se fue al confesionario y allí estaba la diputada, fiel creyente de la fe católica y sublime defensora de las leyes nacionales, lista para devorar a nuestro héroe.

–Espere –le reclamó Enrico al ver aquella digna mujer desfajarle los pantalones.

–Dejáte de cosas conmigo, papaíto –le dijo abriendo la ventanilla, bajándose el calzón y reclinándose para alzar el culo en la famosa *posición católica*, o sea, a lo sodomita.

En tanto, el obispo Juancho, que así lo llaman los fervientes con cariño, veía al técnico luchar por abrir el ataúd, cosa que inquietó a la congregación; para desviar la atención del público, se adelantó el embadurnado divino, extendió los brazos y empezó a lanzarse una elegía, casi un himno a la desgracia, mejor dicho, una glorificación del triunfo del mal sobre el bien, en latín:

«Aleph, quomodo sedit sola civitas plena populo facta est quasi vidua domina gentium princeps provinciarum facta est sub tributo».[11]

–¡Jálela para arriba, compa! –le pedía el alcalde Álavez al técnico.

–Está soldada en la base, creo –le contestaba éste.

En el confesionario:

–¡Ay no, Enrico! –exclamaba jadeante la diputada Marcucia con los ojos más que abiertos–. ¡Sos un bárbaro! Dejáme tocar...

Afuera, en el ataúd:

–Ha visto a mi mujer Marcucia, alcalde –le preguntaba el marido de la diputada, don Hamad, a éste, que tiraba junto al técnico de la tapa del féretro.

–¡No! –le contestó el concejal–. Mejor vaya y tráigame a Enrico que está en el confesionario.

El obispo, cerrados los párpados y el rostro al cielo:

«Beth, plorans ploravit in nocte et lacrimae eius in maxillis»[12] –seguía.

–¡Ya está! –exclamó el técnico.

–¡Oh Enrico! –clamaba la diputada.

«Lacrimae eius in maxillis…»[13]

–Enrico –llamó don Hamad abriendo la puerta del confesionario–. ¡Enrico!…

Nuestro héroe, al quedar enceguecido por la claridad de la luz proveniente del atrio y descubierto encaramado del culo de la Marcucia, soltó a la diputada de la cadera, giró, tapó su desnudez con una prenda y saltó del cubículo, poniéndole el dorso a un ardido don Hamad, que lo cogió del brazo, deteniéndolo en el pasillo y dejando a la vista del público piadoso su bien dotada virilidad.

---

[11] Alef. ¡Cómo, ay, yace solitaria la Ciudad populosa! Como una viuda se ha quedado la grande entre las naciones. La Princesa entre las provincias sujeta está a tributo. Lamentaciones, 1-1.

[12] Bet. Llora que llora por la noche, y las lágrimas surcan sus mejillas.

[13] Y las lágrimas surcan sus mejillas.

–¡Dios mío! –exclamaron los fieles–. ¡Virgen Santísima!

–¡A la gran puta! –gritó el alcalde–. ¡Está mierda va a estallar!

El inmaculado obispo Juancho, todavía sobrecogido por la experiencia de rozar las llaves del santo Pedro y pronunciando el "Guimel" del tercer versículo de las bíblicas Lamentaciones, se detuvo molesto y volteó la cabeza para averiguar qué ocurría y por qué había sido arrebatado del tercer cielo, cuando vio al alcalde y al técnico caer violentamente en el piso, y al finado Yusuf, empujado por la descompresión brusca de los gases, levantarse del ataúd y próximo a rasparle la cabeza.

–¡Resucita don Yusuf! –vociferó, pávido, bajando la testa.

–¡Está vivo! ¡Aaaayyyy!

Y los escandalizados y espeluznados fieles que corrían arrancándose los pelos del miedo y en desbandada, aventando bancas, instrumentos de música, guirnaldas, llevándose, además, de encuentro a embajadores, diputados, jueces, regidores, policías, hasta viejitos y niños.

–¡Esta vivo el muerto!

–¡Y vuela!

El alcalde, que veía al viejo Yusuf andar por los aires, queriéndose zafar de aquel desastre, corrió hacia el confesionario, precisamente en el instante que el lomotendido de don Hamad ponía sus manos a Enrico. El árabe, enfurecido, viró el cuerpo de nuestro héroe y lo alineó con el del alcalde, quien para evitar ser empalado frenó como pudo, sujetándose de don Hamad, que resbaló y cayendo ambos debajo de tan amplio y venerable varón, vencidos por una suerte de alimón[14], clamaron:

–¡Ay, Dios mío! ¡Ya me clavó la vara el picador!

Diciendo esto, con Marcucia escapando por una puerta lateral, se levantaron para atrapar a Enrico que corría desnudo junto al muerto revivido en dirección al pórtico principal.

Justo es decir que ante estos aparatosos acontecimientos, que mermaron el buen nombre de nuestra sacra sociedad, el futuro de Enrico pareció por un momento ensombrecerse, principalmente por los celos de un marido que ostentaba orgulloso la corona de la Estatua de la Libertad en su redondeada frente; mas, como en este cosmos cambiante nada está escrito en piedra, nuestro héroe volvería a reivindicar su honor, por ahora contemplado por la multitud de fieles que, *horrorizados*, caían persignándose ante tanto impudor.

---

[14] Lance o suerte que realizan dos lidiadores, tomando cada uno de ellos un extremo del capote y citando para que el toro pase como por debajo de un puente. En este caso es a la inversa.

8

Cómo Enrico conoce a Mel, viaja a Olancho y sana de presto a una ganadería completa

Escapaba nuestro Enrico por el bulevar Suyapa, desnudo y perseguido por un don Hamad libertario que se hacía acompañar por una multitud pudorosa y dispuesta a ajusticiar a tan grande y pervertido hereje.

Es aquí donde yo condeno la obnubilación y falta de tolerancia de las masas, siempre prestas a enjuiciar de primera mano la acción de un ungido de sangre, en primer lugar, y, ¡no hay que olvidar esto!, de un ministro de Dios, a pesar, es cierto, de los cachos emblanquecidos de don Hamad y la debilidad carnal desplegada por la honorable diputada Marcucia, que nos recuerdan lo contrario.

Pero ¿a qué lanzar el grito al cielo por nimiedades como ésta, cuando sabemos todos que los diputados sólo trabajan en promedio una semana al año de sus trescientos sesenta cinco días, o la otra, la de saber que los hondureños vivimos con tres dólares al día, o sea, novecientos noventa dólares al año, sin estructuras y casi en la Era Primitiva, cuando en los países desarrollados se vive con más de treinta mil y con la infraestructura nacional, forjada por el Estado, en las mejores condiciones sociales posibles? ¿No excusa esto a la diputada doña Marcucia de pensar en otras cosas que no conciernan a las del bienestar del pueblo, o no exime a Enrico, un joven que apenas sabía quién era él mismo?

Es por ello que, repito, condeno la obnubilación de las masas por cegarse a causa de estas banalidades y por no poner el ojo en las cosas que realmente importan. Y cómo ya me encachimbaron a mí, el narrador, ahora me van aguantar este discursito de tres párrafos antes de seguir con la historia de Enrico. Ahí les va: ¿Qué Dios se va a ofender porque dos seres cogían en la Basílica de la Virgen de Suyapa? ¡No, hombre! Si Dios más bien se ríe de estas cosas: lo que a Él realmente le importa es que amés a tu prójimo como a Dios mismo, que pensés en él, lo ayudés, lo saqués de la miseria en que ahora está hundido, le dés de comer cuando tiene hambre, le construyás una casita digna donde pueda él y su familia vivir decentemente como ser humano igual a vos que es –pero no de esas cajas de fósforo mal construidas, donde ahora meten a la gente, con tal de obtener gigantescas ganancias–, le facilités medios de transporte decorosos y una zona de trabajo respetable. ¡Eso es lo que a Él le interesa y no que andés de rodillas pagándole por deseos nacidos de tu propio egoísmo!; se excusan a aquéllos que lo hacen por creer que han sido sanados de una enfermedad. ¿Y sabés por qué le interesa esto? Porque Él desea que seas feliz, tan feliz que podás adorarlo sin necesidad de que te le humillés –porque vos has sido creado a su semejanza– y lo hagás por voluntad y gozo propios antes que por miedo y amargura.

¡Qué le importa a Dios que lo adoremos con gran dolor en el alma, recordándole más bien que ha hecho mal las cosas! ¡No! Él quiere que te levantés, hagás lo que tengás que hacer por el bien de tu hermano y el tuyo, de la mano los dos, para que alcancen la felicidad y así lo puedan adorar juntos como debe ser, y para que no le dé vergüenza de ver a uno de sus hijos mal querido

y empobrecido. ¡Qué hay que adorar a la virgen de Suyapa o a Cristo, cuando éstos ya están en el Cielo! Si Cristo lo que quería es que siguieran sus consejos y no que lo adoraran como si fuera un dios. ¡Ah, qué hay que rezar los Sacramentos, recitar el Apocalipsis, metiéndole miedo a la gente para embobarla más, o creer en ese montón de figuras inventadas por hombres como yo o vos que tenemos acceso a leer y escribir un libro! ¡No, hombre! Poné los pies en el suelo, dejá de tirártela de puritano y mirá las cosas como son: vivimos sumidos en una gran miseria provocada por un grupito de extranjeros y criollos, identificado muy bien por todo buen hondureño, que explota a su antojo los recursos del Estado, es decir, nuestros propios recursos, el tuyo y el mío, y luego cubre esta rapacidad con un manto de religión y sacralidad que ciega a las masas, es decir, a vos y a mí. Y te apuesto, que en tu fervor y terror religioso e ignorancia económica me vas a acusar de loco, degenerado y hereje, como a Enrico, por lo que te estoy diciendo. No, hermano, no es así. Estudiá, estudiá mucho la Historia del Mundo y del país, de la formación de la Religiones –pero que no te la enseñe el “apóstol evangélico” ni el padre católico que son juez y parte del engranaje, sino que buscá un científico, un maestro de fiar–, de la estructuración de la Economía Política, y hallarás en mis palabras el atisbo de la honradez. Sin esto, estarás por siempre en la oscuridad y serás fácilmente manipulable a favor de las intenciones de otros menos escrupulosos, y que con tanto acierto nos los recuerdan y alertan los Evangelios. Y, por último, agarrá güevos y exigí tu derecho a vivir dignamente, porque tuyo es el dinero que está en el Estado, tuyos son los medios de producción que han producido tu fuerza de trabajo, tuya es esta tierra a la que han llamado Honduras-Centroamérica, heredada de tus padres por tus abuelos y tus bisabuelos y éstos de nuestros tatarabuelos, todos indios y mestizos, y tuya es la capacidad para cambiar este estado de cosas.

¡Uf, libre, tenía que hacerlo! ¡Ahora dejémonos de sermones y sigamos con nuestro Enrico que ya casi alzaba vuelo al estilo del difunto Yusuf! De verdad que hay cosas que son difíciles de explicar, y es allí cuándo creo en aquel dicho: «Las desgracias no vienen solas». El Enrico bajaba por un carril de la autopista, precisamente por un caracol que conecta al bulevar Suyapa con el de las Fuerzas Armadas, sólo para pegar de frente con un convoy motorizado de la Guardia Nacional que venía en dirección contraria, escoltando a Mel, el Presidente de la República.

Obviamente, la vanguardia del destacamento enseguida se percató de su presencia, y un sargento bastante enojado mandó a varios de los suyos «para que atraparan al loco». Lo que él no había visto era al tumulto de gente que doblaba por el carril, con don Hamad y el alcalde Álavez a la cabeza.

Cuando los guardias detuvieron a Enrico, éste apenas podía sostenerse en sus hombros. Además, como andaba descalzo, tenía los pies chamuscados por el terrible fuego del pavimento.

–¡Agárrenme a ese hijueputa! –gritó don Hamad.

Segundos después, llegó la limusina presidencial y desabordó de ella un hombre altísimo, bigotudo y con sombrero de campesino. Se bajó también el coronel Romero Delasco, “amigo personal” del presidente.

–¡A la puta! –exclamó Mel al ver los atributos del desnudo Enrico–. ¡Bien dicen que los locos y los maricas se cargan buenos rifles!

Romero Delasco era tartamudo y al escuchar aquello se trabó de la risa, dejando escapar un sonido entre gruñido y resoplido.

Nuestro héroe, por supuesto, estaba exhausto y sumamente avergonzado.

–Señor presidente –le dijo–. Yo no soy ningún loco, y lo que sucede es que ha habido un gran malentendido. Yo, yo…

–¡Quemémoslo en la hoguera por diabólico y hereje! –gritó uno de los fieles que acompañaba al esposo de la diputada.

–Momento –dijo Mel–. ¿Cuál es el crimen de este muchacho? –preguntó–. ¿Qué ha hecho?

Don Hamad iba a contestar pero uno del grupo que estaba en el fondo volvió a gritar:

–¡Es que le estaba cogiendo la mujer al turco en el confesionario de la Basílica!

Los de la Guardia se echaron a reír y el coronel Delasco se acercó a don Hamad, conocido suyo de antaño:

–¿Es cierto, don Hamad? –le preguntó, serio.

–No, hombre –le contestó–. Qué va a ser verdad. ¡No ves que el degenerado me la quería violar!

–Además –dijo Álavez, que adoptó el lado de don Hamad pues el destino de Enrico estaba sentenciado–, ese loco le metió fuego al ataúd de don Yusuf.

–Pero lo que es a mí –siguió enardecido don Hamad–, ¡me las tiene que pagar!

–'Perame, 'perame –lo contuvo Mel–. Este muchacho estaba rezando en la Basílica, ¿correcto? Tu mujer, esta Marcucia, estaba con él, adentro, en el confesionario, ¿no es cierto? Luego vos los encontraste juntos en el compartimiento, ¿correcto?

Don Hamad avalaba a cada momento, pero como queriendo contener aquellas elucubraciones.

–¡No fregués! –le dijo Mel–. ¡Entonces tu mujer te estaba poniendo los cuernos!

Y el cérvido árabe, que no hallaba qué hacer, le dijo:

–¡Ahorita voy a llamar a don Faal'kusie para que aviente a la mierda a este pendejo!

–'Perame, 'perame –le dijo Mel–. ¿Por qué me decís eso?

–Yo me refiero a este maje –le contestó don Hamad–. No ves que es el gerente de la Papelera.

–¿Cómo te llamás vos? –le preguntó Mel a nuestro héroe–. Según don Hamad, no sos cualquier cosa.

–Enrico –le contestó el otro, aprehendido por los guardias.

–Hagamos algo –les dijo Mel a ambos–: Vos, Hamad, andáte tranquilo para tu casa, hablá con Marcucia, y dejáme a este muchacho conmigo, que yo sé qué voy a hacer con él. Ya no lo querés ver más en Tegucigalpa, ¿correcto? No hay problema, yo me encargo. ¡Andáte, andáte tranquilo! –y a la muchedumbre–: ¡Váyanse ustedes también a la casa, mi gente!

–¡Cuál es! –vociferó un ardido devoto–. ¡A este pervertido hay que quemarlo en la hoguera por faltarle el respeto a la Virgencita y haber encuernado a nuestro patrón!

Mel, riéndose, les respondió:

–Señores, damas, niños, retírense, por favor. Aquí se trata de un asunto familiar, ordinario, y ustedes saben que estas cosas son de dos, no de tres, ni de cien.

–¿Y lo qué le hizo a Virgencita?

–La Basílica y la Virgen allí están, ¿correcto? Ni la una ni la otra lloran por lo que pasó. Mejor váyase cada uno a su casa, se echan un cafecito negro mientras miran cómo se culipandea el Salvator Laralla en canal cinco vestido de chorcitos y camisetillas desmangadas.

La muchedumbre, que veía a don Hamad subir en un carro de la Seguridad, rumbo a su casa, decidió hacer lo mismo, no sin que antes uno de ellos le preguntara:

–Óigame, don Mel: por ahí andan diciendo los del Codeh que alguna gente le quiere volar la tapa. ¿Es verdad eso?

–Dejá de pensar pencadas, vos –le contestó riendo–. ¿No ves a mi amigo Romero Delasco, segundo después de mí en el Ejército, andando y tomando cafecito conmigo en el carro? Yo confío en la buena fe de la gente. ¡Mejor ándate y no investés!

Luego le pidió Mel al sargento de la motorizada:

–Sacáme una mudada del carro y se la das a este muchacho. Se va ir con nosotros en la limusina.

Arrancaron los autos y pronto llegaron a la Casa Presidencial, aquel edificio poblado de columnatas romanas y que antes había sido el hogar de la Cancillería.

–Enrico me dijiste que te llamabás, ¿correcto? –le preguntó Mel, una vez en la oficina–. Vení –continuó y lo llevó a un salón donde estaban colgados muchos cuadros, decorados con aire rococó, de los pasados presidentes. Enrico, por su parte y siempre libidinoso, empezaba a pensar mal de aquella sigilosa e impenetrable intención. ¿Por qué me arrastra hacia ese lugar oscuro?, se preguntaba.

»¡Ah, ya! –hizo como que recordaba Mel–. Vos sos al que le dicen "el Matador".

–¿El Matador? –exclamó Enrico–. No, no soy yo. Jamás en mi vida he escuchado ese apodo.

–Vos sabés como es el pueblo de jocoso y alegre y que nada se le escapa… ¡Ya te clavaron el apodo de «Enrico, el Matamoros», je, je…! ¡Qué porque les cogés las mujeres a los turcos! Ja, ja, ja… ¿Es cierto eso?

Enrico guardaba silencio, en espera quizá de alguna solicitud lúbrica clandestina. ¡Vaya puta vida!, se dijo.

–Vos y yo nos parecemos un poco –le dijo Mel.

«Hummm», musitó Enrico, intranquilo. «Vaya de una vez al grano. Estoy hastiado de esta mierda», y comenzó a desviar sus ojos con malicia a su encomiado miembro.

–No pensés mal –siguió Mel–, que yo no soy culero. Lo que quiero decirte es que ambos somos unos indios que estamos a merced de los turcos y los gringos. A propósito, ¿te has cogido una gringa alguna vez?

Enrico, por otro lado, en verdad ni siquiera sabía qué cosas Mel había hecho a favor de la clase obrera y los oprimidos.

–Todavía te falta entonces –le dijo en una sonrisa pícara–. Ya vamos a arreglar eso.

»Pero mirá –le dijo–, si te traje a este salón de presidentes es para que veas algo.

El Enrico parecía extrañado. ¿Qué me importa a mí eso?

–¿Los ves a todos allí? –le preguntó–. Bueno, entonces quiero que te concentrés en la figura de este hombre, de este indio que llaman Lempira, y de esta otra, la de Morazán, los únicos, considero yo, que realmente lucharon a muerte por sus pueblos, los únicos que tuvieron los güevos de enfrentarse y batallar contra los invasores. Los mataron, es cierto, pero nos dejaron un mensaje claro a vos y a mí, que somos indios también: el de pelear por el bienestar de nuestra gente, el de rebelarnos contra aquellos que nos oprimen. ¿Me entendés ahora?

Enrico, para salir de aquella situación que él, sinceramente, no entendía, le dijo que sí.

–Por eso digo que vos tenés algo de estos hombres. Tenés el valor, la gallardía, los güevos con que joder a los que oprimen a los tuyos.

»Yo tengo un plan en la mente, fijáte.

–¿Un plan? –preguntó Enrico.

–El que mi gente viva bien, hombre. Ponéte a pensar que este país es riquísimo en recursos naturales y podés creer que podemos disfrutar nosotros de ellos. ¡Nada!

»Toda la riqueza se va para Estados Unidos, y los gringos, si no vienen ellos a instalar sus empresas para explotarla y llevársela, le dan poder a estos turcos, sus testaferros, para que la administren. ¡Y vos sabes qué gran cagadal se tienen en este país! Las carreteras pobres y en mal estado, salvo las que ellos utilizan para enviar sus mercancías. El pueblo vive en la miseria arropado en cajas de cartón. Y podés creer que cuando el Estado quiere hacer algo por los humildes se enojan. ¡Se enojan estos turcos pendejos! ¡Todo lo quieren para ellos! La vez pasada quise hacer un proyecto de casas bonitas, grandecitas, para los trabajadores; no, ya vino un turco desgraciado con una constructora que quería el proyecto para él, y como son grandes alagartados, les hizo casitas raquíticas y se quedó con aquel gran pistal.

»He estado pensado en subirle al salario mínimo. ¿Podés creer que viva en Honduras gente con tres dólares al día, o sea, sesenta lempiras, y que la canasta básica ahorita anda en cinco mil quinientos. ¡Sacá la cuenta! Si ahorita ganan mil ochocientos al mes y la canasta vale cinco mil quinientos, ¿no creés que una gran mayoría se esté muriendo de hambre? ¡No, hombre, no hay que ser tan jodidos!

»Yo ya me metí a rollo y le voy a aumentar a los obreros y a todo aquel que trabaje como asalariado a cinco mil quinientos el sueldo, ¡se enoje quién se enoje!; es lo menos que puedo hacer como ser humano y presidente. ¡Faal'kusie, tu jefe, estaba encachimbado conmigo! ¡No jodás, le dije, cómo vos sólo pasás contado millones, no tenés ni idea de lo que es el sufrimiento de los demás!

»Y así hay un montón de cosas que solventar en este jodido país. Por lo primero, te voy a decir que los turcos y sus secuaces me la han hecho difícil, Enrico, me tienen crucificado. Vos sabes que la prensa, la televisión, la radio, bueno, casi todo, está en su poder y me han agarrado de ojo de gallo, queriéndome echar al pueblo en contra, ja, ja, pero les ha salido el tiro por la culata. Hay algunos de la clase media que están confundidos y les creen, quizá porque tienen su carrito más o menos y ya se sienten parte de los gobernadores imperiales; pero al final vos sabés que en este país todos tenemos raíces pobres. ¡A mí que no venga ninguno con que procede de una familia rica de antaño! Aquí los únicos ricos son los gobernadores de los gringos y sus lugartenientes los árabes, ah, y los que se pliegan a su voluntad. De allí los demás, la gran mayoría que tiene dignidad, pues, están comiendo mierda.

Enrico calló: él mismo, a pesar de haber vivido en una opulencia prestada, provenía de dichas raíces.

–Y vos sos otro de los que está hecho mierda –volvió a hablar Mel, agarrándolo de repente–. Allí andan un montón de turcos que te quieren ver muerto.

Esta declaración sí impactó en la psiquis de nuestro héroe.

–¡Es que andabás con gran hambre, vos, verdad Quico! ¡Puta! –continuó–. Si vos no te has cogido a mi mujer Xiomara porque ésta es indita. ¡Cálmate, hombre! ¡Hay más tiempo que vida!

Enrico se puso rojísimo, en unas por la vergüenza, y en otras, como les pasaba a las masas, porque sentía ya, al contacto de esa magnánima persona, una extrema devoción por él.

–Mirá –le dijo Mel–, te vas para Olancho hoy, a casa de un amigo mío; allá nadie te conoce, por lo menos de vista, y te relajás un tiempo. ¿Qué me decís?

–Lo que usted quiera, señor presidente.

–¡Perdéte pues! –le dijo Mel en bromas–. Que te lleve Rassel –cogió el teléfono y habló–: Lleváme al Matamoros a la aldea el Grillo –colgó–. Listo. Ahí te esperan en el parqueo, ¡ah, y cuidado te metés con la mujer de Habib, el de Juticalpa, porque ese turco es mula de loco!

Salvado por Mel del linchamiento, Enrico emigró al rancho del amigo, llamado Sosa, muy querido en la aldea y poseedor de una nutrida ganadería.

He de decir aquí, que nuestro joven empezaba a madurar emocionalmente, a convertirse en hombre, y ya las cosas por las que había pasado estos años hicieron mella en su carácter y le dieron la capacidad de capturar otros enfoques del prisma de la vida. Se dijo, esta vez con gran solemnidad, de que no volvería al ruedo taurino, sino que se dedicaría a trabajar. Yo no puedo sino alabar su actitud, muy varonil y resuelta, de empeñarse a seguir un modelo de conducta probo, comedido, bondadoso, hasta heroico, de resistir a las tentaciones.

Por eso me extrañan las visitas que la doctora veterinaria de Juticalpa, doña Solimán, esposa de don Habib, empezó a hacer muy a menudo a la ranchería del viejo Sosa. Al parecer el ganado, otrora el mejor y el más saneado de la meseta, enfrentaba plagas nunca sentidas en el lugar. Algo, para el campesinado, peligrosísimo, al extremo de que las emergencias eran tan urgentes que la querida doña Solimán, de espíritu elevadamente altruista, decidió abrir una clínica veterinaria en esa aldea de apenas una veintena de casas empobrecidas, mantenidas únicamente por el trabajo que don Sosa les prodigaba con su mediano rancho.

Me sumo a esta labor, ¿por qué no decirlo?, humanitaria, de doña Solimán por tratar de controlar este tipo de asuntos que el Estado ni siquiera osa en atender ni resolver. Poseía otra gran virtud doña Solimán, era esposa de un dignificado dirigente liberal olanchano, don Elías Habib, buen hombre que se había hecho rico especulando fármacos para animales, y por tanto muy “respetado” por los lugareños. Doña Solimán se había empeñado, según le dijo a su estimable esposo, en introducir a Enrico en los vericuetos de la política, pues “poseía un enorme talento como orador”, además, le dijo, “viene recomendado por Mel”.

Fue así como Enrico entró a la política. “Para que perdiera la pena”, le recomendaba doña Solimán a Enrico, “nos conformaremos con hacer pequeños mítines en tu casa”. Por esto, cada domingo en la tarde, el rancho comenzaba a llenarse de exclamaciones y arengas lanzadas por Enrico, mientras doña Solimán le sostenía apretujadamente el micrófono, incitándolo para que tuviera más ardor, a lo que nuestro incipiente político respondía:

–¿Quéres que lo haga más fuerte? –y alzando la cabeza–: ¡Solimán, vos sí tenés una garganta qué mis respetos!

Como bien supiste advertir, mi querido lector, a medida que nuestro Enrico se especializaba, lo mítines se hicieron más a menudo, y don Habib, a quien doña Solimán de todo le informaba, creía que, pasado ya varios meses, un líder del partido vencería a las huestes siempre oscuras del Partido Nacional.

–Un día de estos voy a ir a uno de esos mítines, fijáte, Sol –le decía– para medir cuán grande es la concurrencia.

Doña Solimán, con el menor de los desparpajos, le contestaba:

–¡No tenés ni idea, mi’jito!

–¿En serio? –le preguntaba el árabe.

–Tan grande como decir de aquí, en Juticalpa, hasta Cantarranas.

–¡Puta! Tan bueno es ese jodido con la oratoria.

–Un Pericles… A mí siempre me deja cabal.

–Me lo traes un día aquí a la casa para que lo conozca.

Quedaba pues el viejo Habib complacido por el trabajo logístico que su mujer había hecho con Enrico. Doña Solimán iba casi todos los días a la aldea el Grillo, en unas a “atender el nego-

cio” y en otras a combatir esa terrible plaga que estaba “azotando al ganado” y “muy raras veces ahora”, le decía después a don Habib, “a los mítines”.

Cierto día llegó a Juticalpa el ranchero Sosa a comprar “Anabol” en la veterinaria de don Habib, quien, al verlo allí, le preguntó, alegre, de cómo seguía el ganado. Don Sosa le dijo que “como siempre. Usted sabe, don Habib, con las vacas nadie se hace rico”.

–Pero por lo que veo en estas elecciones vuelve a ganar el Partido Liberal.

–Quién sabe –le contestó don Sosa–. A ese Selvin Gatos lo miró caricagado.

–¿Cómo así? –le preguntó don Habib–. ¿Y no están las bases metiéndole duro? Mi mujer dice que en su rancho son recuas de liberales las que se reúnen para escuchar a su *ahijado* Enrico, quien le va al Gatos.

–Recuas de vacas serán –le dijo don Sosa riendo.

–No me diga –le respondió don Habib, sorprendido. Segundos después captó y enhebró en el acto los ardides de su mujer–. ¿Y la salud de sus vacas, andará como el Partido Liberal?

–No, ¡allí sí jodimos! Más sanas que una lombriz.

Esperó don Habib a su mujer por la noche; llegó después Solimán, pero no le dijo nada, en cambio, bostezando, le dijo que iría a acostarse. Al día siguiente, cuando doña Solimán se alistaba, perfumándose y polvoreándose el rostro, le dijo don Habib que la acompañaría “para ir a visitar al más grande líder de masas en Olancho después de Mel.”

–Pero hoy no tenemos mitin, Habib –le dijo ella.

–¿No? –dijo él–. Entonces voy a pasar por la aldea El Tronco, la que está más adelante de la del Grillo.

Doña Solimán, siempre perspicaz, creyó que con aquello había aplacado las dudas de su marido. Luego, afuera, le pidió que subieran al auto.

–Aquí dejáme –le dijo ella ya en el Grillo–. Voy a ir a revisar el ganado.

–Bueno –le dijo don Habib arrancando.

Llegó doña Soliman, con más morbo que nunca, a la casita de Enrico y le tocó la puerta. El otro salió medio adormitado.

–Hoy quiero que hagás temblar ese micrófono –le dijo–, para que agités con gran poder a las masas.

Y más tardó en decirlo que en poner un pie adentro, mas cuando quiso cerrar la puerta, apareció el puño de don Habib apretando un gran machete, digno de las más grandes cimitarras otomanas. Aventó a doña Solimán por un lado, se arrojó contra Enrico, que cogió el suyo y, como en la Edad Media, dio la lucha al sarraceno. Aterrada doña Solimán, salió a tientas por la puerta, capeándose a don Habib, que le soltaba sendos machetazos a nuestro héroe.

Al mismo tiempo, los combatientes, siguiendo el paso de doña Soliman que se conducía hacia los establos, salieron de la casita; don Habib, enfurecido, le gritaba a su mujer:

–¡Enseñáme dónde están las vacas enfermas!

–Es que ya se sanaron todas –le contestaba.

–¡Ni que haya ocurrido un milagro, vieja pendeja!

» ¡Y vos –le gritaba a Enrico–, vos sos el gran orador por el que se mea mi mujer!

Al punto le dejaba ir los filazos, uno de ellos desmochó las ropas de Enrico, quien descotado y excitado por la lucha y en un pase de firma[15], blandió al aire su penetrante y encarnado

---

[15] Derechazo natural concluido con el adorno consistente en recoger al toro con los vuelos de la muleta, en lugar de darle salida, y ligar con el pase de pecho.

rejón[16]. «Yo soy», le dijo, tal vez inspirado por los elogios de Mel. Don Habib, apartando la vista de aquel fenómeno, sólo pudo exclamar:

–¡Ay, Dios mío! ¡Ya me clavó la vara el picador!

Y, dejando al conicorto de don Habib paralizado, cogió de la brida a un caballo alazán, lo montó y se perdió cabalgando en el bosque de pinos olanchano.

He aquí que, por primera vez, nuestro Enrico recobró su honor en una dimensión, aunque parezca extraño, diría, altamente esotérica. La frase «Yo soy» y añadiendo: «Yo soy Enrico, el Matamoros», para mí, lleva implícita una cualidad casi bíblica que me recuerda al conocido «Yo soy» que escuchó Moisés al caer de frente a la zarza ardiente en el desierto. O sea, es la autoconfirmación de Enrico, proveniente de su recóndito interior, que manifiesta que se ha descubierto a sí mismo y encontrado con poder, y su ingreso al mundo de los hombres con carácter, dignidad e identidad. Y no miento, ¿por qué cuántos de los que me leen tendrían los güevos de decirle en la cara a un turco o a su opresor, «yo soy tal, ¿y qué», así como lo hizo tan valientemente Enrico o la de salvar de la plaga a toda una ganadería de presto y por milagro? De seguro, muchos.

[16] Rejones de castigo: especie de lanzas y cuchillos, incluyendo la espada, para realizar el estoque del toro.

9

Cómo Enrico se encuentra con una náyade de laguna, es capturado por Picodeoro y enviado a Colón para que sufra la muerte del tonto

Volvía a su acostumbrado escape nuestro Enrico, aunque esta vez vestido de Adán, y cabalgaba sorteando los pinos del bosque, protegido quizá por los rayos de un sol fulgente que se había tornado, luego de ser cubierto por graves y espumosas nubes, tan anaranjado como su caballo. Sintió hambre y sed. Le pareció escuchar un rumor en lo alto de un peñón distante y decidió husmear, remontándolo con su corcel.

En tanto escalaba aquellas piedras calizas, he aquí algo que anotar, Enrico hizo, digamos, un balance de su vida. ¿Por qué siempre lo perseguían los problemas, a él, cuyo único pecado consistía en obedecer y complacer los deseos de los demás?

Necesario es decir que nuestro héroe raramente pensaba, o sea, que nunca se cuestionaba si tal acción era buena o mala, pues siempre confió en el sano juicio de los otros, u otras, a quienes él consideraba respetables y buenas gentes.

También es cierto que no le importaban las vidas de sus semejantes, cosa loable y que aplaudo, pues ¿a quién le gusta un vecino entrometido? Igualmente es verdadero que, derivada de esta honrosa discreción, tampoco amaba, en una oración, jamás se había desprendido en alma de sí mismo para dejar que el espíritu del otro entrara a su ser.

Obedecía, sí, pero había habido siempre un beneficio. Por ejemplo, Doña Mina, sexo; doña Dalila, educación y categoría; doña Olga, trabajo y espiritualidad; las odaliscas, diversión y vino; las hijas de empresarios capitalinos, dinero y prestigio; y así siguió nuestro Enrico sacando cuentas. Pero algo no le cuadraba. ¿Y Betty?

¿Qué buscaba en ella? ¿Amor o status? ¿Por qué no se había nunca enamorado, digamos, de una india mestiza? ¿Qué lo impulsaba, por otro lado, a soñar que sería feliz con Betty? ¿El amor?

«Ah, Betty, Betty, Betty», exclamaba mientras cabalgaba. Al fin llegó al altozano. «¡Vaya!», se dijo, «una laguna». Animado por este descubrimiento, espoleó a Rubicón, como había llamado a su caballo en honor al emperador romano Julio Cesar, quien le había recordado aquella mítica frase enfrente del no menos legendario río: «La suerte está echada», locución, hay que decirlo, que se pronunció a sí mismo el día en que aventaba sus libros al crique recién construido atrás de su casa.

Montaba confiado en dirección a la laguna, sin embargo, antes de llegar a la orilla, advirtió que había un carro bastante descalabrado estacionado en la boca de la cañada. Se detuvo, pero algo tarde, pues, sumergida hasta el dorso, se le apareció a sus ojos una preciosa náyade, una, pues, ninfa de río. Ésta, al descubrir a Enrico desnudo y subido en el Rubicón, saltó del agua y fue a cubrirse con unas grandes hojas de malanga, que arrancó con rapidez de la húmeda rivera.

Enrico reía. No obstante la belleza de nuestra náyade, a nuestro héroe no le despertó ninguna pasión, talvez advertido de que ella era una campesina de aldea.

–No le haré daño –le dijo–. Sólo quiero dar de beber a mi caballo y sorber un poco yo mismo.

–Está usted desnudo –le respondió ella, menos que asombrada por el vigor de éste.

–Mire –siguió Enrico–, pueda que parezca yo un raro andando sin ropas, pero créame, se debe sobre todo a un accidente.

–¿Accidente? –le preguntó.

–Es una historia larga –le contestó.

–¿Larga? –musitó ella.

–Déjeme beber agua –volvió a pedir Enrico.

Calló la náyade corriendo rumbo al carro. Enrico, por supuesto, se hacía el hombre cortés, ya que nada le impedía entrar a la laguna.

–Espere –le dijo–. No se vaya. –Bajó de Rubicón, lo acercó a la orilla y se metió él mismo al agua.

En verdad que desplegaba Enrico un físico impresionante, bendecido por la Naturaleza e irresistible para cualquier mujer. Más la náyade, tímida y callada como se mostraba, ocultaba su pena, y la de ver a Enrico a lo adánico, con una contracción de sienes y un nerviosismo más que evidente, mientras se vestía con un chorcito y camiseta rosas.

–¿Sabe una cosa? –exclamó Enrico, braceando y encontrando divertida la actitud de su nueva amiga–. Me preguntaba si no tendrá usted allí en el baúl alguna mudada de ropa.

–¡No tengo! –le gritó ella, forcejeando por encender el carro, el que, para su desgracia, no encendía.

–Déjeme ayudarle –siguió él– dándole un empujón por detrás.

La otra lo miró con profunda desaprobación.

–Digo: empujando el carro, para que lo arranque usted en el segundo cambio.

–¡No quiero nada de usted! –le devolvió la náyade en un grito.

Salió entonces Enrico del agua, más musculado que antes gracias al ejercicio, tal si pareciera un Hércules, o mejor dicho, un Lempira, o un Tupac Amaru, en fin, un semidiós de leyenda, glorificado, incluso, por la oblicuidad de los rayos naranjas que lo hacían verse imponente y hermoso.

La náyade, por supuesto, al verse incapaz de encender el auto y reparar en la llegada de aquel monumento humano, salió de la cabina y fue a esconderse atrás, en la paila, lejos de Enrico.

–Venga –le dijo éste–. No actúe usted como una niña. Si no quiere verme desnudo, présteme algo de ropa –y percatándose Enrico de que en el asiento de la cabina estaba insertada una camiseta masculina, continuó–: Mire, voy a ponerme esta *T-shirt*, ¿está bueno?

–Y tenga esta calzoneta –le gritó la otra, que había abierto el baúl trasero–. Póngasela.

¡Oh Hado, Hado juguetón y hacedor de los menos pensados artilugios! ¿Por qué te empeñas en malograr la vida de nuestro héroe? ¿Qué ganaría Enrico, por poner un ejemplo, con unirse a esta campesina, linda, es cierto, pero sin ningún centavo en la bolsa?

Mas Enrico, tan sabio como yo, dedujo lo mismo, y por eso reía, mofándose del modo silvestre e indiano de nuestra náyade. Verdad es que Enrico poseía un carisma delicioso, mortal, y él lo sabía, "por tanto", se dijo, "aunque ella se sienta tentada a enamorarse de mí, ¡qué ni sueñe!, ¡mejores culos y de verdad me he echado!"

Tales fueron los pensamientos, cabalmente enseñados por nuestra alta sociedad y bien aprendidos por un indio alienado que, si no me equivoco, se tenía ya a sí mismo en muy alta estima. A este respecto, nada tengo yo que reprocharle, si no el hecho de que, entre más se alejaba

la náyade de él, sin reconocerle mérito alguno, despreciando su figura, más intrigado se sentía nuestro Enrico.

«Tonta», pensó él. «Si supieras de las mujeres que han estado conmigo… Si supieras que la mismita hija de un todopoderoso empresario y mujer de otro mercader no menos rico de San Pedro se muere por mí, ja, ja, ja, si supieras, güirra rústica, cuánto me ama Betty, y si la conocieras no actuarías ni me tratarías de esa manera montuna que hacés conmigo. Sin embargo, "esto", según se decía a sí mismo, "lejos de enojarme más bien me causa risa".

–¡Y qué le pasa? –le reclamó Enrico, sonriendo–. No me diga que nunca antes había visto a un hombre desnudo.

Ella negó ladeando la cabeza pero sin enfrentarlo a los ojos.

–¿De dónde sos? –volvió a preguntar Enrico, voseándola, algo que a ella le parecía de muy mal gusto.

–¿Y usted? –le devolvió ella.

–Yo soy de San Pedro, pero estos últimos meses viví en la aldea el Grillo. ¿La conocés?

–No –le respondió ella–. Yo soy del Paraíso.

–Ah… Eso está lejos; ¿qué andás haciendo por aquí?

–Señor –le contestó ella–, ¿no se ha dado cuenta de que está en las montañas del Paraíso?

Dos cosas sorprendieron a Enrico: una, que no creyó nunca que a galope avanzara tantos kilómetros a la deriva; y dos, la primordial y la que más lo molestaba que ninguna otra, era que ella lo había llamado «señor», como quien dice, «viejo». Al instante hizo cálculos en su dotada cabecita negra:

«A ver, viví unos treces meses con doña Mina en San Pedro, y rondaba en ese entonces los dieciséis, luego otros tantos con doña Dalila, cerca de veinticinco con doña Olga en Colón; cuarenta y algo con Faal'kusie en Tegucigalpa, más otros tantos con don Sosa en Olancho…», y de cuenta en cuenta aquellos días, que él contaba como meses, se habían convertido en años; de pronto se encontraba en la medianía de edad. «¡Santo Dios!», exclamó silenciosamente. «Ya estoy viejo».

Lo peor de este descubrimiento era que, a pesar de haber vivido en la opulencia, ahora, en ese preciso momento, atinaba a hallarse desnudo y sin dinero. «Se me ha ido la vida», se decía, «puyando con la vara al toro, sin que haya hecho nada por mi futuro. ¡Qué desperdicio, Dios mío!».

«Y ahora esta muchacha tratándome como si fuera yo un "señor"», se lamentaba. «Debo enmendar las cosas. ¡Pero cuántas veces no me dije lo mismo antes! Ay, de tanto querer alcanzar lo que más ansiaba, ahora estoy en la cruel lipidia».

–¿Quién es el empresario de tu lugar? –le preguntó a la náyade.

–No sé –le respondió.

–¿No sabés quién es el que manda en tu pueblo? ¡El más rico pues!

–Yo sólo conozco a un señor de apellido Jazil, un viejo turco pícaro…

Enrico se llevó los dedos a la barbilla.

–¿Me podés llevar de jalón allí?

–A usted no lo conozco –le contestó ella.

–Empecemos a conocernos entonces –le dijo–. Me llamo Enrico Prados, ¿y vos?

–Mirta.

–Bueno, Mirta, la preciosa –siguió, lanzándole un piropo–, si vos me llevás a la cabecera del departamento, yo te pago después por el viaje. ¿Qué te parece?

Ella se quedó quieta.

–Te voy a ayudar a encender el carro… No desconfiés de mí –se le acercó despacito–. Subíte a la cabina, poné la segunda y, mientras yo te empujo, vos metés el clutch y lo sacás de un sólo, al tiempo en que acelerás lo más rápido que podás. Vaya, apuráte, confiá en mí y ya vas a ver.

Mirta lo miraba con sus grandes ojos marrones que parecían comerse al mundo por delante, acrecentados además por un ligero e ingenuo lagrimeo, pero más que nada se había sentido apenada por el chirrido emanado de las aldabas oxidadas de la puerta.

–¿Ya estás lista? –le preguntó Enrico–. ¡Empujo pues!

Nada. No encendía.

–Enseñá –le dijo Enrico, tomándola de una mano, sonrisa en boca, para sacarla de la cabina.

Mirta, después de sentir un cosquilleo en la piel, se dejó atrapar y llevar mansamente. Sin quererlo, le había echado una mirada al trasero y piernas de Enrico y se sintió, ¿por qué ocultarlo?, segura a su lado, e iré un poquito más, protegida por un hombre nada, nada feo.

No obstante, para desgracia de ambos, el auto seguía sin encender.

–No hay de otra –le dijo Enrico–. Nos vamos a tener que ir en el Rubicón.

Mirta no se creía lo que escuchaba, principalmente por la visión inicial que había tenido de nuestro héroe.

–Si querés –volvió Enrico–. Te podés ir atrás, o adelante, como querrás.

Lo decía sin ninguna mala intención, pues como has leído hasta ahora, mi querido lector, a Enrico no se le cruzaba por la mente nada indecoroso, ya que, según él se había prometido desde mucho antes, su única meta consistía en llegar a ser, algún día, un hombre poderoso, tanto como los árabes que lo mantenían en la sujeción. Con esta idea en la cabeza, para él Mirta no era sino una muchacha de pueblo, una que, visto con sus ojos de hombre de sociedad y maduro, no le reportaría beneficios.

Se subió el primero al Rubicón y Mirta decidió cabalgar en las ancas.

Anochecía y en aquellas verdosas montañas no se veían más que palos de nance, ocote, ceibas y hierbas a ras de suelo. Marchaba, pues, el hombre, al que, viéndolo bien bajo los haces de luna, se me antoja compararlo con el gran Ruy, el Mío Cid Campeador, con la excepción de que el nuestro llevaba la lanza guardada y cargaba en lomos a una doncella, aunque, como el segundo, iba herido del corazón, expulsado por el sarraceno.

Digno, heroico, desaparecía Enrico desafiando a la inescrutable oscuridad, enfrentándose a patas gruesas y terrosas de gigantes de madera y alzando de cuando en cuando la testa para orientarse en medio de los cerros, para luego dar vueltas al rostro y encontrarse con los ojos de su damisela.

¿Quijotesco, no? Mucho, tanto que, bajo las faldas de los oteros, le pareció ver a Enrico unas figuras oscuras, sombras de la noche, quizá espíritus vagabundos que luchaban por poblar el reino terrestre del padre Adán.

Se restregó los ojos. Peor aún, aquellas sombras malignas le daban la pequeña impresión de que se dirigían hacia ellos. ¿Con qué fin? No lo sabía. ¿Vendrían por su alma, tal vez para que ésta les mostrara el camino hacia la luz?

Cogió las bridas de Rubicón, le dio dos espuelazos y nuestro corcel pronto se alza en dos patas en clara amonestación a los fantasmas de que él está dispuesto a pelear.

Pero los fantasmas no entienden de amenazas terrenales y empiezan a escalar el otero que señorea nuestro héroe al tiempo en que le gritan:

–¡Corré, pendejo! ¡Ahí viene el ejército detrás de nosotros!

Esto ni yo mismo, el narrador, me lo esperaba. Desde la colina próxima, se escucharon sendas ráfagas de ametralladora.

–¡Pero qué demonios! –exclamó Enrico–. Primero, que no son fantasmas, y ahora ese montón de balas.

–¡Azuce ese caballo, compa! –le dijo otra de las sombras–. ¡Piérdase, que los chepos no se andan con pajas!

–¡Abajo, hacia abajo! –gritaban.

Fue entonces cuando Enrico medio entendió lo que sucedía, ayudado por la perfecta lógica de Mirta, quien le había dicho que el ejército estaba atacando a los hombres que querían unirse al FNRP (Frente Nacional de Resistencia Popular), el más grande movimiento de reivindicación social jamás surgido antes en Honduras y que agrupaba a los más de siete millones de desclasados del país, o a esos "cuatro vagos", como gustaba de menospreciarlos el otrora títere dictadorzuelo impuesto por la berberisca gringuera. El FNRP. liderado por el legendario "viejo de las barbas blancas" de Juan Barahona, no sólo había puesto en jaque a los golpistas domésticos sino que a los gobernadores del Imperio con tan sólo el poder de su fortísima voz, gesta que pasará a la Historia como extraordinaria e inolvidable para la hondureñidad y que honrará por siempre el nombre de estos dignificados dirigentes, hombres siempre humildes, accesibles, carismáticos e impregnados de la rudeza típica emanada de sus manos obreras, seres sin casa, o que viven en miserables y malolientes cuartos de alquiler, sin dinero en los bolsillos, pobres hundidos en la más dura indigencia, pero que hicieron girar al Mundo entero a su alrededor.

Ese día en que Enrico y Mirta se toparon con aquellas sombras, otra de sus líderes, doña Xiomara de Zelaya, esposa del presidente, marchaba hacia el puesto de frontera de Las Manos, donde esperaban recibirlo y hacerlo entrar al país, mas, en una táctica homicida por parte de los golpistas, el ejército había colocado barricadas en la carretera principal, la única, y emitido un genocida "Estado de Sitio" en toda la zona sur que duraría más de dos semanas (tratando con ello de debilitar aquella masa humana de medio de millón de almas que se movilizaba por la carretera, al someterla, según su brillante inteligencia, a una muerte segura por hambre) y obligando a los hombres a trasponer las montañas para llegar finalmente a la aduana de Las Manos.

–No lo entiendo muy bien –le dijo Enrico–, si ella es la compañera del presidente. ¿Por qué Mel tendría que matar a los seguidores de su esposa? ¿No son los mismos pues?

–¿Es que no se ha dado cuenta usted, señor Enrico, que le dieron golpe de Estado? –le dijo Mirta, extrañada de que éste ignorara un hecho que había dado la vuelta al globo terráqueo.

–¿Golpe de Estado? –preguntó Enrico más embobado todavía–. ¿Qué es eso y por qué?

–Lo quitaron de la presidencia –le contestó Mirta– para quedarse los turcos en ella. ¿No sabe que lo secuestraron y lo enviaron, así como a usted, en pelotas a Costa Rica?

–Vaya –se dijo, casi en bromas–. Bien me dijo Mel que los turcos son jodidos.

No había terminado siquiera de decir esto cuando uno de la Resistencia cayó abatido a los pies de Rubicón.

–¡Ah no, mamita! –le dijo a Mirta–. Vayámonos a la mierda de aquí.

–¡Suba por esas colinas!

–¿Por ésas?

–Sí; rodeándolas se llega a Olancho.

Montaron toda la noche. Enrico estaba desecho físicamente. Le pidió a Mirta que descansaran en una llanura que se extendía a vista de lince. Bajó Mirta y se acomodó bajo las raíces de un ceibón, en tanto que Enrico, agotadísimo, apenas lograba mantener el equilibrio y cayó al lado de nuestra hermosa náyade. Ésta quiso hacerlo a un lado, al principio, pero el Enrico ya estaba profundamente dormido, y abrazándola de remate.

De aquí en adelante no podría señalar malintencionadamente las acciones del corazón de Mirta, quien, si bien consideraba a su compañero errabundo un hombre guapo que la había salvado de quedarse sola en aquella lúgubre laguna, más haberla protegido con hombría de las balas del ejército, le acariciaba calladamente los cabellos tersos, supongo yo, en carácter de agradecimiento.

Como tampoco puedo considerar las caricias de mejilla, cuando Enrico se movía dormido, como el reflejo de un amor incipiente, y descarto también los roces de manos, los besitos suaves y con sumo tiento en los ojos, así como las sonrisas y miradas de media hora. Lo único que podría deducir de tales atenciones es que entre ambos, mejor dicho, en el corazón de ella, se había creado una especie de amistad insondable, de un amor casi sanguíneo, es decir, no de mujer y hombre, sino de hermanos. ¡Tené esto en cuenta, mi querido lector!

No obstante, como nada dura para siempre, esta escena lúdica, digna de las mejores jamás escritas en la literatura mundial, pronto llegaría a su fin. Otra vez se escucharon gritos de hombre a lo lejos y después el rugido de un potentísimo motor.

–¡Rodeen la zona! –exclamaba uno debajo de la colina.

Mirta despertó a Enrico y le dijo que era hora ya de marcharse. Volvieron, el primero malhumorado y la segunda asustada, a montar, pero esta vez en dirección contraria, hacia Comayagua.

–Por aquí, señor Enrico –lo guiaba Mirta–. Por el lado de la falda están los hombres.

Ya iban descendiendo del lado contrario cuando una luz los cegó. Fueron descubiertos.

Volvió a escalar la colina Enrico, perseguido ahora por unos quince hombres, no obstante, para mayor ardor de penas, tuvo ante sí una cruda y nada amigable realidad: Una avioneta estaba aparcada en el llano, rodeada por civiles y policías, quienes descargaban de ella unos fardos color negro.

–¡Ah, sí sos vos! –le gritó uno de ellos, dándose la vuelta–. ¡Enrico, Enriquito, el Matamoros!

Era el capo *Picodeoro* que lo recibía con una AK-47 colgándole del hombro.

–¿Te acordás de Pura? –le preguntó maliciosamente–. ¡Sí es que este mundo es pequeñito! –dijo luego, riendo.

Enrico, por supuesto, estaba petrificado. Mirta lo atenazaba de las abdominales, cosa que lo envalentonó.

–Ando escapando –le dijo Enrico–. De casualidad llegué acá.

–Si vos sólo en eso pasás. ¿A quién le cogiste la mujer ahora?

Sucedió entonces algo extraño en el ánimo de Enrico, puesto que, en el preciso instante en que Picodeoro hablaba en mofa haciéndole aquella pregunta, Mirta se soltó de él, y esto, a mi entender, afloró en una inseguridad terrible para el coraje de nuestro héroe, quien al parecer temía más a las palabras que pudiera aventarle el capo enfrente de Mirta antes que a las balas mismas.

Picodeoro, que lo doblaba en edad y mucho más experto en el campo, lo percibió de los gestos de Enrico y enfiló su revancha contra este flanco.

–Bajáte de ese animal –le dijo cargando el arma y jugando con el puro en la boca– y traéme a esa muchacha linda que andás ahí.

–Si le he hecho mal, Carrón –le contestó Enrico, llamándolo por su nombre de pila–, le pido que me perdone y que se cobre conmigo lo que le debo. A ella –dijo echándole una mirada de ternura–, déjela en paz.

–No, no, papaíto –le dijo Picodeoro–. ¿Vos creés que es así de fácil? El que se mete a cosas de hombre, tiene que apretarla. ¿Vos te cogiste a mi mujer Pura, verdad? Ahora yo me tengo que coger a la tuya –se echó a reír a carcajadas.

Luego ordenó a sus hombres que los bajaran del caballo. Amarraron a Enrico con un lazo y Mirta, llorando del miedo, fue entregada a Picodeoro.

–Mátenme a ese marica –les dijo a los suyos– cuando yo me esté cogiendo a su mujer.

Enrico se retorcía y luchaba a patadas contra los muleros, que lo golpeaban con las cachas de las armas.

–¡Mirta! –gritaba–. ¡Perdonáme! ¡Juro que voy a sacarte de aquí! ¡Picodeoro, Picodeoro! ¡Piedad, piedad, te pido piedad! ¡No le hagás daño a Mirta, no la dañés! ¡Matáme si querés, pero a ella no la toqués! ¡Dejála que viva!

–¡Hoy vas a sentir lo qué es que te claven la vara, picador! –le dijo con encono–. Yo sabía que me las ibas a pagar tarde o temprano! ¡Vaya vos –le gritó a Mirta–, quitáte esa ropa! Vos vas a ser la pagana por las picardías de tu marido.

–¡Picodeoro, Picodeoro! –le rogaba Enrico–. ¡Dejála, dejála! ¡Por favor, por favor! ¡Aquí estoy yo, mirá –y se tiraba de rodillas al piso, gimiendo–, aquí estoy yo, matáme, matáme!

–¡No me vengás con culeradas en este momento! –le gritó Picodeoro, desgarrando las ropas de Mirta, a la que aventó a pocos metros de Enrico; luego se bajó él mismo los pantalones y, mientras se le encimaba, gritaba–. ¡Ya vas a ver qué rico se siente que le pongan los cuernos a uno! ¡Y ustedes, pendejos –increpó a su guardia–, preparen las armas para fusilar a este marica!

Había entre los soldados de Picodeoro un coronel de policía que era hombre clave de la élite árabe, el mandadero, de apellido Maltrecho y muy afín al “mejor amigo de Mel”, el comandante Delasco, quien, según le había dicho Mirta a Enrico cuando cruzaban los cerros, había sido el verdugo de Mel y autor material del golpe de Estado. Al ver a Enrico, lo reconoció en el acto.

–Calmáte, Carrón –le dijo Maltrecho, cogiendo a Picodeoro y llevándolo a un rincón apartado–. Yo a este jodido lo conozco: es lugarteniente de Faal’kusie. Si lo jodés, te vas a meter a pedo con ese turco. Mejor dejálo tranquilo…

–¿Cómo me decís? –exclamó Picodeoro, enfurecido–. ¡Vos te imaginás que me voy a quedar con los cuernos puestos!

–Bueno –le dijo el coronel Maltrecho–, qué te interesa más, ¿la droga, o matar a ese pendejo que es uno de los soldados de tu socio? Pensá bien las cosas, hombre, pensá bien las cosas. Mirá que si encuentran los cuerpos vas a enredarlo todo.

–Puta –dijo el otro, molesto–, pero yo de este Enrico me las tengo que desquitar, ¡cómo sea!

–Hacéle la *pasada del tonto* –le dijo Maltrecho.

–Sí, verdad –contestó Picodeoro.

Se dio media vuelta, acercó a Enrico y llamó a uno de sus capitanes, al que le dijo:

–Quiero que me llevés hasta Colón a estos dos, y me les hagás la *muerte del tonto*. ¿Entendido? –y dirigiéndose a Enrico–. Vos te vas a acordar de mí todo lo que te resta de vida, pendejo.

Así pues, difícil es decirlo, bajado de su corcel Rubicón, empinado y amarrado, nuestro héroe, junto a su damisela y en la paila de un carro de montaña, afrontaría una de las pruebas más duras que pueda resistir cualquier ser que esté formado por materia, el oscuro fin de sus sentidos. Sus días, aunque cortos, estaban contados. ¿Se habría ganado él mismo este castigo? Muchas bocas imprudentes dirían que sí, yo, sin embargo, disiento, pues, ¿se le podría acusar a un joven de un crimen que es producto de su enseñanza? ¿No había visto nuestro héroe la muerte de otros hombres igual a él a manos del Ejército, guardián, según nuestra Constitución, de la vida y seguridad de estos mismos ciudadanos? ¿No se había dado un golpe de Estado, es decir, la más grande y animal inmoralidad que pueda ser acometida contra las normas del civismo y la ética humana? Más aun: ¿Si los diputados, los más altos ciudadanos del país, eran unos mercaderes y prostitutos violadores de la Constitución –la más alta norma de civilidad de un país– que se pliegan eternamente a los caprichos de una minoría rica que se ufana orgullosa de tomar para sí toda la riqueza nacional y como le plazca, en el aquí, el ahora y sin que nadie respingue, no podrían entonces los de la gran masa descamisada y en harapos, los de abajo, seguir al pie de la letra esa dolosa forma de actuar y vivir y ser además justificados por ello? Así, pues, esto es lo único que tengo que decirles: «El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra».

10

Cómo Enrico revive y resurge como el ave fénix, se convierte en hijo de un árabe y consigue empleo de financiero

Las mulas de Picodeoro llevaban atados a Enrico y Mirta encima de la paila de un carro doble cabina, que levantaba torbellinos de polvo sobre una carretera de tierra aledaña al pueblito de San José de la Paz; ésta era la principal y más secreta de las rutas utilizadas por los parias que bajan a Olancho desde la norteña ciudad Trujillo, en Colón, y, lo mejor de ella, no hay ningún chivato que pueda fisgonearlos.

Dos kilómetros antes de llegar a este suburbio costero, ya en una de pavimento, el conductor, un hombre que apodaban *Babalija* y que se hacía acompañar por otro sicario llamado *Bebefaz,* detuvo el automotor. Salió junto a su socio, acercándose ambos a la paila. Desamarró a los muchachos.

–Bájense los dos ahorita –les dijo.

Obedecieron calladamente. Luego Bebefaz extendió el lazo, lo ató al bumper trasero, y, estirando lo más que pudo, midió el largo y se allegó a nuestro héroe. Le anudó las manos. Hizo luego lo mismo con las de Mirta.

–Antes de que te llegue la muerte, tenés que sufrir vos, pisón –le dijo Babalija subiéndose al vehículo–. ¿Te acordás de la película del *Gladiador*? –le gritó por la ventanilla trasera con un deje de sorna–: ¿Cuándo llevan a Maximus amarrado, por tirárselas de vivo, detrás de un troco? Pues así te va a pasar a vos y a tu amiguita… Je, je, je… Pero no te preocupés, que vamos a ir despacio… Sólo es para que la gente mire que a Picodeoro nadie lo agarra de maje.

–No, hombre –irrumpió Bebefaz–. Le queda mejor la otra que filmó el loco de Mel Gibson, *La Pasión de Cristo,* ja, ja, ja…

El sol, he de decir, ardía y rondaba la temperatura, a la sombra, como en 35°, cosa que, si tenés buena imaginación, mi querido lector, no dejaba de ser preocupante para nuestro Enrico.

¿Qué decir ante tanta crueldad? ¿Qué el mundo es injusto para con el más débil? En lo personal, no lo creo, además, ¿por qué creerlo? ¿No se había ganado nuestro Enrico dicho castigo por fornicario? ¿No había seducido él a las mujeres de grandes hombres de sociedad, desestabilizando con esto el hogar de muchas familias poderosas y honorables y que acababa en un gran dolor de cabeza para los sesudos y magnos dirigentes de nuestra pulcrita nación, por ende, desviado su atención de los graves problemas que la afectan, siendo así que con ello, por atender este delicado asunto de Enrico, habían dejado que millones de personas se hundieran en la miseria y enriquecidos ellos a sí mismos, muy a pesar de que este país es trillonario en todo tipo de recursos? Por ello digo, en esta ocasión y aunque me contradiga, que lo ocurrido a Enrico está bien hecho. Se lo merecía ese libertino.

Empero, ya en un plano más humano y para mí francamente desconcertante, Enrico ni siquiera tenía en mente su propio martirio, es decir, que no le importaba lo más mínimo su desven-

tura, y quizá las lágrimas que le salían de las cuencas, aunque yo no lo creo, se debían al dolor que le causaba el ver a la pobre Mirta saltar en vez de andar por el pavimento, por la quemazón.

–Mirta –le dijo–. Vení, subíte en mi espalda.

La otra, que no lloraba pero sí gemía por el sinsabor, esbozó una tenue sonrisa.

–¿De verdad quiere llevarme cargada? –le preguntó.

–Sí, Mirta –volvió a decirle, más por afecto que por lástima.

–¿No cree que se va a cansar mucho? –lo inquirió la otra.

–¿Qué importa?

–¿Y si se muere de agotamiento?

–¿Qué importa?

Mirta, que saltaba como conejo, reía. «Ay, ay, ay…», exclamaba de vez en cuando, por el ardor.

–A mí me importa –le contestó con una tierna mímica.

El Enrico, por primera vez y muy distinto de lo que hubo sentido hace mucho ante la visión de una trotante y amada Betty, le lanzó una mirada por todo el cuerpo, luego enfocó su pequeño rostro ovalado, para fijarla en esos grandes ojos marrones que tanto había despreciado al principio. Pero había algo en ella que todavía no le gustaba y no sabía qué era.

–Decíme una cosa, Mirta –le preguntó Enrico–: ¿Verdad que yo soy tu desgracia?

–No sólo mi desgracia –le respondió ésta riendo–, sino que también mi peor sufrimiento… ¡Ay, ay, ay!...

–¿Verdad que quema? –la molestaba Enrico–. Vení, subíte en mi lomo. Soy fuerte y puedo aguantar todo el camino. Vení…

Ya tomaba Mirta la decisión de plantarse en aquella larga y ancha espalda, pero Enrico, que seguía incitándola con buen humor, cometió una grande y torpe imprudencia:

–…Vení, subíte, no seas montuna…

Lo dijo en forma inconsciente, sin embargo para Mirta fue un flechazo de repudio que le partió el corazón y le turbó el ego.

–¿Cómo me dijo? –le preguntó enojada.

–No, nada –le contestó Enrico, ruborizado–. No he dicho nada… Sólo que quiero llevarla cargada en hombros. Es todo.

–¿Acaso me llamó montuna? Mire, señor, yo le tengo a usted respeto, ¿me entiende? ¿Le he dicho alguna vez a usted *indio igualado*? No, ¿verdad? –se adelantó saltando, próxima a la paila–. No me vuelva a hablar, por favor –le dijo por último, jadeando–. Aléjese de mí.

Oh tú, Hado loco, ¿qué pretendes con destruir el buen nombre que Enrico con tanto esfuerzo se ha forjado? ¿Por qué pues le aturdes el corazón con el pensamiento incesante de una Mirta hoy orgullosa y que, como al inicio, lo desprecia sin siquiera verlo a los ojos, huyendo a cada salto de él?

Para Enrico, horas atrás, esto hubiera pasado desapercibido, como quién dice, «bah, ¿qué se ha creído la india esta? Se la tira de socada y no llega ni a tuerca», pero no. Al parecer, y yo no estoy para mentir, había habido una operación delicada en el corazón de nuestro héroe, una insignificante cirugía, aunque muy diestra, que hacía que los sentimientos se le desangraran.

Mas yo debo objetar algo: es sabido por todos que la gente, uno como persona, pues, siempre le va, en cualquier juego o enfrentamiento de la vida, al débil cuando éste debe luchar contra uno más fuerte. Creo que este era el sentimiento que envolvía a Enrico por Mirta. O sea, al contrastar la figura de Betty, siempre sublime y rica, mil veces más impactante que la de Mirta,

pues nuestro Enrico, por humanidad, se había decantado por la de la última. Quería hacerse el héroe, vaya, para ponerlo en palabras simples. No obstante, estoy más que seguro de que si la figura de Betty y Mirta se encontrarán una al lado de la otra y enfrente de Enrico, éste se decidiría por Betty. ¡Si no, qué me caiga un rayo y que, en vez de que el apóstol Ardemal suba al cielo, me vaya yo!

Y a este propósito debo aplaudir la actitud postrera que tomó Enrico, una propia a su moralidad cristiana, algo así como "los que no creen en la palabras de la Iglesia, pues bien ganado se tienen el infierno". O más simple, como lo diría el apóstol: «No hay que mezclar el agua con la manteca». Sin embargo, Enrico, mucho más sabio que los doctores y príncipes del Evangelio, callaba para dejar bien claro que no seguiría el juego perverso de Mirta, quien parecía haber tendido una red amorosa para atraparlo, aunque, en un gesto misericordioso y de desaprensión digno de ser mencionado, cavilaba: «No sólo es que no ceda a las tentaciones, sino que, precisamente ahora que en verdad siento fluir la sangre en mi corazón, voy a morir». Peor todavía: «Mirta morirá siendo inocente». He allí cuando un verdadero hombre sabe que ha hecho mal.

A kilometro y medio para llegar a Trujillo, Enrico, en un acto muy humanitario, corrió como pudo, se adelantó y cogió a Mirta de frente, para obligarla a que se subiera en él. La otra lo rechazó sin declarar palabra alguna, ladeando la cara, repudiándolo. Pero nuestro héroe era testarudo y al final, faltando un kilometro, logró chinear a Mirta.

Iba él caminando, con el pecho de fuera, rayado, y ella con la mirada hacia lo lejos, sin pronunciar una sílaba. Luego Enrico buscaba sus ojos, mas en vano. No volvieron a dirigirse ningún mensaje en todo el trayecto.

Y no es que esto preocupara a Enrico, pero ciertamente lo había puesto a pensar. «¿Pero qué tiene una turca que una india no tenga?», deliberaba. «Bueno, digamos, que tiene casa elegante, tiene carro de lujo, no trabaja aunque siempre tiene mucho dinero, se cuidan muy bien y lucen súper hermosas. ¿Y las indias? Nada de lo anterior, mucho menos dinero, y en caso de poder ganárselo, apenas les pagan en la fábrica unos dos mil lempiras al mes. ¡Je! ¡Y mil lempiritas me cuesta la botellita de whisky con la que hago mis gárgaras el viernes por la tarde!». No había modo de que les encontrara algo positivo, aun así, ¿por qué se había empeñado en cargar con Mirta por más de un kilometro de distancia y bajo un sol terrible? Otro qué hubiera hecho: dejarla a su suerte.

Entonces se percató de algo en que nunca había reparado: aquella Mirta le costaba. Sí, le costaba una infinidad de dolores, tanto físicos como mentales. ¿Por qué le ponía tanta atención al bienestar de ella, si nunca, al menos estando despierto, hubo un contacto íntimo, no necesariamente sexual sino afectivo, entre ellos? ¿Y, sin embargo, de alguna forma, él se veía inevitablemente urgido por buscar el roce de su piel? ¿Por qué se sentía tan necesitado por acariciar ese pelo negro?

Mirta se dejaba acarrear en el absoluto silencio.

Por fin llegaron a Trujillo, pueblo más que ciudad, y como era de esperar, la gente entera salió para ver aquella entrada lastimera de su pastor que usaba calzoneta y playera por vestido, el mismo que meses atrás les había bajado los ángeles del cielo y visto volar por las vigas del templo. No obstante, el país había caído en las garras de la más pérfida de las dictaduras latinas, y Trujillo estaba atestada de soldados y policías, armados con sus derruidos M16 y garrotes con clavos.

Éstos le hicieron parada a Babalija.

–¡Identifíquese! –le gritaron–. ¿Por qué anda a esos muchachos enlazados del bumper?

–Calma, calma, mi capi –le respondió Babalija, mascando chicle–. Esos que ve allí son *amigos* del coronel Maltrecho y don Carrón. ¿Usted me entiende, no?

–Ah, ya –le dijo el policía rodeado por la soldadesca–. Pero fijáte que andamos sin gasolina el tanque de la patrulla, ¿no podés darnos algo ahí para la Patria?

–Uy, sí, claro, mi capi, no hay pedo… –se metió la mano a los bolsillos, sacó un fajo de dólares y se los tendió–. Vaya, agarre para el fresco…

»Ah, y antes de que se me olvide, mi capi –siguió Babalija–. Hoy se viene con producto el coronel, así que por favor no me lo vaya a molestar.

Dicho esto, el Babalija cruzó campantemente la entrada de la ciudad, con Mirta en brazos de un Enrico que volvía a hacer memoria de los tiempos vividos allí. Desde las cortinas que colgaban en las puertas de aquellas casas embadurnadas y mal construidas, las gentes apuntaban con su dedo siniestro a nuestro héroe, reconociéndolo enseguida y cuchicheándose, además, acerca de los motivos que habían provocado su imprevista huída.

–¡Coca nos había metido ese pícaro! –decía una.

–¿Y te acordás de doña Olga? –murmuraba otra–. ¡Qué vieja más pícara! ¡Fijáte que a mí me dijo que Dios me iba a enviar un negro para hacerme rico en las noches!

–¡Ay, no, vos! ¡Cállate! –la reprendía la primera.

–A matarlo van –alegaba una tercera–. Te lo apuesto. Es que el que se mete con Picodeoro tiene fija las balas.

–Yo sólo me acuerdo –dijo una cuarta, riendo–, del día en que lo agarró en la calle del Piojo ¡y cómo lo zangoloteaba agarrándolo del coco, con una mano, enfrente del gentío!

–Ay, sí, vos –le contestó la segunda–. ¡Qué ridículo!

–Pero vos hasta te hincaste ese día en medio del tumulto y hacías el parapeto de que hablabas en lenguas. ¡Sí sos mentirosa!

–Veee… –le contestó la otra–, ¿y qué querías que hiciera? ¿Y sí a mí me dieron ganas de hacerlo, qué pues? Además era de verdad.

–¿De verdad, de verdad? ¡Qué querías llamar la atención, decí, mejor!

–¿Y esa muchacha que lleva cargada? –se preguntaban todas al mismo tiempo.

–Alguna dundita que se consiguió en otro pueblo ha de ser –contestó la primera.

Sin duda, la vergüenza de nuestro héroe era suprema, pero lo mortificaba más el saberse descubierto por una Mirta avisada por los lugareños que se apresurarían a decirle qué tipo de hombre era él.

«Pero qué importa», se dijo, «si a morir vamos ahorita. Lo triste de todo esto es que yo no puedo evitar nada, ¡nada!»

Y estaba en lo cierto. Llegaron Babalija y Bebefaz a la mansión de Picodeoro. Casi al instante salieron las odaliscas, quienes al ver a Enrico ennegrecido, sucio y con otra mujer, se echaron a lamentar. Intentaron acercarse, pero Babalija las contuvo.

–¡Alto, alto, damiselas! ¡Ya habrá tiempo!

–¿Y dónde lo atraparon? –preguntaron ellas.

–Allá andaba en Olancho el pícaro escondido en un vergalío[17] con esta güirra.

Las odaliscas lo miraban con profunda lástima.

–Miren –les dijo Babalija–. El jefe me dijo que le aplicara la *muerte del tonto*. Así que ya saben lo que tienen que hacer. ¡Empiecen!

---

[17] Matorral.

Todas aquellas deidades catrachas empezaron a gritar de alegría y desfilaron por atraer el interés de Enrico.

–¡Yo me haré cargo! –dijo Pura irguiéndose entre las suyas.

Nuestro héroe estaba sumamente desconcertado y no sabía qué pensar o hacer. Echó una mirada en busca de Mirta, pero Babalija la llevaba del brazo hacia un montarral donde el bosque de la montaña se funde con el mar.

–¡Ay, Dios mío! –exclamó Enrico–. ¡No, no, Babalija, no le hagás daño!

Éste giró la cabeza y se burló. En tanto, Bebefaz aprehendía a Enrico, que luchaba por rescatar a Mirta. Rechazaba, igualmente, cualquier atención proveniente de las odaliscas.

Un minuto después escuchó gritar a Babalija:

–¡Perdéte de esta tierra, güirra bruta!

Luego un grito espantoso se expandió por la playa, coreado por una ráfaga de tiros.

–Mirta… –fue lo único que dijo Enrico, para sí, más que todo, en un murmullo.

Se dejó caer en la arena. No había llanto, ni pena, nada, sólo la conciencia perdida.

–Ahora seguís vos –le dijo Babalija apuntándole con la pistola.

Enrico ni siquiera lo escuchaba.

–Tenés suerte vos, pisón –volvió a hablar Babalija–. Te voy a dar una semana para que disfrutés de la vida junto a las odaliscas, y después agarráte porque viene tu muerte. ¡Llévenselo! –les ordenó a las muchachas–. Atiéndanlo lo mejor que puedan, para que sepa lo que es vivir como rey.

No nos sorprende, pues, que la llegada de Enrico causara revuelos no sólo en el pueblo sino que en las ciudades vecinas, como La Ceiba, Tela y San Pedro. De pronto la comidilla de todos los días era "el pesque del pastor". Alguna gente incluso, siempre exagerada, andaba inventando el cuento de que Enrico en realidad era un «poderoso narcotraficante, jefe de un cartel que controla la región noroeste-sureste del Caribe…»

»Y usted sabe, comadre, que después del golpe de Estado los militares juraron que no volvía a entrar una avioneta de droga a Honduras porque Mel era el mayor narco del país. Por eso, este muchacho de Enrico, gran jefe, ahí donde lo ve, del "Cartel Caribeño", molesto con los golpistas, decidió desafiarlos y se internó al país con una avioneta cargada de cocaína hasta en las llantas. Pero tuvo la mala suerte el fulano de que Picodeoro, como es golpista, se le opuso y por eso lo capturó, a pesar de que en un tiempo habían sido grandes amigos… Pero usted ya sabe, comadre, como es la política de traicionera. Y ahora ábrase un poquito…»

Otros decían que era el justo castigo que Dios le enviaba por todos los pecados cometidos en la ciudad cuando era pastor.

Los más inteligentes decían que era un espía de la CIA que venía a pedirle cuentas al Picodeoro, «así como hacen los ingleses con el mercado del opio en la India o los norteamericanos con la amapola en Afganistán. Son miles de millones de dólares lo que se manejan en ese negocio, el más redondo del mundo. No ve, compadre, que la CIA misma administra y trafica con la droga, vía lugartenientes clandestinos, y al mismo tiempo se encarga de conseguir el armamento, vía legal y en la que son socios, "para frenar el narcotráfico". Así le sacan miles de millones, aparte de las ganancias de la droga, a esos pueblanos gringuitos. ¡Pare bien esa cosa, compadre…!».

Pero a Enrico no le importaba nada de esto. Ni siquiera sabía que existía. Aunque he de anotar que las odaliscas hicieron luego un trabajo extraordinario, tanto que nuestro héroe por fin pudo dar muestras de que las brujas vuelan.

Supongo que toda esta impensada recuperación se debió a los especiales cuidados de Pura, quien mucho hizo para que éste pronto olvidara los nombres de Mirta y Betty. Eran tan suaves sus caricias, tan tersa su voz y deliciosa su piel, que Enrico no podía menos que disfrutar de los goces de la materia. Hasta había olvidado el por qué estaba allí, como tampoco le importaba.

–Ah, qué vida, qué vida, ojalá fuera eterna… –exclamaba bebiendo vino y comiendo uvas de una jarra que le sostenía la solícita Pura.

Fue el viernes, el quinto día de la semana, en que Enrico recibió un papel, mejor dicho, una carta firmada por alguien que él jamás creyó volvería a recordar. Decía:

«Mi querido Enrico:

Debo decirte que en esta santa casa, mi mujer Mina y yo te extrañamos. Hemos sabido que trabajaste para Faal'kusie, hijo de Amir, primo en cuarto grado de mi amada Mina. Deseo verte, hijo mío, para saber si puedes quedarte a vivir en mi casa y quizá laborar conmigo. Tengo para ti un empleo muy remunerado como financiero en una compañía de corretaje propiedad de mi primo segundo, Abudiya Kakati. Lo tendrás todo en mi casa y serás para nosotros el retoño que jamás floreció en nuestro jardín. No creas que desconfiáremos de ti, no, jamás consideres tal reflexión en tu corazón. Estamos dispuestos a salir por ti este domingo, siempre y cuando así lo estimes conveniente.

Sin más que decirte,

casi un padre tuyo,

firma, Ibrahim Jarach».

Lógicamente, aquella misiva le confirmaba irrefutablemente algo: que todo lo que él deseara en la vida, si lo deseaba de corazón, le sería concedido. Con el ánimo en alto, nuestro héroe veía cómo resurgía el fénix del fuego. Es cierto, la vida le había enseñado con dureza, pero finalmente, a pesar del *dolor* que lo embargaba por la muerte de Mirta, germinaría el *amor*, el verdadero amor, en brazos de Betty.

Ya el sábado a medianoche, en una fiesta ricamente servida, se paró de presto, imponente, autoritario, en medio de las odaliscas y exclamó:

–¡Deseo no morir nunca!

Las odaliscas lo vitoreaban.

–¡Y deseo no sufrir la *muerte del tonto*!

Otra vez parecían hacerse realidad sus deseos, ya que, habiendo despertado a las once y cincuentainueve de la mañana del séptimo día de la semana, ni Babalija, Bebefaz, tampoco Picodeoro se habían presentado. El signo: era libre de vivir eternamente.

Para reafirmar lo que ocurría, un amigo de las odaliscas llegó a preguntar por Enrico, pues aseguraba que algunas gentes encopetadas habían llegado a preguntar por él en el Centro.

–Ya está –se dijo–. Son don Ibrahim y doña Mina. ¡Dígales que manejen hasta la playa, buen amigo! –le pidió Enrico.

Incluso, y esto era lo mejor de ser buscado, vio venir el auto todoterreno aventurarse por las dunas. Salió de la casa, en chancletas, pantalón de tela y camisa blanca, a recibirlos. Y confiado ahora en la fe y creencia de que todo lo que pidiera al cielo se le realizaría, por poco se le quiebran las canillas del miedo ante una no menos milagrosa y predestinada realidad:

–Bueno –le dijo la inesperada voz de Babalija que se tronaba los dedos con ansiedad–, ya son las doce, la hora en que hay que hacerte a vos la *muerte del tonto*.

–¡Pero cómo! –exclamó Enrico sorprendido e inmediatamente angustiado–. Yo creía que todo lo que deseara en la vida me sería cumplido.

–Dejáte de pendejadas –le dijo Babalija–. Vayamos al patio de atrás.

Llegó Bebefaz, lo tomó de un brazo y lo condujo hacia una especie de dispositivo un tanto peculiar. Se trataba de una cámara de madera, pero sin paredes y con varias poleas, donde una especie de manija en el centro servía para sostener una pistola que apuntaba a un blanco de enfrente. Por supuesto, el blanco era Enrico. La cuestión es que desde la manija, donde Bebefaz había colocado una Beretta, salía un hilo de cáñamo, sujeto al gatillo, que pasaba por las poleas y acababa por detrás y bajo las piernas de Enrico, justamente a la altura de su miembro vigoroso. Nuestro héroe tenía las muñecas encadenadas en las esquinas y la cabeza sujeta en dos tablillas de madera. Babalija le ligó el cáñamo al bálano.

–Esta es la *muerte del tonto*, mirá, pisón –le dijo el sicario–. Primero te hacemos sufrir, luego te damos el chance de que vivás la gran vida, una de rey, y hasta te damos chance para escapar, y por último, cuando creés que todo te pertenece, venimos y hacemos que te matés vos mismo, a fuerza de excitar tus vicios y ensoberbecer tu estupidez. ¡Traéme a las odaliscas, Bebefaz! –ordenó–. A medida que se te pare esa animala –le dijo–, en esa misma medida te llegará la muerte, por tonto, porque bien pudiste poner los pies en polvorosa.

–¡Oh, Dios! –clamaba Enrico–. De ésta no me salva nadie.

–¡Empiecen a bailarle! –mandó Babalija.

Se dejó escuchar una melodía muy erótica de reggaetón en el fondo.

–¡Desnudas! –seguía Babalija.

Empezaron a relucir aquellas caderas redondas, aquellos pechos turgentes, y el movimiento excitante de un vello oscuro que bajaba al quiebre de unas piernas lisitas. Enrico sudaba, desviaba la vista, cerraba los ojos, pero Bebefaz lo apretujaba de la cabeza y jalaba de la quijada.

«¡Mirta, Betty, Mirta, Betty!», gemía al cielo. Empero, el efecto era contraproducente, pues al recordar sus hermosos y bien delineados cuerpos, la elongación de su famoso tubérculo iba engrosándose.

–Oh Dios –decía–. No, Pura, ¡no, por favor!

–Acercatéle –le exigía Babalija.

El gatillo empezaba a ser jalado en milímetros.

–¡Ay, no! –gritaba Enrico–. ¡Ay, no! ¡Ya no puedo!

–Ahora tres al mismo tiempo –pedía Babalija–. A ver, quiero verlas aquí desnuditas y que se toquen unas a las otras.

–Babalija –dijo Enrico–. Clemencia.

Su enorme merito crecía y subía.

–Hey, Bebefaz, desnúdate vos también y empínate encima de esas putas.

Era definitivo, Enrico caería asesinado por sí mismo. Cuando Bebefaz despedazaba a las diosas marinas, nuestro héroe, incapaz de contenerse, gritó con desmedido arrebato que moría dolorosamente a causa de no haber conocido nunca el amor.

Claro que estas sonoras lamentaciones no hicieron ningún efecto en el corazón de Babalija, que disfrutaba a más no poder del espectáculo. Hasta se le antojó unirse a aquel ritual de sacrificio babilónico, sin entrever que, bajándose de un auto que recién se había aparcado en la playa, aparecía don Jarach con doña Mina.

–¡Por la gran puta! –alcanzó a exclamar–. ¡Ya le cayó mierda al piano!

Don Jarach, encolerizado y acompañado por la policía, con el *capi* de protector, exigió *ipso facto* el arresto de los depravados y lascivos. Y doña Mina, menos que felizmente asombrada de encontrarse a un Enrico crucificado en el artilugio, más al Bebefaz montado en el culo de Pura y ahogado en el vientre de otra odalisca que batía el Babalija, se acercó a su nuevo ahijado, el que, habiendo liberado la cabeza de las tablillas y mucho más feliz que ella por haberse salvado, se inclinó para agradecerle. Empero, nuestra adoptiva amiga, al divisarlo en tan exótica circunstancia, le rozó disimuladamente el miembro e hizo que tal engendro se levantara indómito, haciendo disparar el arma.

Nuestro héroe, a centímetros de la muerte, quejándose declamó estas copas de Gerardo Diego:

Que viene de la aldea en lenta caminata:
lecheras sollamadas, borricos en reata
que, menuda y ligera, multiplican la pata.

Doña Mina, siempre culta y delicadísima como una flor, le contestó con uno de Calderón de la Barca:

Bárbaro eres y atrevido:
cumplió su palabra el cielo;
y así, para él mismo apelo,
soberbio y desvanecido.
…
mira bien lo que te advierto,
que seas humilde y blando,
porque quizá estás soñando,
aunque ves que estás despierto.

Don Ibrahim, que sabía en lo que se estaba metiendo y entelerido de comprobar el poder de Enrico, declamó por su parte a Martínez Estrada:

Los hilos de plata que traban las cosas
hicieron que un día viniese a tu mano
aquel peregrino que fue andando en vano
…
Sometiste al moro con la misma lanza
que Alonso Quijano llevó en sus empresas.

A lo que el capi y su policía, sinceramente avergonzado de ver estas escenas declamatorias que consideró soberanamente cursis y hasta gay, les contestó enojado con unos versos de San Juan de la Cruz:

Mil gracias derramando
paso por estos sotos con presura;
y yéndolos mirando,
con sola su figura

vestidos los dejó de su hermosura.

Y salió con su tropa loca, dejando sendas marcas sobre la arena, con Babalija y Bebefaz enchachados.

¿Qué puedo decir yo al respecto? Pues nada, ya que no se me ocurre ninguna explicación racional para entender cómo pudo haberse librado Enrico de una muerte tan eminente, ni siquiera puedo explicarme la llegada de don Jarach y doña Mina. Es decir, me parece increíble que Enrico, quien no hace mucho enfrentaba los más agudos dolores y las más bajas humillaciones que un hombre pueda soportar, haya pasado luego a un estado de gracia perfecta y ahora salga con casa, dinero y, para colmar el colmo, con empleo de financiero en San Pedro Sula. Aquí, esta vez tengo que decirlo, por haberme dejado pichar hondo en suerte contraria, ¡ay, Dios mío, ya me clavó la vara el picador!

11

Cómo Enrico corta rabo y oreja en la plaza financiera de San Pedro y sale transformado en gran torero capitalista

Rescatado inusitadamente, Enrico subió a la *Range Rover* de sus padrinos, vestido ahora con la ropa de un Babalija que marchaba al natural hacia la posta de policía. Al distinguirlo entre aquellos beneméritos personajes, el Bebefaz, también esposado, le gritó:

–¡No hay marica torcido ni pija que le haga falta!

Nuestro héroe, felizón, ni siquiera se volteó para verlo, aunque se dijo entre murmullos las palabras de su padre:

«El que nace para tamal, del cielo le caen las hojas».

Llegaron, pues, a San Pedro, y lo instalaron en aquel palacete del barrio Los Andes, suburbio que todavía alberga a algunas de las más celebérrimas familias de la ciudad. Enrico, por supuesto, agradecido con don Ibrahim, su nuevo *papi*, obedecía al punto cada una de sus indicaciones. Ya el martes, se reunió con don Abudiya en un edificio del Centro, frente a la Catedral, arriba de un negocio de comidas rápidas propiedad de Charlie "Satán", excelso diputado por parte del Partido Nacional.

La bienvenida se la dio un gigantesco rótulo que decía: «Bolsa de Valores Sampedrana». Sin duda que tal sentencia tipográfica le hizo recordar a nuestro Enrico las bulliciosas salas de corretaje neoyorkinas, a tal punto que se imaginó a sí mismo gritando «¡compro, compro» o «vendo, vendo», apretujando un auricular entre hombro y oreja.

Se olvidaba nuestro héroe que estaba en Honduras, la versión inequívoca de «Alicia en el país de las Maravillas», y tuvo que conformarse con la visión de un don Abudiya malhumorado que masticaba su avaricia sentado en una vieja silla de madera, enchapada en plata, y con los brazos cruzados sobre un escritorio carcomido por las polillas.

Don Jarach, hombre muy perspicaz, le dijo al árabe financiero:

–Este es el cipote del que te hablaba, mirá, Abudiya.

–¡Es un indio, no jodás! –le reclamó.

–Por eso mismo te lo traigo –le contestó don Ibrahim.

–Sentáte, vos güirro –le dijo Abudiya a nuestro héroe–. ¿Sabés sumar, restar y multiplicar? Para vos el dividir no es necesario…

–Pues más o menos –le respondió Enrico, riendo.

–¡Ya me chispeó de caca el Diablo! –exclamó don Abudiya–. ¿Sabés o no?

–He sido gerente antes –le dijo Enrico, jugando.

–¿De quién?

–De don Bob Faal'kusie.

–Ah, de Bob –se rascó la nariz–. Vení, pues, que te voy a enseñar el negocio…

»Pero antes –siguió–, tenés que prometerme que a nadie le vas a contar lo que hacés aquí, y si te preguntan algo, decíles que es una bolsa de valores como la de Wall Street. ¿Me entendiste? Y vos, Ibrahim, ¿le explicaste cómo funciona esta papada?

El otro negó, pues ciertamente no estaba muy entendido de tales recovecos, hastiado como estaba con sus negocios de construcción y ventas de equipo industrial.

–Bueno, Ibra –le dijo Abudiya–, vos ya te podés ir. Dejáme al güirro.

–Pero ya sabés qué es lo quiero, ¿va' Abudiya? Cuidadito me hacés una mala pasada.

–No, hombre, no te preocupés –le contestó éste con una desabrida sonrisa.

Antes de seguir con el aprendizaje financiero de Enrico, he de ilustrarte, aunque mínimamente, mi querido lector, acerca de las bolsas de valores. Bien, éstas nacen como una necesidad de las empresas por capitalizarse en forma rápida y eficiente con tan sólo, se supone, la compra de acciones de otra empresa mayor y plena de poder, prestigio y fuerza económica. Nace esta idea en Holanda, cuando tres empresas navegantes se convirtieron en un consorcio que explotaría el mercado de las especias en India y Asia. Como les hacía falta dinero para acometer tales viajes, decidieron vender al público, en aquel entonces a las ciudades –mejor dicho, al alcalde amigo de la municipalidad– parte de sus acciones, que es como se divide en su parte más mínima el costo de una empresa. El negocio resultó ser excepcionalmente lucrativo, y lo que empezó costando, digamos, unos cien mil lempiras en fabricar, equipar y dotar de marineros a un barco, además de hacerlo navegar por el océano y volverlo a traer con especias, pues, ya en Holanda de nuevo, acabó vendiéndose por un millón. Lógicamente, con tales ganancias ningún inversor –comprador, y vendedor después, de acciones– titubearía en arriesgarse, es decir, en comprar la parte de otro barco y enviarlo al Asia. Un muy ambicioso irlandés quiebra-negocios y homicida se encargaría de comprar y vender estas acciones a las buenas gentes en tierra holandesa, convirtiéndose él mismo en un hombre rico, razón por la cual muchos se entusiasmaron, pero que, como sucede siempre en las finanzas, pocos ganaron, y fue así como nació el mercado accionario, la bolsa de valores.

Aunque lo que aprendería Enrico del viejo Abudiya en San Pedro Sula sería algo ligeramente diferente. En aquella *bolsa de valores*, habían concurrido todas las empresas de los árabes y entre ellas se *compraban y vendían* acciones unas a las otras, mejor dicho, se prestaban dinero. Mas había evolucionado, sobre todo por falta de capital fresco y circulante. No tardó mucho tiempo para que nuestros y poquísimos empresarios mestizos también llegaran al ruedo, medio convencidos por la arabería, pero con gran desconfianza, pues no serían los primeros en salir desplumados de aquel matadero. El trabajo de nuestro Enrico consistía, precisamente, en salir a convencer a los indios de que participaran en este *mercado accionario*.

Con esta labor, llena de dignidad, comenzó nuestro irlandés catracho a visitar las empresas de distinguidos mestizos y criollos, quienes solían recibirlo de esta manera:

–¡Jodás! –le decía uno–. Me creés tan maje vos como para que vaya darle mi pisto a los turcos. ¡Andá, mejor, a vender elotes asados en la Tercera Avenida!

Fue en una de estas visitas donde Enrico volvería a acariciar la idea romántica del amor. Adivinaron, Betty. La había visto salir del negocio que el anciano Zimmerman había enclavado en la Primera Calle, pero, sin que lo esperara, ésta no lo vio, lo que le causó un gravísimo dolor en el alma. Subió ella su camioneta y arrancó dejándolo ahogado en una columna de humo. Dolido, siguió caminando hasta alcanzar la Siete Calle, en el mero mercado Dandy, donde, por segunda vez, quedó impresionado. Le había parecido reconocer entre aquella gente *vulgar*, como gustaba de llamarlas el títere político que en ese entonces decía que gobernaba a Honduras, la silueta de alguien para él muy conocida: Mirta. Enseguida volvió su pecho a alborotarse. Quiso salir tras ella, pero de nuevo la multitud se interponía entre su razón y su sentimiento.

–¡Pélamela vos! –le dijo don Abudiya al llegar a la Bolsa–. Bien lo canta el himno de tu país: «Era inútil el indio tu amado…». ¡Puta, nada has hecho en estos días!

Doña Mina, por su parte, preocupada por este hecho tan evidente y espoleada por don Ibrahim, tomando su cruz, optó por cargar con las tareas de Enrico. Al igual que doña Dalila, sacrificaría sus noches para enseñarle a ser el mejor comerciante y financiero de la ciudad.

–Enrico –le decía en las clases nocturnas–, pensá de esta manera: por ejemplo, si esa vara que tenés en la mano mide treinta centímetros, y te cuesta un lempira cada uno, pues vos, enseñá, traeméla –la agarraba y tomaba un respiro profundo–, le podés sacar diez inditos por pulgada.

–Es que no es eso, Mina –le respondía sentándose en una silla–. No ves que nadie quiere invertir en la bolsa.

–Ay, Señor –gemía nuestra docta señora, balanceándose–, ¡pero sí esto de andar en barco es rico!

No voy a negar que esto de las finanzas es lo más aburrido del mundo, y por ello, Enrico parecía finalmente transformado en un hombre maduro y racional, lejos, lejísimo de su tosca aptitud congénita. Al parecer las aventuras habían concluido y él no hacía tampoco nada por buscarlas. Se acostumbró a las lecciones de doña Mina, la que, ahora que me acuerdo, le había negado la entrada a doña Dalila y doña Olga.

–¡Viejas hipócritas! –le decía mientras le sacaba punta al lápiz–. Por enfrente son unas angelitas, pero apenas das la media vuelta, ¡zas!, se vuelven peor que el demonio para ensartarte el cuchillo.

Incluso el apóstol Ardemal salió malparado.

–Viejo mentiroso –arengaba Mina–, que la última vez vino a la casa para decirme que iba a dar un seminario sobre el próximo mal que afligirá a la humanidad: *Los Manipuladores del Cosmos*.

–¿Y qué es eso? –le preguntaba Enrico riendo.

–Qué es que son aquellos con autoridad bíblica expertos en tergiversar la palabra de Dios.

–Así como él –volvía Enrico.

–Sí –le contestaba Mina, atragantada–. Una buena cogida es lo que necesita ese loco –continuaba–. ¿Sabes cuánto vale el seminarito ese? –seguía inclinando la cabeza para puntear aquel longo bolígrafo–. ¡Dos mil lempiras! ¡Qué se ponga a trabajar mejor y no a vivir de la ignorancia de la pobre gente!

–Ay, Mina, calmáte –le decía Enrico–, porque si no aquí nomás acabo la clase.

Hecho un caballero de industria, serio, rígido y vestido a la última moda, nuestro héroe no tendría más ocupación que pasarse los días entre propietarios enloquecidos por dinero y el avaro de don Abudiya, que ya comenzaba a mostrarle la verdadera finalidad del negocio.

Un día llegó un indio mestizo que se había vuelto millonario con la venta de chiles y pimientas en las dispensas de supermercado de un primo árabe familia de su esposa y cercana de don Abudiya.

Sin embargo, hubo problemas en el seno familiar, y doña Rebeca, que era el nombre de la esposa, no convivía con él, pues se había separado para irse a vivir al lado de un gringo. Ida la mujer, cae el negocio, y el pobre indio súbitamente se ve de espaldas y abandonado, casi en la ruina.

Don Abudiya conocía bien esto, y por medio de Enrico, logró convencer a don Javier para que comprara acciones de una compañía constructora de represas, *Conrepre*, que pertenecía a otro árabe, que apodaban de cariño *Malía a la orden*, primo, por cierto, de don Ibrahim.

De lo que no estaba enterado don Javier era que *Conrepre* sólo existía en papel, aunque los membretes del Congreso Nacional estampados en los proyectos de factibilidad que le presentó don Abudiya parecían contradecir cualquier resquicio de duda. Como tampoco le había dicho que tales estudios de factibilidad y el proyecto mismo jamás podría llevarlos a cabo *Conrepre,* pues éstos ya habían sido licitados hacía años a una empresa española.

–Cuando la represa esté finalizada –hablaba con suma certeza don Abudiya–, si vos, Javier, para que te hagás de una idea, invertís en la compra del 50 por ciento de las acciones, que te costarían, vaya ponéle, uno siete millones de lempiras, pues ya en pleno funcionamiento el proyecto te va a reditar unos quince meloncitos por año. ¡Jodás, hacé cuentas! –continuaba–. ¡Cómo creés que hizo tanto pisto Faal'kusie!

A mí, siendo sincero, me parece fastidioso seguir escuchando pormenores de negociantes de tan alto nivel como don Abudiya, personas de elevado garbo que emplean honradamente todo tipo de artes para ganarse el pan del día. He de enfocarme, y lo considero más apropiado, en una circunstancia que te había ocultado, mi queridísimo lector, no por maldad, sino por pecar de erudito.

Tenía el astuto turco una hija muy bella llamada Sorayda, la segunda en mando de la Bolsa. Desde la aparición de Enrico, esta buena hija se había comportado como la más dulce e inocente de las doncellas, y, lo diré del modo más formal posible, no sentía ninguna afección por nuestro Enrico, un indio, por otra parte, que se daba ahora los aires de ser un hombre de buenas costumbres, alma temperada y pies bien puestos sobre la tierra, que destellaba, y quizá por ello era hasta odiado, una gravedad que le proporcionaba un aspecto de glamur, seducción y misterio.

Nada diré de las blusas con grandes escotes que Sorayda empezó a utilizar, ni de los jeanes por debajo de la cadera que dejaban a la imaginación un hilillo de ropa interior. ¡Cosas de juventud!, argüirás vos, mi piadoso lector, sin embargo, yo tomo estas cosas con profunda seriedad, y he de decir que para mí no eran más que signos manifiestos de incitación.

Cierta mañana, el viejo Abudiya había llegado, para no variar, con el rostro más adusto que de rutina, y pidió a Enrico que le dijera cuánto podría ganar por la compra de acciones en *Equicons*, la empresa de don Ibrahim, quien, gracias a la venta que le hizo *Malía a la orden* del negocio pimentero de don Javier, había decidido cambiar de profesión y mercado. Éste, muy mandado, se fue al archivero situado en el próximo cuarto y volvió para indicarle, al oído, que *unos cincuenta centavos por acción*. Don Abudiya entonces, más enojado todavía, había mandado a la mierda a Enrico en el momento en que Sorayda entraba a la oficina, a la que regañó, por metida, y pidió que saliera.

Esta escena, no obstante, nada tiene de extraordinario. Mas es aquí cuando yo le pregunto al Hado, ¿por qué eres tan cruel y torcedor de acontecimientos?

Fue aquí donde ella, sin que nuestro amado siquiera lo pensara, se paró en medio del cubículo, levantó el pecho y empezó a amarrarse el cabello. Enrico, claro está, con su experiencia, lo que hizo fue ignorarla, cosa que no agradó mucho a Sorayda, a pesar de que insistía en sujetarse ese pelo que parecía no tener fin ni sosiego. He dicho que entre ambos había antipatía, surgida, hay que aclararlo, por la *férrea* voluntad de Enrico en guardar la compostura y castidad exigidas por doña Mina, quien le había hecho creer y sentir que no habrían más aventuras.

Yo le hubiera creído lo de la voluntad, de no ser porque al día siguiente, estando don Ibrahim negociando con don Abudiya, el último volvió a pedirle a nuestro héroe que trajera el folio donde guardaba las acciones de *Equicons,* compradas y pagadas ya a su socio, además de pedir en un gruñido, cinco minutos después, a su secretaria Sorayda que las endosara con su

nombre, pero que ésta, quizá ocupadísima por el cuantioso papeleo de la otra oficina, contestó con un fuerte jadeo, escandaloso y ardoroso, es verdad, mientras luchaba *férreamente* por contener los espasmos de un sudado Enrico, al tiempo en que, en vez de firmar con el nombre del viejo Abudiya los documentos de títulos valores, por el arrobamiento, puso el de su furioso matador.

Don Abudiya, que escuchó la estrepitosa caída de una calculadora y extrañado por la réplica de su noble hija, se levantó del escritorio, seguido por don Ibrahim.

–¿Ya le endosaste la firma? –le preguntó en el camino.

A lo que nuestra sufrida arábiga le contestó, dejando caer dos de sus prendas azules[18]:

–Toda, papi, toda…

El viejo, fogueado en estas lides y agrietados los ojos por la ira, se introdujo en el cubículo para chocar de jeta, junto a don Ibrahim, con la vuelta de un pase cambiado y el repunte de una recta y empinada garrocha; herido por esta derramadora escena, conjuró:

–Ay, Dios mío, ¡ya me clavó la vara el picador!

Don Ibrahim, preocupado de distinguir a sus otrora acciones bajo los pechos de Sorayda, las cogió y, al echarles un vistazo, se las alargó a su socio. Esta vez, casi desmayados, ambos prorrumpieron en llanto, redondeados por una trincherilla, pronunciando nuestra bien conocida impetración:

–Ay, Dios mío, ¡ya volvió a clavarnos la vara el picador!

Bien me decía mi abuela: «La codicia no lleva a ningún lado, hijo». Así entró Enrico al mundo de las finanzas y emergió de él victorioso, convertido en un grande capitalista, dueño, nada más, ¡y esto es inimaginable dada las raíces de nuestro héroe!, que de las empresas de don Ibrahim. Se me viene a mientes el dicho que un sesudo sabio, del que no tengo la mínima idea, plasmó para la posteridad, y que, algo me lo dice, viene al caso en esta doble jornada taurina de rabo y oreja: «El que anda con lobos, a aullar aprende».

[18] En Tauromaquia, cuando el presidente de la lidia muestra dos pañuelos azules al público significa que concede la vuelta al ruedo del toro.

12

Cómo Enrico administra el capital, aspira a la presidencia de la Cámara de Comercio y vuelve al cadalso.

Empezaré este capítulo con una técnica que no es recomendable para ningún escribidor, según nos sugiere nuestro escritor y embajador en Nueva York, Roberto Quesada, y es la de iniciar el relato con una pregunta. Mas como Akbal Kan es un indio que los tiene bien puestos, voy a hacerla de todos modos: ¿Cómo se comportaría nuestro Enrico ahora que finalmente se había transformado en el gran hombre que juró habría de convertirse años atrás, mientras renegaba de la vida en aquella su asfixiante y miserable casita campesina del barrio Tepeaca? Pues yo no puedo sino que sentir una ligera sensación de vergüenza ante los razonamientos que le expuso a don Abudiya y a su padre adoptivo don Ibrahim Jarach, que luchaban por arrebatarle los documentos, y que, como he dicho, considero terrible y reprochable, pues hacerse pasar por malvado con los que, luego de haber tramado un plan laborioso y perfecto, veían ahora con suma rabia que éste acabó siendo muy, pero muy imperfecto.

–Devolvéme esas acciones –le reclamaba el avaro turco–. Vos sabés que yo las pagué con el pisto de mi bolsillo.

–Dáselas –lo azuzó don Ibrahim–. No son tuyas.

–Es cierto –le respondió Enrico, sereno–. No obstante, tampoco son suyas, don Abudiya, sino de don Javier, a quien usted desplumó con la venta de *Conrepre*. Pobre viejo –siguió–, hasta vendió la fábrica de pimientos por invertir en esa empresa de represas fantasma.

–Vos no te metás a ese pedo –le contestó don Abudiya–. Negocios son negocios. ¿Y quién lo manda a andar de maje, pues?

–Pues la misma le aplico yo a usted –le contestó Enrico riendo–. Negocios son negocios. Y con su permiso, me voy a la casa, por un traguito. ¿Me sigue, don Ibrahim?

Don Ibrahim, que había hipotecado la mansión valiéndose de *Equicons* como fiador, pronto supo que nuestro amado lo tenía bien cogido de los blanquillos. Salió Enrico del edificio rumbo al auto, en tanto que el arábigo se quedó un momento con don Abudiya, al que le dijo:

–Dejámelo, que ya va a saber este pendejo lo que es meterse a la boca del león.

Don Abudiya, encolerizado, cogió un chilillo de cuero que guardaba en el escritorio y salió en busca de Sorayda, que había corrido bajando, a medio vestirse, por las gradas del edificio. Don Ibrahim arrancó con Enrico hacia el barrio Los Andes. En el trayecto le decía:

–Yo siempre te tuve confianza, *hijo*, siempre. ¿Verdad que no sos indio al cien por ciento? ¿Tu gotita de sangre semita haz de tener? Ja, ja, ja. ¡Porque sos perro para caer bien parado! Ja, ja… ¿Y qué vas a hacer con tanto pisto?

Enrico callaba.

–Mirá que son millones los que llevás en la mano.

–Voy a trabajarlos –dijo Enrico.

–Te voy a ayudar un poco, aunque como estoy afinando la empresa de don Javier, sólo va a ser de vez en cuando.

–No importa –le dijo nuestro héroe–. Tengo experiencia en gerenciar.

–Mirá que a mí me llevaba putas con esa constructora, más que todo por estar peleando con esos dormidos del Gobierno. A propósito –continuaba–. Ahí te dejé una buena cartera.

»Tenés reatas de proyectos de pavimentación: el de la carretera que va hacia Yoro, el otro del tramo en la Guama para el Canal Seco y el del edificio del Seguro Social aquí en San Pedro. Ah, y no se te olvide cobrarle al culero ministrito este de Soptravi, ¿cómo se llama este gordo que no se sabe si va o viene?, ¡Banano!: le alquilé unas grúas y aplanadoras. Es bastante pisto el que me debe, pero no te preocupés, sólo decíle que sos hijo mío y ya vas a ver cómo pareciera que le meten un tizón de ocote en el culo, ja, ja, ¡corre, corre! –finalizaba ministrándolo–. Mañana vamos a ir a la empresa, ¿oíste? ¡Hoy vamos a celebrar que te cogiste al chuco de Abudiya? Ja, ja…

Habían subido por la Primera Calle y justo antes de llegar a Novaprisa, cerca de la Estatua de Francisco Morazán, vio don Ibrahim a una gigantesca multitud de gentes circular vía abajo, obstaculizándole el paso.

–¡Mierda! –exclamó y detuvo el auto.

–¿Qué pasa? –preguntó Enrico.

–Allí están jodiendo otra vez esos majes de la Resistencia.

–¿Resistencia?

–Sí, hombre –le dijo don Ibrahim–. Ésos que están a favor de Mel.

Entonces se le nubló el rostro a Enrico, no por lo de la Resistencia, sino por el recuerdo que le traía el presidente a la memoria. Más aún, el de Mirta, quien se había pasado toda una noche explicándole lo que sucedía allá, cuando cabalgaban perdidos en los bosques de Olancho. Por un momento, meses atrás, creyó haberla visto caminar por el mercado Dandy… y sin embargo él sabía que estaba muerta. ¿Por qué se sentía tan triste al remembrarla? ¿Sería ella su verdadero amor? Por ninguna mujer habría hecho lo que hizo por su náyade, y en ninguna otra había encontrado aquella inocencia, esa su candidez tan tierna, pero igualmente firme y templada, que manifestaba en cada acto del alma. Enseguida volvió la imagen de Betty a su cerebro: ¿Podría él decir lo mismo de ésta? ¿No era acaso una mujer casada que se desvivía por él? No obstante, ella había guardado las distancias. Sí, sí podía declarar con certeza que ambas poseían un corazón puro e inmaculado por la decencia y la honorabilidad, a pesar de haber nacido en cunas diametralmente opuestas y distintas.

–¡Estos hijos de puta todo quieren que les arregle el Gobierno! –volvió a exclamar don Ibrahim–. ¡Qué echen pija mejor y no que anden gritando en la calle!

–¿Y qué es lo reclaman ahora? –preguntó nuestro despistado Enrico.

–¡Ah, pendejadas! –le contestó el turco–. Dicen que hubo un golpe de Estado. ¡Están locos!

–¿Pero en verdad hubo uno? –irrumpió Enrico–. Una amiga mía me dijo que sí.

–¿India ha de ser, va'? –le contestó don Ibrahim en forma mecánica.

No obstante, Enrico sintió que le hervía la sangre por el menosprecio que vio en los labios del viejo turco. Sí, le dolió, sobre todo porque Mirta, antes de caer asesinada por Babalija, se había enojado con él precisamente por este motivo. De algún modo, tendría que cobrarse la afrenta, aunque razonándolo fríamente, ya le había ganado la partida.

–Y de las más bellas –respondió Enrico–. Lo que según me dijo esta amiga mía –continuó–, es que la gente lucha para que le mejoren las condiciones de vida; al parecer, viven una de perro.

–Pues te pajeó esa loca –le dijo don Ibrahim–. ¿Decíme vos quién en este país se muere de hambre? ¿Lo has leído alguna vez en las noticias, digamos en el periódico de la "Tranza"? ¡No, hombre! Lo que pasa es que estos indios son haraganes y no les gusta trabajar. ¿Cómo van a tener pisto si son la verga para agarrar una herramienta? Es lógico, ¿no?

–Muy cierto –siguió Enrico–. Aunque otro amigo mío, de Olancho, me dijo también que esta gente no gana siquiera para sobrevivir.

–¡Un comunista! ¡Palabras de un comunista! –lo rebatió don Ibrahim–. ¿Sabés vos lo qué es el comunismo?

Enrico, que no sabía ni en qué mundo vivía, le respondió con una negativa.

–El comunismo es el reinado del Diablo –le dijo el turco–, porque allí, en ese sistema, no va a ver gente como vos o yo, ¿me entendés?, personas que honradamente se enriquecen en esta vida y que dan trabajo a otros con sus empresas, así como la que ya tenés vos ahorita. Decíme algo: ¿No hay en el reino de Dios ángeles que viven mejor o que mandan más que otros?

–Sí –le respondió Enrico–. Existen desde querubines, los más bajos en la escala del cielo, hasta arcángeles, seres poderosos creados para conducir hueste tras hueste, así como usted en la Tierra.

–¿Te das cuenta, Quico? –rió el viejo león–: Hasta Dios está de nuestro lado. ¡Y estos comunistas quieren destruir no sólo las leyes de la Tierra sino que los estatutos del Cielo! ¡Eso no lo vamos a permitir! Por eso el indio de Mel fue removido por medio de la *sucesión presidencial*, que es algo muy distinto a un golpe de Estado. ¿Por qué creés que los bendecidos ministros de Dios, como el Cardenal Rodiles y tu mentor el apóstol Ardemal, se unieron a la causa, una destinada por el mismísimo Señor Jesucristo? ¡Amén! –exclamó de presto–. Porque el Señor está con nosotros….

»¡Y es lo que no entienden estos "vagos" hijos de puta! ¿Qué quieren que todos seamos iguales social y económicamente! Je, je, je… ¡Qué no jodan! ¡Hasta se la van a pelar! Lo que quieren es quitarnos las fábricas para quedárselas, quedarse con todo, y por eso es que los ves allí gritando en las calles con la paja de que viven mal y muriéndose de hambre. ¡No, hombre! ¡Si este país es lindo, lindo, lindo! ¿Vos qué pensás?

–Que es cierto –dijo Enrico.

–Te voy a dar un secreto de liderazgo, Enrico: Sé duro con la gente, porque si no, ¡mirá!, te va a llevar la bruja cuando la tengás encima del lomo. Está bueno, fijáte, el trato que les da el *Cabeza de Ajo*: los balacea, les mete gas hasta por el culo y los garrotea con palos de metal y tachuela. Este pueblo hijueputa sólo así aprende a respetar y de paso se le borran esas ideas diabólicas de igualdad y justicia. ¿Dónde has visto eso vos en la Historia? ¡Nunca, miráme, jamás ha existido tal cosa! Bueno, si vos mismo lo dijiste: hasta en el Cielo hay jerarquías y que Dios mismo estaba por encima de todos. Por tanto, en la Tierra es lo mismo. Estamos nosotros, los empresarios ricos, y están ellos, los empleados de oficina y obreros pobres. Y así va a hacer toda la vida… Lo fue en el pasado y lo será en el futuro, ¿va'?

–Certísimo –le respondió Enrico.

–¿Ves lo que te digo? Contra Dios no puede nadie…

Ni bien acababa de expresar esto don Ibrahim cuando por atrás del auto pasaron dos tanquetas y varios camiones cargados con militares. Se bajaron los armados, se colocaron en formación romana, y tres de sus compañeros empezaron a disparar bombas de gas mostaza. ¡Bum, bum!, se escuchaba. Los manifestantes, por su lado, guardaban la línea, pero alguno que otro se

internaba para insultar a los efectivos, quienes, sin previo aviso, desenvainaron sus macanas y dieron rienda suelta a todas sus frustraciones.

El espectáculo, por supuesto, era atroz, cavernario. Los elementos armados no tuvieron compasión de nadie, y podían verse escenas tales como las de atacar salvajemente a ancianos vencidos y a niños que acompañaban a sus madres. Los gritos de ira se dejaban oír de ambos bandos. Hubo incluso balas de plomo disparadas por el Ejército, que se veía impotente en disolver la colosal manifestación.

«¡No matés a tu hermano, soldado!»

«Luchamos por una vida digna.»

«Ya no aguantamos esta miseria.»

«¡Abajo con los turcos que nos roban la riqueza, arriba con la Democracia y la Libertad!»

«Queremos un buen futuro para nuestros hijos que viven hundidos en la más triste y dura de las pobrezas.»

Eran las únicas armas con que contaban los de la Resistencia, la voz, una que era impelida por una realidad, ¿para qué recalcarlo?, miserable. ¿Qué podría decir yo al respecto o vos, mi querido lector? Únicamente, basándome en los hechos, que estas pobres gentes tenían una grande y justificada razón, mucho más real y certera que la manejada por el turco Ibrahim, cuya riqueza, hay que decirlo, le había sido creada, y todavía se la crean, por las manos de los desesperados que precisamente andaban allí exigiendo, menos que sus derechos básicos, mejores condiciones de vida.

Enrico, por su lado, seguía sin entender, o se hacía el desatendido, del porqué de tan sangrientas jornadas de colisión. Y como para curarse en salud, se dijo: «Yo no me meto en cuestiones de política».

¡Un hipócrita y cobarde!, dirás vos, mi querido lector, mas yo estoy de acuerdo con él, en parte. ¿Por qué? Pues si bien es cierto que estas gentes, el pueblo llano en su conjunto, reclamaba sus derechos con buen juicio, ¿qué hicieron los sindicatos de las empresas privadas, es decir, los obreros a quien tanto ayudó Mel subiéndoles el salario, que de uno famélico de 100 dólares al mes se los aumentó a 275? ¿Por qué no apoyaron a sus hermanos del pueblo, apuntarás vos, lector apreciado, cuando eran ellos precisamente los llamados a producir las huelgas, ésas que hubieran paralizado las empresas de los turcos, los mismos que habían ejecutado el golpe de Estado y sostenían a la Dictadura gringuera, la que, como toda Honduras vio, estaba ya al borde del colapso? Vos, mi leedor, deducirás ciertamente que cumplieron el siguiente voto, y yo no puedo negarlo: Fieles de Judas Iscariote, igual que en los años 80's, los *grandes* dirigentes sindicales agarraron sus treinta monedas de plata, y en una exclamación apologética grabaron en hielo estas bellas palabras que quedarán registradas en la Historia de nuestra empobrecida nación: «Yo no me meto en política».

Por ello no culpo a nuestro héroe de ser un ignorante político ya que dicha *ignorancia* tiene sus raíces en lo económico, es decir, en su ego mercantil. Lo dijo magistralmente don Ibrahim, aunque lo matizó con la idea de Dios. Asimismo Enrico se convenció de sus palabras y siguió con su vida de capitalista, aun cuando tenía a sus padres viviendo en la más oscura de las ruindades. Pero esto no le importaba, recordemos que era todavía un joven, uno formado por una cultura mediática bien orquestada para que no pudiera pensar siquiera por un segundo. Y si había de pensar, sería de esta forma: «Primero soy yo, el mejor y fuerte, y después, si quedan sobras, los demás».

Y con esta bien pensada reflexión, se apartó de aquel bullicioso enfrentamiento que a él no le atañía en lo más mínimo, y quizá lo que más lo aturdió fue la voz de menosprecio que don Ibrahim le dejó ir en labios contra su amada Mirta y que juró resarcir algún día.

Llegó el primer día de operaciones con *Equicons*, su nueva empresa, de la mano de don Ibrahim. Aparcaron el auto afuera de un edificio en construcción, un proyecto cercano a los juzgados sampedranos. Lo llevó su mentor y presentó a los ingenieros de la obra. Anduvo nuestro héroe con sus gerentes, que le daban todo tipo de informaciones acerca del volumen del concreto, el peso de la estructura, los ángulos de distorsión de las columnas, etcétera, etcétera.

Ya volvía al auto, para dirigirse a las oficinas centrales, cuando vio a un nutrido grupo de obreros rodear a un señor muy dinámico.

–¿Qué ocurre? –le preguntó a uno de sus ingenieros.

–Es don Raimundo Cruz –le contestó el otro–, dirigente del sindicato de obreros; seguramente estará instruyendo a los muchachos.

–¿En qué? –preguntó de nuevo Enrico, curioso.

–No lo sé –le dijo el ingeniero–. ¿Quiere que se lo traiga?

–Tráigamelo pues.

En verdad que le había intrigado a Enrico la presencia de este anciano, que, quiérase o no, dejaba traslucir una especie de nobleza, una que, debo decirlo, no le fue nada gratuita, pues don Raimundo, como lo llamaban con respeto los obreros, había sido un hombre de mundo, viajado bastante por él, estudiado en la Unión Soviética y graduado allí como economista laboral, título licenciado por una potencia mundial que, por cierto, como estamos en el país de las Mil Maravillas, no le fue reconocido en Honduras. Luego este noble anciano, en su juventud, fue un notable revolucionario, temido y respetado por sus enemigos. Había fundado él mismo el sindicato de obreros de la construcción y gastado la vida en pro de una vida mejor, pero casi en vano, pues el sistema capitalista lo había empobrecido todavía más. Sin embargo, para orgullo y consuelo suyo, había logrado sendas conquistas laborales a nivel nacional para sus obreros. Él y sus muchachos luchaban junto al Frente de Resistencia. Al llegar a Enrico, lo saludó muy alegre, despreocupado, con esa sabia serenidad que dan los años.

–¿Cómo le va? Soy Raimundo Cruz

–Pues a mí muy bien –le dijo Enrico–, ¿y a usted? Mi nombre es Enrico Prados, dueño de la compañía.

–No mejor que a usted, pero ahí le vamos, je, je. Dígame, ¿para qué soy bueno?

–¿No me anda alborotando a los trabajadores, verdad don Cruz?

–Ja, ja… No, hombre, cómo cree. Les estoy dando la normal orientación laboral.

–¿Y eso?

–No, pues, cada trabajador tiene el deber de conocer qué derechos le son innatos y cuáles las obligaciones adquiridas.

–¿Pero no hay nada de comunismo por ahí? –le dijo Enrico, que ignoraba la trayectoria de este dignificado personaje del país.

–Ja, ja… ¡No, hombre! Aquí es que han satanizado a ese sistema, ja, ja… Ya mis tiempos de guerrillero han pasado, don Enrico, despreocúpese. Mire –siguió y le señaló al grupo de obreros–, ya que lo tengo a usted enfrente, me gustaría pedirle que les diera cascos y cables de enganche a los muchachos… No ve que ya van dos que se me caen y, como ni seguro social tienen, ahí andan inválidos y sin trabajo. ¡Están bien jodidos!

Enrico se sintió intimidado por esta solicitud. Al momento apareció don Ibrahim, que alcanzó a escuchar el diálogo.

–¡Puta! –exclamó–. ¡Ya anda jodiendo don Raimundo por aquí! ¿Y ahora por qué llora?

–Ah, don Ibrahim –dijo el viejo dirigente–, pues ya lo jodieron a usted también porque veo caras nuevas a cargo del negocio.

–Mirá, Raimundo –le dijo el turco–, cuídame a este cipote mejor y no me lo fregués mucho. ¿Por lo de los cascos es? Ya te dije que el otro mes me los traen…

–Eso me lo dijo usted el año pasado, ¡y nada!

–No se preocupe, don Raimundo –irrumpió Enrico–, yo me haré cargo de ese pedido suyo. Mucho gusto, hombre, y espero verlo más seguido –acabó extendiéndole la mano.

Y ahí estaba nuestro hombre transformado en un elemento productivo, algo muy digno, he de anotar. Mas esto me aburre a mí, querido lector, e imagino que a vos también, demos vuelta a esta hoja y pasemos en cambio a las ardides que el viejo Ibrahim urdía en su calva cabeza.

Claro que don Abudiya no dejaría partir al ratón con el queso, no. Junto con don Ibrahim habían maquinado un plan para recuperar lo perdido. Era uno largo, lento, penoso, pero efectivo.

Existe en todas las ciudades una Cámara de Comercio que se supone agrupa a todos los comerciantes e industriales del lugar, a los que les da capacitaciones y ayuda económica. Esa es la visión, mas no la misión. En la de San Pedro, como vos lo sabés, mi lector, se da prioridad y atención a los negocios de los turcos, ya que son ellos los que la manejan. A veces suelen ponerse ellos mismos al frente o colocan a algún reyezuelo de su confianza. La importancia de estas cámaras reside en que poseen autoridad local y estatal, o sea, están aprobadas para manejar fondos municipales y gubernamentales, cosa que no podían dejar escapar nuestros nobilísimos árabes. De vez en cuando levantan una feria *internacional* para argumentar y ocultar su verdadera finalidad, la de hacer negocios con el Gobierno a favor de sus verdaderos patrones: los gringos.

Don Ibrahim había pensado lanzar a nuestro héroe para la presidencia de la Cámara de Comercio e Industrias del Valle de Sula. Enrico mismo, cuando fue avisado, se asombró.

–¿Por qué yo?

–Porque vos sos muy inteligente –le dijo don Ibrahim.

Y como creía que Dios estaba con él, se regocijó cuando advirtió que el año en que se le ocurría proponer a Enrico había sido el de la «Gran Recesión Económica Mundial». Sabía bien que, luego del golpe de Estado, sus golpistas habían saqueado cerca de mil millones de dólares, de los dos mil quinientos de las reservas internacionales del país, y montado además una campaña a nivel global que argüía que ésta nos había afectado muchísimo. Incluso, y esto es lo más perverso del asunto, se despidió a miles de personas de las fábricas para justificar el evento. Así, las potencias que congeniaban con ellos, comenzarían a enviar ayuda financiera «para reactivar la economía del país», es decir, que ese dinero tendría que ser acaparados indefectiblemente por ellos.

Y la presidencia de la cámara de comercio sampedrana de pronto llegó a ser importantísima, tanto que otro árabe, Mikael Aljarach, primo de don Ibrahim, se había empeñado por alcanzarla.

«He allí», se dijo, «que mi acción está avalada por el Divino».

Montaría, pues, el astuto de Ibrahim una campaña de difusión costosísima, para que Enrico gastara los fondos de la constructora en una empresa de publicidad propiedad, vayás vos a saber, mi lector, de mi estimado Mikael Aljarach. Viéndolo de esta manera, hipotecaría *Equicons*

con un banco de la familia Kakati y al mismo tiempo haría ganar dinero a Aljarach gracias a los spots. La jugada, se decía, era genial.

Demasiado, dirás vos, lector mío, y yo mismo no dejo de admirarla. ¡Pobre Enrico!, seguirás lamentándote, mas veo que no has sopesado con calibrada medida las cosas, como tampoco lo hubo hecho don Ibrahim ni Aljarach, su nuevo socio.

El día en que ambos contendores se conocieron, Aljarach se hizo acompañar por su educada y elegante esposa, doña Lilieth, mujer ricamente ataviada por las más excelsas probidades y gerente de *Hello*, la agencia publicitaria de nuestro querido candidato.

–¿Cómo se llama su movimiento presidencial? –le preguntó ella.

–PPIJA –le dijo Enrico–. Pensamiento Para la Inversión de la Juventud Activa.

–Ah –le contestó–, el de mi marido se llama CUULO, Centro Ultra de Unidad Legítima Organizativa.

¡Oh Hado, Hado que tirás la piedra y escondés la mano! ¿Por qué tiendes a nuestro Enrico las más viles trampas? Doña Lilieth, como dije, era una mujer muy proba y dedicada a su arte. Ya en plena campaña presidencial, diré con honestidad que nuestra señora actuó con el más sagrado profesionalismo posible, tanto que Enrico llegó a estar arriba en las encuestas. Tal era así que se había ganado, a puro tesón, a los afiliados más bajos de la cámara, o sea, a los comerciantes del Centro. Sin embargo, don Aljarach tenía a su favor a los industriales y políticos, por lo que estaba a un paso de la presidencia.

La lucha era dura, y a nuestro héroe, imbuido y excitado por el empuje de don Ibrahim, ni le temblaba la mano a la hora de firmar aquellos jugosos cheques. Era popular.

Cierto día se necesitó hacer un spot donde saldría Enrico ante las cámaras pronunciando un discurso que haría moverse hasta las piedras del Río Blanco. Pasó doña Lilieth por él y lo sentó en su auto.

Necesario es que diga que Enrico respetaba a nuestra publicista; jamás se le cruzó por la mente hacerse de las carnes de aquella hembra deliciosamente configurada, como tampoco a ella insinuársele.

La locación elegida fue, precisamente, un río, el que llaman *Piedras*. Como se trataba simplemente de que Enrico se lanzara un discurso en primer plano, no había por qué llevar un gran equipo de cámaras y video, se dijo ella. «Basta con que vaya yo sola». Y yo, ¿por qué no?, la secundo.

–Por aquí, don Enrico –le dijo Lilieth–. Bajo la fresca sombra de los árboles.

–¿Con esta ropa? –le preguntó éste, que amargamente encontró que la chaqueta no daba con la camisa–. Yo creo que sería bueno hacerlo sin la chaqueta –acabó.

–Como quiera.

–Eso es lo malo de ser soltero uno –le dijo Enrico–, que no hay quién le diga cómo andar bien vestido.

Doña Lilieth sonrió.

–¿Y usted de qué familia es? –volvió a preguntar Enrico.

–De los Mussad.

Nuestro héroe, por supuesto, inquirió con la única intención de socializar, pues, habiendo pasado por tantas aventuras, la vida le había enseñado que no todo es sexo.

–¿La conoce usted? –le preguntó ella.

–No.

–Qué raro –dijo ella.

–¿Por qué?

–Por la fama que tiene usted…

–¿Qué fama?

–Olvídelo. Empecemos con el trabajo –se contuvo–. Mire, don Enrico, allá arriba de esas grandes piedras.

–¿Allí? ¿No será muy peligroso? Hay una corriente debajo.

–Qué miedoso –le dijo ella–. Apúrese, no ve que el sol le pega de frente en esa ubicación, además tiene un fondo bonito.

–Pero lo hago por usted –le respondió–. Ahora, que si me caigo al agua, usted me va a tener que rescatar.

–Ja, ja, ja… ¡Tanto así no! Apúrese, apúrese. Sí, allí, encima de la roca. De un pasito para atrás, otro pasito, otro pasito. ¡Cuidado!

¡Ah, la dulzura de los juegos infantiles! ¡Cómo no agradecer a la vida por tales momentos de alegría! Veamos ahora lo que le ocurrió a nuestro Enrico.

Nuestra profesional amiga había estado dándole indicaciones para que se cuadrara como es debido ante la cámara; entre pasito y pasito, Enrico había caído al agua. Salió de ella enteramente empapado y no tuvo más remedio que desvestirse.

Yo le hubiera dicho que no, por pudor, mas era mucha la humedad y había peligro de que cogiera una neumonía, como muy acertadamente le advirtió doña Lilieth.

No obstante, te equivocarías vos al pensar, mi querido leedor, de que habría un signo de seducción en esta escena. ¡Nada más errado!

Decentemente, Enrico corrió hacia la parte trasera del auto y se desnudó, lejos de las miradas de doña Lilieth, que no bajó nunca la cámara, sino que lo apuntaba con ella.

¿Una trampa vil para denostar a nuestro héroe?, me preguntarás. Te contestaría que sí.

Ya seco y vuelto a vestir, Enrico decidió parar el rodaje y le pidió a doña Lilieth que lo condujera a la casa, para cambiarse. Ésta, aunque parecía no obedecerle, accedió. Tal se ve, no hubo ningún tipo de acercamiento entre ellos.

Pero no por esto puedo dejar de decir que, en los días siguientes, Enrico sufrió uno de los acosos más enconados que pudo haber vivido. Sin embargo, ya a las puertas de las elecciones, pasaron estos actos como desapercibidos.

–Ya no hay dinero –le dijo don Ibrahim a una semana de la votación.

–¿Qué hacer? –preguntó un desanimado Enrico.

–Hipotecar *Equicons*.

–¿Hipotecarla? –se dijo, nervioso–. Don Ibrahim –siguió–. Yo me salgo de esta mierda.

–No, muchacho –trataba de convencerlo el viejo–, si esto de hipotecar es algo común. ¿Cómo creés que trabajan los bancos?

–¿Y después para pagar la amortización?

–Eso dejámelo a mí –le dijo riendo el sagaz Ibrahim–. Vos no te preocupés.

–Hipoteque esa papada, pues –le dijo Enrico.

Dos días después.

–Firmá aquí, Enrico.

–¿No es esto un traspaso de acciones? –le preguntó.

–Sí, hombre, pero sólo es para trámite.

Ya iba a estampar la rúbrica nuestro héroe cuando lo asaltó una duda. Vio a don Ibrahim a los ojos.

–¿No me está pongueando[19], verdad?

–¡No, 'ombe, firmá!

Oh Enrico, mi dulce Enrico. Apuntaré con mediana observación que prácticamente firmaría su sentencia de muerte.

–¿Por qué no me los deja para pensar un rato? –le dijo.

–Mirá que el banco lo cierran a las cuatro de la tarde. ¡No seas cobarde, 'ombe! ¡Arriesgáte! ¿Qué podés perder?

Enrico alzó la cabeza y posó la mirada en el techo.

–¡Bahhh! –exclamó–. ¡Si yo desnudo nací y desnudo me voy a morir!

Y firmó los papeles.

Debo manifestar que ni el propio don Ibrahim se creía lo certeras que le habían salido sus maniobras. Echado Enrico a la bolsa, lamiéndose los filosos dientes, se le acercó para decirle:

–Bien hecho, muchacho, bien hecho. Ahora alistáte porque el viernes celebramos tu gane.

No obstante, nada puede ser tan blanco que no alcancé a llegar a negro algún día, y ya en el de las elecciones, se sentaron en la mesa principal de la Cámara don Jarach, Aljarach y un sonriente Abudiya. Enrico, al encontrarse con su ex mentor financiero, percibió la fatalidad de un mal presentimiento.

«Ya me llevó putas», se dijo. «Perdido. Estos turcos me la hicieron».

Se desmoralizó más cuando Aljarach de repente salió diciendo que en la moción del domingo anterior se le había dado facultades para votar a personas que no eran miembros acreditados de la Cámara.

Se levantó de la mesa Enrico, francamente derrotado, y buscó refugio en un salón adyacente, el de las proyecciones visuales. Como el cuarto estaba oscuro, no distinguió al operador y solamente le dijo que se estaría allí unos minutos. El otro le contestó con una seña.

Siguió pues el cómputo de los votos y, vía internet, nuestro operador actualizaba los datos y los enviaba a una pantalla gigante a la vez que pronunciaba a quién favorecía el sufragio. Al primer conteo, escuchó a la voz decir:

«PPIJA»

Luego el siguiente.

«CUULO»

Emergió nuestro héroe de su ensimismamiento pues había reconocido ese timbre vocal, y ¡he allí a doña Lilieth que hacía de operadora! Se le acercó, y vio funcionando un video en el reproductor de la computadora, justamente uno en el que salía él escurriéndose sus proverbiales dotes atrás del vehículo. Ella, al saber que éste la había descubierto gozándose de su hombría y sacándose los dedos de en medio de las piernas, le dijo:

«Oh Enrico, Enrico de mis amores».

A lo que nuestro siempre amado batallador, dejando a un lado la caballerosidad y el profesionalismo, no tardó en bajar su bragueta. He de decir que, para los votantes allí presentes, no fue poco el atolondramiento que los embargó al dar oídos a una palabra que el operador, locamente, insistía en repetir:

«PPIJA»

«PPIJA»

«PPIJA»

---

[19] Modismo hondureño: hacer la trampa.

«¡PPIJA, PPIJA, PPIJA, PPIJA, PPIJA…!»

Cosa que desagradó a nuestros señores de CUULO. Airados, se alzaron de sus asientos y corrieron a la sala de proyecciones en el momento que Enrico, acomodándose en la pared, cogía a doña Lilieth de las nalgas, y ésta que no cesaba de emitir los datos del conteo con un adolorido y enardecido tono:

«CUULO»

«CUULO»

«CUULO»

«¡CUULO, CUULO, CUULO, CUULO…!»

Se abrió la puerta, y el calgueño de don Aljarach, tapada la cara por un diestro molinete de Enrico y sostenido por los saeteados de don Ibrahim y don Abudiya, articuló:

–¡Ay, Dios mío, ya me clavó la vara el picador!

¿Qué agregar a este lance de nuestro matador? Pues yo sólo puedo decir que, si de mí dependiera, no sólo hubiera colgado a nuestro Campeador de los huevos, por pendejo, sino que enseñado con maestría el arte de la seducción y decente toreo. Por ahora, vistas las cosas con desapego, lo que se avizora es que Enrico vuelve a las calles a recibir una buena lección, no de sexualidad, pero sí de hambre por no haber sabido administrar su capital. ¿Y qué hay de las elecciones de la cámara de comercio? Dejemos que nuestro héroe nos refiera lo que sucedió con éstas y otra aventura en el siguiente capítulo.

13

Cómo Enrico se encuentra al mago Casangel, simula su propia muerte y vuelve a la cumbre.

Huía Enrico de la Cámara de Comercio, amarrándose los pantalones y enfundándose la camisa, perseguido por la crema y nata de la berberisca. Salió nuestro héroe por el salón principal y, dándose mala cuenta que don Ibrahim tenía las llaves de su auto, corrió a las calles, donde cogió un taxi.

–Al Parque Central –le dijo al ruletero.

Creía Enrico que así, entre la muchedumbre, podría despistar a sus tramperos. Mientras iba allí, sentado en la parte de atrás, pensaba en lo tonto que fue al dejarse embaucar por don Ibrahim, aun cuando él mismo sabía al dedillo lo perverso de aquella naturaleza arábiga.

Lo había perdido todo, a *Equicons* y a la mansión de los Andes. ¿Qué me depara el futuro?, se preguntó. «Pues mierda», se dijo. «Por pendejo». El porvenir se le había vuelto oscuro y muy definible, la miseria. «Otra vez a oler los tufos del crique», volvió a decirse, recriminándose. Hizo cálculos, ¿a quién acudir en este momento de flaqueza?

Se bajó del taxi y empezó a caminar por el Parque. Se detuvo en el puentecillo que se erige por encima de las bellas esculturas que encarnan a dos mujeres que lavan ropa en un río, una con la palangana llena de agua en la cabeza y la otra agachada restregando las prendas. Éstas le recordaban a su madre, mejor dicho, a todas las féminas de su familia.

Emprendió la marcha; sentía hambre, y, a lo lejos, advirtió las letras de un rótulo que decía: «Pamplona». Era el del restaurante emblemático de la ciudad y que antaño fue el refugio de los intelectuales de San Pedro.

Decidió ir allá. Ya a unos cuantos metros, se vio perturbada inesperadamente su introspección por una voz chillona y un tumulto de paisanos:

–¡Vean lo que hago ahora! –gritaba un hombre vestido de jean y camiseta negra–. ¿Lo ven? ¿Están listos?

El grupo de personas estaba a la expectativa.

–Usted, señor –le dijo de presto a Enrico, que caminaba bordeándolo–. Venga. ¿No nos conocemos, verdad?

Nuestro héroe, extrañado, respondió que no.

–Mire –le dijo el mago Casangel tomándolo de una mano–. Toque el vidrio de esta ventana –era el de una tienda de zapatos que lo patrocinaba–. ¿Sólido, no? Usted, amigo, el de la izquierda, y usted, el de la derecha, acérquense y tóquenla. ¿Cristales de verdad, no?

Todos asintieron, hasta Enrico.

–Sostengan ustedes dos esta lámina de papel y cubran con ella la parte frontal del vidrio, en tanto que yo me voy hacia la parte de atrás… –le echó una mirada enigmática a la multitud–. Voy a cruzarlo, ¡a pasar por en medio sin romperlo! –esta vez utilizó un tono muy arcano, casi diabólico.

Enrico se rió imperceptiblemente ante aquellas palabras. «Qué idiota», murmuró.

–¿Es usted escéptico? –le preguntó Casangel al percibirlo –. ¡He aquí un hombre que no cree en milagros! –gritó el mago a la gente; luego enfrentando a nuestro héroe, con voz retadora y fantástica–: Pues hoy creerás en el poder y la magia de Casangel.

Se fue el mago atrás del vidrio y pidió a sus improvisados asistentes que desplegaran la grande hoja de papel. A Enrico le ordenó que se apostara enfrente, para que viera cómo lo cruzaba, ya que era el justo castigo que merecía por su incredulidad y herejía. En verdad que el cristal brillaba por su solidez y no había forma de atravesarlo, por lo menos no humana ni físicamente.

–¿Están listos! –aulló de nuevo el encantador–. Y vos –dirigiéndose en un voseo a Enrico–, heresiarca de todas las Eras, ¿estás listo?

No lo dejó siquiera que contestara pues, de repente, podía verse como la lámina de papel era rasgada por los dedos del mago a través del macizo vidrio.

–¡Ahhhhh! –exclamaba el gentío–. ¡Dios mío! ¡Esta cosa es trabajo del Diablo! –declaraban otros.

Y lo traspasó tal si se hubiera fundido con el mismísimo cristal. Algunos del público, aterrados por este hecho que consideraron de brujería negra, se alejaron presurosos, persignándose; otros, más emocionales, estaban sonrojados y con los ojos abiertos, saltando del asombro.

–¿Ahora creés en que la magia existe? –le preguntó a Enrico, quien, sin embargo, tenía la certeza de haber visto por entre las fibras rotas del papel, y antes de que éste fuera retirado, a algunas manos situadas atrás de la ventana–. Decíme, parroquiano, ¿ahora creés? –y alzando los brazos–. ¡Esto es «Casangel, Mente Retuerta!»

Mas Enrico, que había aprendido muy bien de la *magia* del apóstol, el cardenal y los turcos, además de creer en que había descubierto cierta maniobra del cristal por otros ubicados dentro del negocio, le respondió:

–Yo creo sólo en el poder de Dios; por tanto, he de hacer un milagro mejor que el tuyo…

Casangel se echó a reír. «Vos, ¿me estás retando? ¿Quién sos?»

–Ah, un reto –dijo el mago.

–Sí –le contestó Enrico–. Empezaré por hacer lo mismo que vos hacés.

–¡Ja, ja, ja! –rió Casangel–. ¡Un imitador!

Se posó extendiendo los brazos enfrente del público, que no cabía de embeleso por la osadía de Enrico.

–¡Casangel es el mejor! –exclamaban.

–Lo oís –le dijo el mago a Enrico–. Ellos dicen que soy el mejor. ¿Aun así pretendés retarme?

–Cristo está conmigo –siguió nuestro héroe–. ¿Quiénes aquí son seguidores del Señor? –preguntó. Casi intimidados por la presencia del mago, apenas se escuchó un murmullo que, si se aguzaba bien el oído, podría haber sido interpretado por un «yo».

El ambiente, por supuesto, se había vuelto competitivo, es decir, muy sabroso, ya que la confrontación llevaba implícita el ingrediente épico y eterno de la batalla del Bien contra el Mal. Ya no eran decenas las personas en la peatonal sino que se podían enumerar por cientos.

–¿Acaso podés hacer esto? –le dijo Casangel que comenzó a levitar del suelo en posición yogui, pero de espaldas al público, mientras escalaba flotando las gradas del establecimiento. Cuando terminó, Casangel se dio media vuelta y apareció con los ojos rojos, cosa que aturdió más al populacho.

–¡Oh Dios mío! –gritaban poniéndose las manos en la frente–. ¡Eso es imposible!

¿Qué pensar de la insolencia de Enrico? ¿Por qué tenía el valor y la estupidez de retar a las fuerzas de la oscuridad cuando éstas son infinitas? De seguro que una maldición eterna le caería, por soberbio. Aunque, pensándolo bien, no creo que nuestro Dios sea tan malo como para que ello suceda. Pero nuestro héroe estaba empeñado en derrotar a los artífices que se atrevían a desafiar las leyes mismas de la Física, mejor aún y como le gusta al pueblo, de nuestro Señor.

–Es lo más fácil del mundo –le contestó Enrico a Casangel.

Éste, que había creído que nuestro amado había salido corriendo del miedo ante su acto de levitación, empezó a sospechar de los conocimientos del segundo.

–Si querés –volvió Enrico–, dame chance para realizar el primer acto, el de cruzar el vidrio. Muchachos –les dijo a los mismos que todavía sostenían el papel–. Plieguen bien esa hoja y arrímenla al cristal.

El Casangel hasta brincó del fastidio y la contrariedad de escuchar aquello, aunque reía ante los espectadores. Enseguida le hizo una seña a uno de sus asistentes de producción que andaba por ahí camuflado. Corrió el asistente hacia el interior del local y pidió a otros de sus compañeros, los tramoyistas, que ocultaran la parte de abajo del ventanal con un aparador. Hecho esto, le devolvió la seña al mago. Lógicamente, Enrico vio esta acción desde afuera.

–Adelante –le dijo Casangel–. Hacélo, criatura apóstata, y que Dios no te castigue por tu atrevimiento.

Entró Enrico al interior del establecimiento y, sin andarse con tientos, le dijo a los tramoyistas:

–Quítenme ese aparador y hagamos el truco.

Éstos quedaron estupefactos por la voz de autoridad y seguridad que empleaba Enrico. No obstante, se ingeniaban para dar la impresión de que no sabían de lo que hablaba y de que estaba loco.

–Conozco esta ilusión –siguió serio–: El vidrio tiene un corte cuadrado en el centro de la parte baja del vidrio, que ustedes levantan y bajan una vez que cruza rompiendo el papel.

Afuera el mago Casangel se mofaba:

–¿En dónde está nuestro furioso retador? Ja, ja. ¡Una engañifa, una engañifa! ¿Quién es el mejor?

–¡Casangel! –gritaba el auditorio a voz en cuello.

–¿Otra vez!

–¡Casangel! –y de súbito, desviándose de sus patéticas alabanzas–: ¡Aaayyyyy! ¡El hijo del Demonio! ¡No puede ser! ¡Es increíble!

Para cuando el mago, que se ofuscó al escuchar estas exclamaciones, dio la vuelta, ya tenía a nuestro Enrico desbaratando toda ley física conocida en nuestro Universo. «Mierda», musitó.

–¡Sólo el poder de Dios podrá sacarlos de la oscuridad! –dijo Enrico haciendo alardes de su acto mágico–. Si el Altísimo conmigo, ¿quién contra mí?

–El hijo de Dios vence al hijo de la Maldad –exclamó una buena parte de los presentes.

Sin embargo, antes de seguir con este duelo callejero, debo disculparme con vos, fidelísimo leedor, ya que he hecho caso omiso de otra circunstancia, importante, he de anotar, que se desarrollaba simultáneamente.

Sucedía que el vacuno de don Aljarach, a pesar de haber utilizado todas sus influencias y colocado a su mujer como contadora de votos, había perdido las elecciones en la Cámara de Comercio. Obviamente, nuestro Enrico era el nuevo presidente. No obstante, en aquellos momentos,

ni Aljarach ni Enrico lo sabían; no fue hasta que don Ibrahim, don Abudiya y el primero, que decidieron abandonar la persecución, lo echaron de ver al regresar a la Cámara.

Caldeados por esto, quisieron utilizar las triquiñuelas de siempre, o sea, las de manipular el sistema de cómputo, cambiar los patrones electorales y los conteos, salir diciendo que «hay un problema de memoria en los ordenadores, pero ya lo van a resolver», para luego ver un mágico repunte del contendor favorecido. En otras, o hacían perdidizas las cajas con votos o duplicaban el número de personas en los patrones, para que pudieran votar dos veces, o hacían resucitar a los muertos. «Elecciones», como las llaman acá, «al estilo Honduras» Mas ahora, con tecnología de punta y recordando uno de los fraudes electorales jamás visto en el mundo, yo la llamaría «al estilo USA».

Empero, había una variable que nuestros bereberes no habían incluido en su ecuación: la de doña Lilieth Mussad que, en honor al amor que sentía por Enrico, procuró hacer de estas elecciones las más limpias. Cuando Aljarach supo de ello, la amenazó de muerte:

–Si me tocás –le dijo doña Lilieth–, llamo a mi papá para que te haga humo de esta tierra.

Con esta firme resolución emanada del corazón de su esposa, a don Aljarach no le quedó otro remedio que decidirse por la alternativa más simple y barata: matar a Enrico. «Así», se decía, «no sólo me quedo con el ternero sino con la vaca».

Pero al pensar así, había cometido una imprudencia, el de comunicárselo a don Ibrahim, el que, en un secreto de alcoba, se lo había participado a su mujer Mina, y ésta, horrorizada, buscó la manera de hacérselo saber a Enrico. No es necesario apuntar que este rumor recorrió los más lúgubres recovecos de nuestra sociedad sampedrana.

Antes, prosiguiendo con el duelo de la peatonal, nuestro héroe había sido retado a levitar por el mago.

–Prestáme tus pantalones pues –le dijo Enrico.

–¿Mis qué? –le dijo Casangel, esta vez alarmado.

Se acercó Enrico y le susurró al oído: «Yo sé que tus pantalones se abren por los tubos y tienen un andamiaje flexible de metal adentro, unidos a tus zapatos. Vos sacás un pie primero, subís un escalón, luego sacás el otro, mientras dejás los pantalones y zapatos abajo; la ilusión de levitación la creás cuando elevás zapatos y pantalón a tu nivel en el peldaño. ¿Vos creés que no he aprendido bien esto de los cristianos? Y apuráte, damélos…»

«Por eso es que pudiste hacer el truco del vidrio», le murmuró Casangel. «No sos tan pendejo como los demás».

«¿Me los das o no?», insistió Enrico.

«Mirá», le dijo el mago, «si vos hacés ese acto me va a llevar putas a mí. Mejor te hago una proposición: trabajá conmigo. ¿Qué opinás?»

«Y la gente, ¿qué va a pensar si no hago la levitación?»

«A ésta la embobo rapidito para que se olvide de lo que ibas a hacer vos. ’Perate. Dejáme… Esperáme dentro del local.»

–¡Ahora, señores, voy a realizar algo que jamás se ha hecho!

Nuestro héroe estaba pensativo, no por lo de Casangel, pero sí por su futuro. Se machacaba: ¿Qué hago, qué hago? Es cierto que el mago le había ofrecido empleo, mas no se sentiría a gusto con él. Entonces se le ocurrió, gracias a las últimas palabras del público que lo había distinguido como un ángel de Dios, llamar a doña Olga, la que, viéndolo objetivamente, podría recibirlo pues no había quedado en malas con su marido. Puede que su fama de matador le haya inocu-

lado al viejo Jodías una venenosa acritud en su contra, sin embargo, cuándo los jugos gástricos aprietan y la honra de la fama exige, ¿qué escrúpulos serían capaces de detenerlo?

Al día siguiente, andando junto a Casangel en los buses que conectan a Choloma con San Pedro y cerca de la colonia Los Robles, se dio cuenta Enrico, por medio del periódico «La Tranza» que le alcanzó una canillita famosa, de que él había ganado las elecciones. Era presidente de los empresarios de la ciudad.

–Mi tabla de salvación –se dijo sostenido de un caño en el techo.

En tanto Casangel hacía ostentación de su magia y no eran pocos los pasajeros que salían saltando del autobús creyendo que éste estaba empactado con seres de ultratumba. Se tragaba agujas e hilos que sacaba después por la panza, metía celulares enteros en envases de refresco, revivía moscas muertas, hacía trucos de mentalismos, etcétera.

Enrico, en cambio, planeaba. Llamaría a doña Olga, para que el apóstol Ardemal le restituyera el cargo de pastor jurisdiccional y al mismo tiempo gozaría de la fama y las mieles del poder empresarial. De seguro que entre estos últimos habría más de alguno que lo apoyaría en su nuevo ascenso al éxito.

¡Oh Destino, vos siempre enhebrando los peores escenarios posibles! ¡Qué es lo que te hace gozar del sufrimiento humano! ¿Por qué te empeñás en hacer de un día brioso uno cagoso!

Las mismas palabras que parafraseó nuestro amado Enrico cuando ya el viernes tuvo el valor de llamar a doña Olga.

–Perdéte mejor –le dijo ésta–. Vos tenés los días contados. Según Mina, Dalila y la otra hija de Mussad, don Aljarach le ha puesto precio a tu cabeza –y en una expresión cargada de sumo despecho agregó–. No me volvás a llamar porque no quiero saber nunca más nada de vos.

Y es que hasta el número de este capítulo es de mala suerte. Por ello, ¿cómo iba a irle bien a nuestro amado matador?

Casangel, sin quererlo, le amargaba la vida con sus artificios.

–Probáte este traje, Enrico –le dijo una vez–. Es uno de los mejores trucos que tengo –añadió colocándoselo –Miráme, ¡miráme ’ombe! –le rogaba.

Y el Enrico que veía al otro con la cabeza en las manos, subiéndola arriba abajo. El traje, como el pantalón de levitación, utilizaba andamiajes por dentro. Se especializaba en poner a llorar histéricamente a las mujeres y hacer deslizar a los hombres.

Había una cosa que aterraba a nuestro héroe: volver a la derruida casa de sus padres y llegar con las manos vacías, él, que había tenido millones de lempiras en las manos. ¿Con qué valentía le sostendría la mirada a su padre Chepe o la de su madre, la vieja Ester? De sus hermanos no hablaba, cada uno vivía su vida.

Perdido en las calles con un mago ambulante, su vida empezaba a resultarle un estorbo. Dos cosas lo aguijoneaban ahora: Betty y el recuerdo de su finada Mirta. ¿Qué habría sido su vida al lado de Betty?, soñaba. Una mejor, sin duda. ¿Habría sido feliz? Claro que sí: ella lo tenía todo, dinero, buen físico y, al parecer, lo amaba.

¿Y con Mirta, qué hubiera pasado? La escasez y la pobreza. Había sido una campesina, silvestre. ¿Qué campesino en este país vive dignamente? Ninguno, peor aún, tienen que luchar y morir a machete pelado por tratar de conseguir un pedazo de tierra. Y sin embargo… había hecho por ella lo que por ninguna otra hizo…

Estos razonamientos incidían perjudicialmente en el ánimo de nuestro héroe, que día a día parecía perder fuerza. Un día, hastiado de las aventuras callejeras de Casangel, se armó de

hombría y decidió presentarse a la Cámara de Comercio para ejercer su cargo, sin importarle en lo absoluto la pena de muerte que pendía sobre sus hombros.

Para suerte suya, a la primera que vio en el portón fue a doña Lilieth.

–Enrico, Enrico querido –le dijo–. Al fin te veo. Todos estos días no he dejado de pensar en vos. Decíme, ¿qué te habías hecho?

–Vagar por el mundo, doña Lilieth –le respondió, todavía menoscabado físicamente.

–Pero un bombón como vos no puede andar por ahí solo. Mirá –le dijo–, yo sé que mi marido Aljarach te tiene sentenciado, pero aun así, yo te quiero a vos y quiero que estés conmigo.

¡Oh Hado, Hado, cuántas veces tendré que ver esto! ¡Sos cínico y cruel! Doña Lilieth, que le rendía un culto bárbaro a nuestro héroe, pronto entramó una estratagema digna de las cabezas más calientes de la CIA.

–Mi papá –le dijo– tiene una fábrica de hacer churros y snacks en Tegucigalpa, y como vos, para empezar sos el presidente de la CCVS, trabajado con Faal'kusie y ya tenés un buen currículo, pues se me ocurre enviarte allá como gerente. ¿Está buena la idea, va'?

Excesivamente buena, reflexionarás vos, mi amigo confidente, que me seguís desde hace rato. Mas yo discrepo totalmente, y vos ya habrás advertido por qué. Además, esta Lilieth siempre me ha dado mala espina.

–Pero antes –siguió–, vos tenés que renunciar a la presidencia de la Cámara y darte por muerto.

–Eso nunca –le respondió Enrico–. En ninguno de los dos casos.

–No seas tonto, güirro lindo. Pensá: si aparece la noticia tuya de que estás muerto, mi marido asumiría el cargo en la Cámara, y vos te irías a Tegucigalpa a ganar pisto en la fábrica de mi papá Affik. Yo voy a ir a quedarme con vos todos los fines de semana.

»El inconveniente surge –prosiguió– al momento de fingir tu muerte, o sea, para que parezca lo más real posible.

Si hay algo que yo pueda admirar de las mujeres (y que no sea únicamente su cuerpo), es la astucia, el buen arte de conseguir lo que se quiere sin que nadie se dé cuenta o al menos haga creer a cualquiera de que no vale la pena o que sea digno de considerarse como importante.

Con esta reflexión en mente, nuestra querida doña Lilieth encaró al toro de Aljarach:

–¿Querés en la mano a Enrico? –le dijo.

–¿Qué andás craneando vos, Lilieth? –le señaló éste, esquivo.

–Nada. Qué yo sé que Enrico se va a presentar tal día en la Cámara para reclamar el puesto.

–¡Eso *never ever*! –exclamó medio contrariado Aljarach–. Yo he estado al frente de la organización y no ha habido problemas y no los habrá tampoco.

–Pero legalmente la dirección es de él. ¿Cómo se lo impedirás?

–Decíme dónde está ese Enrico, Lilieth –le exigió rabioso–, que ahorita mismo lo mandó a enterrar.

En otro rincón de la ciudad Enrico se molaba los sesos para tratar de encontrar la forma de simular una muerte real e inconcusa. «Doña Lilieth», reflexionaba, «tiene razón, así que debo hacer hasta lo imposible para llevar a cabo su plan».

Muy sumergido estaba en esto cuando de pronto vio a Casangel haciendo el truco de ensartarse un cuchillo en el brazo, ensangrentado, ante los espeluznantes gritos de las mujeres que le rogaban que se lo sacara.

Por supuesto, como vos adivinaste, amado mío, la respuesta la tuvo siempre en las narices. Llamó a doña Lilieth y le comentó su idea.

–Llegáte el lunes –le dijo ella–. Va a haber asamblea de accionistas del Club Árabe.

Y a don Aljarach:

–Se aparecerá en la mañana. No te preocupés –volvía la voz grave y misteriosa–, ya tengo al sicario que te va a aliviar ese dolor de cabeza.

Tal como ella lo había previsto, Enrico apareció por los portones y buscó mezclarse entre los accionistas que, a pocos metros, arribaban en esas tempranas horas. Don Aljarach lo espiaba desde una camioneta gris, polarizada, al lado de don Ibrahim y Abudiya, que se lamían los labios del suspenso.

Caminaba pues nuestro héroe enfundado en un traje muy elegante, negro, cuyo saco sobresalía por el buen corte y las firmes hombreras. No sé qué pensar sobre esto, pero lo cierto es que sin nadie dijera *agua va* o *agua viene* se abalanzó contra Enrico el sicario del que nos hablaba doña Lilieth. Enrico, no obstante, luchaba con él, cogiéndole la muñeca que empuñaba un machete, diría, en vez de un cuchillo.

–No me rendiré –le gritaba Enrico en la cara.

Los guardias de seguridad de la Cámara, al percatarse, abandonaron sus puestos y salieron a ayudar al vejado joven, así también los accionistas, que empezaron a acercarse al lugar. Al reconocerlo, exclamaron:

–Es Enrico Prados, el presidente de la Cámara. ¡Guardias, auxílienlo!

Mas como nunca nada llega a tiempo sino después del desastre, el sicario, en una maniobra artera y que causó la condenación unánime de los presentes, le ensartó el cuchillo a Enrico y luego, en un enfermo y pervertido gozo, rebanó con él las partes cercanas al cuello y el pecho. Esta acción aniquiladora tuvo un efecto tan macabro y homicida que en un santiamén la cabeza de nuestro joven héroe cayó hacia abajo, detenida, no obstante, por sus manos, quizá en un reflejo involuntario del cuerpo que se mantenía bien erecto. Era la viva figura del Jinete Sin Cabeza de Sleepy Hallow.

El horror que provocó esta escena fue inmemorial, es obvio, tanto que los rechonchos accionistas, algunos con manchas en el culero del pantalón, hasta cruzaron corriendo las calles del bulevar que cruza a la Cámara de Comercio y en menos de un minuto habían llegado tan lejos como el City Mall, dejando empequeñecidos a los mejores velocistas del Mundo. Incluso don Ibrahim y sus secuaces arrancaron despavoridos en el auto y por poco atropellan a una viejita en el Monumento de la Madre.

Es aquí donde yo me pregunto, al margen de cualquier comicidad: ¿Por qué culpar al padre Adán de hacerle caso a la madre Eva? ¿No sería el Mundo aburrido si no fuera por las acciones de las mujeres, tan bellas y listas, aunque parezcan bobas? Nuestro Enrico volvía a sentir el dolor y sufrimiento proveniente de las elucubraciones de una mujer, causas, motivos impensables para cualquiera, es verdad, y que lo habían obligado a renunciar de la presidencia y a simular su propia muerte, pero que a la vez lo hacían retornar a la cumbre. Aunque, un airecillo en la atmosfera me lo sopla, y no porque Enrico se haya echado de enemigos a toda la turcada, presiento, tristemente, que su final se acerca. «Lo que empieza», me dice, «algún día tiene que terminar».

14

El final de Enrico

A pesar de la aparatosidad e inverosimilitud de los acontecimientos acaecidos en el pantagruélico fallecimiento de Enrico, ex presidente ahora de la CCVS, la noticia aparecida en los periódicos como la "Tranza" y "El lameplatos", propiedad del primo de don Ibrahim, apenas se podía leer en tres líneas escondidas atrás de la sección de historietas cómicas y horóscopos. En cambio, en letras mayúsculas y a primera plana, se destacaba el evento donde Aljarach era elegido, *por unanimidad* de la Asamblea, presidente de la Cámara, al lado de otra crónica que decía: «El Mundo apoya a Honduras en su camino por la Construcción de la Democracia: Taiwán está de acuerdo con la *Sustitución Presidencial…*

»Si bien no se puede ocultar el nimio hecho –seguía el artículo ya en la parte final y con suma medida– de que todavía nos hace falta convencer a los 191 países restantes, de los 192 que conforman la ONU, naciones nobles, según lo interpretamos, que nos entenderán y pronto sabrán la verdad de lo ocurrido y verán además, atónitos, cómo Honduras camina derecha y enhiesta hacia el camino de la Paz, el Amor y la Prosperidad. ¡Se equivocan todos aquellos que hablan de Golpe de Estado, se equivocan ingenuamente! Y Taiwán, haciendo uso de una racionalidad admirable, ha dado hoy el primer paso al reconocer a nuestro gobierno como *constitucionalmente elegido…*

»Por otro lado –acababa nuestro columnista, uno oriundo de Yoro que, para dolor de los obreros, se había camuflado toda su vida como izquierdista, aunque nunca hizo nada concreto salvo embobarlos para que jamás ejecutaran las huelgas que reivindicarían sus derechos por alcanzar una vida digna–, ya el Ejecutivo, a menos de cuatro meses, ha desembolsado 14,000 mil millones de lempiras a los sectores de la empresa privada, *para incentivar la producción*. ¡Qué diferencia la de este gobierno con el de Mel, quien, en cuatro años, apenas les otorgó 3,000 millones y se había embarcado en el sueño iluso de empoderar al campesino al ofrecerle financiamientos escandalosos sólo para que cultivaran tomates, cebollas, papas y pepinos! ¡Enhorabuena, Honduras, el cambio real se siente ya!».

¿Cómo oponerse a estas certeras y sesudas palabras?, te pregunto, mi apreciado fisgón. Ciertamente el *Mundo entero* apoyaba las acciones de nuestros arábigos amigos. Mas esto no debe importarnos, ¿para qué?, si vos y yo nadamos en una infinita abundancia. ¡Qué se preocupen los pobres, que son ellos a los que les desvalijan el pisto! Sigamos mejor con nuestro Enrico.

Luego de caer al suelo con la cabeza tenida en las manos, y de hacer correr a media ciudad por las calles, Enrico fue auxiliado por su compinche Casangel, el que, con su arte dramático, se había disfrazado de sicario y huido para después, en un acto de magia, volver convertido en buen samaritano. Llegó Casangel al lugar en un auto que le prestó doña Lilieth, les dijo a los guardias de la Cámara que era su amigo y que por tanto él haría los trámites de defunción, no sin antes ir a dejarlo a Medicina Forense, por la autopsia, y, de paso, pondría la denuncia en la Policía. Dicho esto, se consumó, a lo turco (como cuando quemaban las fábricas a propósito para cobrar el seguro), la fingida muerte de nuestro héroe.

–Te me vas a Tegucigalpa ahorita mismo –le dijo doña Lilieth en la noche–. Ya hablé con mi papá y estuvo de acuerdo. Le dije que vos habías trabajado con Faal'kusie y con todos los familiares de esta ciudad. Además, está urgido por encontrar un director financiero porque mi hermano como que le está haciendo la ponga.

»Tomá este pisto –continuó– para que te comprés un boleto en la *German*, rumbo a la capital. Allá te va a recibir Ramy, mi hermana, la que te va a dar posada.

»Ah –volvió–, y si se te aparece una tal Annie en esa casa o en la empresa, no le hagás caso, porque es la esposa Babaarak, el hermano del que desconfía el viejo y que funge como gerente general. Si te preguntan algo, decíles que hasta hace poco eras el presidente de la Cámara de acá.

»No se te olvide –le recalcó–. Ahora andáte y ya sabés que el sábado voy a estar con vos, mi amorcito, para que vivamos una segunda luna de miel.»

¡Oh, mi Enrico el Matamoros, callá, callá, y no sigás tentando al Destino! ¿Por qué, pues, un día estás abajo y al siguiente en las alturas? ¿Masoquismo, perversidad, o para no aburrirte de la vida? Yo no podría afirmar ni negar nada, salvo que, ya casi a la medianoche y luego de pasar una amplia gama de retenes militares a lo largo de la carretera, nuestro héroe era bien recibido por la encantadora Ramy en la terminal.

Por supuesto, era una muñeca de porcelana, delicada, finísima y con una blancura etérea que ennegrecería al más blanco y puro de los querubines del séptimo reino celestial. Vivía sola en su espléndida casa del Hatillo, célibe, muy dada al recato y la convencionalidad, en fin, una fruta prohibida servida en bandeja de oro.

–¿Es todo su equipaje? –le preguntó ella cuando colocaba en el asiento trasero el pequeño bolsón de nuestro matador–. Me imaginaba toda una remera de valijas.

–¿Remera? –le respondió en doble sentido el siempre pícaro de Enrico.

Empalideció aquel frágil capullo.

–Discúlpeme –prosiguió el matador–, pero no creí necesario cargar con todo el armario. Ya lo voy a mandar a traer con uno de mis asistentes en lo que resta del mes.

–Ah –dijo Ramy–. Por cierto, mi papá Affik me pidió que lo llevara a usted mañana, para presentarlo con la gente de la administración.

–Claro, claro.

La situación, como se ve, era incómoda y confusa, empero, a Enrico le parecía excitante. Llegados al Hatillo, lo condujo la preciosa Ramy al dormitorio que le había preparado por la tarde; sábanas de seda, tersas y límpidas, extendidas bajo un conjunto de almohadas orondas y sinuosas. Estaba encendida a media luz una lámpara cavilosamente larga y bien erguida.

–Este es el cuarto suyo –le dijo ella.

–¿Y el de usted? –le preguntó Enrico.

–El mío está al lado, junto a su puerta.

Oh Enrico, mi amado batallador, no busqués ya más la pasión sino la cordura. Al escuchar esto, nuestro héroe sintió la tensión de un nervio justo debajo de la ingle. ¿Habrá acaso algo más delicioso para un hombre que el cruce repentino de un pensamiento, no diría morboso, pero sí, digamos, instintivo, ante la presencia sola de una virgen ignara acerca de los recovecos del amor? Para un hombre probo como yo, no, ¡y Dios que está arriba en los cielos sabe que estoy lejos de decir lo contrario! Mas por Enrico no metería las manos.

–Y con su permiso –le dijo Ramy–, voy a darme un baño de agua caliente.

Nulo es que diga lo que sintió Enrico en sus entrañas. La vio fijamente a los ojos, como buscando correspondencia. Ramy le sonrió virginalmente.

–Si quiere le preparo la tina para que se tome uno –volvió ella a atizarlo.

Éste blanqueó los ojos. ¿Qué trama Ramy?, reflexionó: ¿Tal vez hacerle la misma pasada de Babalija? «No, no caeré en la trampa?», se dijo.

–¿Sabe que mi hermana Lilieth me ha hablado mucho de usted? –siguió la doncella.

–¿Ah sí? –dijo Enrico, gozoso, pues había ya una forma de entrar al ruedo.

–Sí. Sé que es un hombre sano y trabajador.

Enrico craneó: «Ja… ¿Hacia dónde me lleva?».

–De seguro que le será muy útil a mi papá –acabó Ramy saliendo por la puerta.

Nuestro matador quedó desconcertado y la siguió con la mirada.

–¿Quiere su baño todavía? –le preguntó volviéndose la dulce arábiga y girando suavemente el pomo–. Voy para allá.

Entonces captó nuestro héroe algo interesante que flotaba en el ambiente, y que, pasadas ya extensas jornadas entre cuadrillas y corridas, descubrió fácilmente en aquellos ojos marrones.

«Sin embargo», pensó, «no lo creo posible».

–Gracias –le dijo Enrico–. Acabe usted con el suyo primero.

–Está bien –respondió la iluminada Ramy alejándose de la habitación.

¿Qué decir o cavilar ante la conducta provocadora de la intacta Ramy? Yo digo que nada, pues considero que hasta ahora la situación ha transcurrido en plena y pudorosa calma. Mas Enrico, inflamado, corrió a la puerta y dejó la hoja a ras del quicio. Por poco se le caen los ojos cuando vio a aquella dríade caminar desnuda hacia el baño. Era hermosísima, pechos grandes, rígidos, sostenidos por una cintura estrecha que se curvaba perfectamente en los bordes de una cadera ancha y maciza.

Entonces acometió, no sé yo si por la edad, cuyos años empezaban a pesarle, una práctica que considero vulgar: al verla a través de la ranura, se desnudó él ahí mismo y cubrió apenas su sexo con una toalla. Como bien suponés, mi querido leedor, la esperaría salir de la regadera, quizá en veinte minutos, la enfrentaría en un cuarteo al cite de la barrera, como los grandes matadores, y dejaría caer la muleta[20], es decir, la toalla, por accidente, dejando al descubierto el estoquillador ante la hipotética vista depredadora de la dulce Ramy.

E iban las cosas resultando como las había maquinado, mas la dríade, afuera ya del cuarto de baño, y para aturdimiento de Enrico, escuchó en el fondo, sobre el tocador, el sonido de un teléfono y regresó sin siquiera haberle dirigido la mirada.

–¡Enrico! –escuchó después con asombro la voz de Ramy aclamándolo desde de la artesa–. ¡Tiene llamada! ¡Atiéndala! ¡Es de Lilieth!

Volvía al cuarteo nuestro matador, enfilándose carialegre hacia la tinaja, donde seguro la encontraría esperándolo enjabonada en espuma; saldría victorioso de esta becerrada, lidiaría gustoso a aquella novilla.

–¡Ahí tiene usted en su mesita de noche la extensión del teléfono! –le gritó Ramy, segundos antes de que éste alcanzara la puerta, encornándolo.

«¡Mierda!», exclamó Enrico.

No obstante, el día siguiente fue realmente provechoso. Don Affik Mussad, el presidente ejecutivo de «Nachos y Frituras, S. A.» lo recibió como a un hijo.

---

[20] Tauromaquia: capa roja por fuera y amarilla por dentro y que sirve para esconder el estoquillador.

–Vos sos Enrico –le dijo–. Vení –lo tomó del brazo y sentó en la sala del Consejo de Administración–. Esto es lo que quiero que hagás:

»Mirá, quiero me reportés cada cheque que firme Babaarak y a qué cuentas de banco gira los depósitos en efectivo de las ventas.

»Echáles un ojo a estas partidas de la empresa –le alcanzó una hoja de los Estados Financieros–. Si vos ves que sale pisto hacia otro lado y que no aparezca en estos informes, me lo comunicás en el acto. ¿Entendido?

»No es que le tenga desconfianza a mi propio hijo –continuó–, pero es que a veces estos jodidos, de tan a gusto que están, se ponen a gastar a lo loco. La vez pasada lo agarré en el aire con una cuenta que decía “Inversiones en Afiliadas”. ‘¿Qué es esa mierda?’, le pregunté. ¡Y me salió diciendo que había invertido en la compra de unas máquinas para hacer confites! ¡No, ’ombe! ¡Si aquí sólo sabemos hacer churros…!

Estaba afanado el viejo turco dándole clases de finanzas a Enrico cuando entró una bella rubia de ojos azules. Era Annie, la mujer de Babaarak, que ostentaba la jefatura de planta.

–Bue-nos d-ia-s –irrumpió con ese tono gringuito que marca con fuerza las consonantes y crea involuntariamente un sinfín de diptongos.

–¿Qué querés vos? –le preguntó molesto don Affik.

Ella pareció arder del enojo, aunque pronto, puesta la vista en Enrico, enrojeció más y dibujó una media luna carnosa debajo de aquella naricita respingada.

–Necesito preservantes para los snacks, don Mussad –le contestó en un español masticado pero gramaticalmente correcto–. Venía a decirle que mañana va a llegar la gente del Ministerio para verificar lo del Permiso Sanidad.

–Dejáme tranquilo, Annie –le dijo don Affik–, que estoy ocupado con el nuevo director financiero. Hablá con Babaarak.

–¿Oh, nuevo? –exclamó, y dirigiéndose a nuestro Cid–: ¿Usted se llama…?

–Enrico Prados.

–¿Prados? Hummm… –musitó–: ¿Verlo seguido entonces por acá?

–¡Sí, mujer! –le contestó don Affik–. ¿No te estoy diciendo que va a trabajar con nosotros pues?

–Perdón, sorry, perdón –dijo ella.

Enseguida apareció Ramy en la oficina.

–Hola, papi –lo saludó.

–¡Vaya! –rechinó los dientes don Mussad–. ¿Y es que no puede uno ser feliz siquiera un día en la vida? ¡Puta, ’mano! ¿Y a vos qué mosca te picó?

–Sólo quería informarte que ayer hablé con el gerente de la sucursal de San Pedro, don Elías, y me dijo que si le podías enviar algunos quintales de papa fresca porque hay poca en inventario.

–Bueno –dijo haciéndose el amargado–, ¿quién es el gerente de esta empresa? ¿No es Babaarak, tu hermano? ¡Yo más bien debería estar sentadito en una silla viendo tele y echando humo en la casa! ¡Llamáme a Babaarak, llamámelo!

–Salió, papi.

–¿Adónde?

–Dijo que iría a una reunión política de Pepe Bolo y Selvin Gatos… Por lo de aquello, papi…

–¡Vaya! –exclamó–. ¿Sabés qué? Llamáte a este jodido que es presidente de las cooperativas de productores de papa, el de La Esperanza, y decíle que me envíe un furgón para mañana.

–¿Y a usted, Enrico –le preguntó Ramy–, cómo le ha ido hoy?

–Mirá vos –se le adelantó don Affik–, güirra loca, andá ve mejor si ya parió la venada. ¡Y vos también, Annie, andáte! Sigamos, Enrico…

Conforme a los eventos que hasta aquí hemos visto, nuestro Cid vivía ya una Edad de Oro, o su Leyenda Personal, como escribiría Coelho. Tan bien le iba, que Babaarak, Ramy y la gringuita Annie convencieron a don Affik para que fuera Enrico el encargado total de las finanzas. Es decir, que fuera él quien firmara los cheques, supervisara los bancos y decidiera sobre las inversiones. Don Affik, claro está, no aceptó, pero luego, un día soleado, Babaarak lo abordó para darle la buena nueva: de que él era firma ya de la empresa.

¡Días de gloria!, exclamaba nuestro Cid. Manejaba las operaciones de la empresa al dedillo. Y acaso lo único que lo desesperaba era pasar los fines de semana –períodos en que Ramy emigraba hacia Miami donde estaba sacando una maestría en Relaciones Industriales– encerrado en el cuarto con nuestra publicista de doña Lilieth, que no dejaba de repetir a cada momento, bocarriba:

–¡Olé, una parada con estilo![21]

Ya en los días de semana, por las noches, solía pensar en la sensualidad impoluta de Ramy, a quien por más que la toreara, le había sido imposible picar, a pesar de los pases cambiados que le hacía durante las noches, antes de dormir, y por la mañana, a la hora del baño. Creyó entonces que, en ese punto, estaba perdido, y mejor le era vivir en la más rigurosa castidad posible, esta vez sí empleó toda su fuerza de voluntad al cavilar en ello, mientras arrugaba el rostro.

Sin embargo, ¿siempre hay un *pero* en este mundo, verdad?, cierta noche, de esas de noviembre que son heladas, frías y cerradas, salió a tomar el fresco junto al balcón. Lanzó una mirada al cielo, que estaba nuboso, por desgracia, y vio ante sí el reflejo de su pasado. «¿Por qué existo y para qué?», se preguntó, algo que a mí, como narrador, me dejó atónito. Es decir, semejantes preguntas metafísicas están vedadas a seres tan frívolos como nuestro Enrico. Peor aún: «¿Tiene algún sentido mi vida o la de los demás?», se dijo, y al tiempo que se decía esto, se pasaba la mano por las mejillas.

Si eran los espíritus de Hegel o Descartes los que se habían apoderado de él, yo no lo sé, pero sí que me sacó un gran susto con tales reflexiones. Pero había todavía más: «¿Por qué hay tanta desigualdad en el Mundo? ¿Será que Dios castiga a la gente, por mala, condenándola a vivir en la pobreza? ¿O es la pobreza obra del Diablo?». A mí, en lo personal, estas cavilaciones me dan hasta frío. «Pero lo que yo he visto en este mundo», craneaba, «es que el más malo con la gente es el que más dinero tiene. O sea, viven como ricos aquellos que sólo piensan en el dinero, aquellos a los que no les importa ni por joder el bienestar de las criaturas de Dios. Que se me hace que esto del dinero es obra del Diablo, pues todos los poderosos que he conocido son grandes pícaros y crueles, deshumanizados, con doble moral, y hasta se ríen de Dios a sus espaldas. Es decir, estos jodidos no tiene corazón ni compasión por nadie, sólo por sí mismos…»

Yo, en cambio, mi amado lector, me hacía la siguiente pregunta: ¿Cuántas horas le durará a Enrico este sobrecogimiento espiritual? Estoy seguro de que si Ramy le saliera al paso en este

[21] Juego de palabras: «Olé», aliteración de *Hello*, la revista que gerencia doña Lilieth. «Parada», del inglés *Parade*, es decir, desfile exótico, sensual, del tipo Gay Parade, donde el erotismo salta por doquier. Aunque aquí la denotación de la oración es taurina, la connotación erótica es evidente.

momento, olvidaría en un tris lo que estaba madurando. Y cómo si ésta me estuviera escuchando, enseguida vio Enrico una sombra que daba pasos a tientas por debajo del balcón, oculta entre los ramales del jardín. Por supuesto, semejante contingencia lo sacó de sus abstracciones. ¿Qué será?, se preguntó. ¿Un alma en pena? Mas hubo otra cosa que lo desconcertó: sujeta al mirador de su ventana, había una especie de escalera.

«¿Acaso he sido espiado todos estos días?»

Bajó del palco y se decidió por atrapar al fisgón, mas luego de una escaramuza que advirtió por entre los arbustos, escuchó el chillido de unas llantas y el pedorreo de un escape. Quedó pensativo nuestro Cid: ¿quién demonios estaría interesado en conocer mis movimientos? Se fue al garaje de la casa, a inspeccionar los vehículos.

«No, no es Ramy», se dijo tristemente.

En tanto, con el paso de los días, Enrico se olvidó del asunto, aunque subconscientemente no dejaba de alarmarlo. Una tarde de mediados de noviembre, recibió una llamada de doña Lilieth:

–¿Cómo estás, corazoncito? –le dijo ella.

–Bien.

–Fijáte que necesito que me hagás un favor…

–Dígame.

–Yo no sé si mi papá te dijo que le enviaras unos cheques a mi esposo Mikael. Es por lo de la publicidad de las marcas.

–’Pereme –le dijo Enrico bajando el teléfono al escritorio y buscando entre los documentos por pagar; un minuto después–: No, doña Lilieth, no encontré nada.

–Ah –le dijo ésta–, entonces te voy a enviar las facturas…

»Ah, Enrico, ’perame, no me colgués. Éstas que te envío no son de *Hello* sino de otra empresa nueva que montó Mike hace como seis meses: *Lupus*, así se llama.

–¿Su papá está al corriente?

–Uy, sí, vos. Él sabe todo, y Babaarak también. Suman como doscientos mil, fijáte, a treinta y tres mil el mes.

–¿Y por qué tanto? –le preguntó extrañado Enrico.

–Vos sabés que el papel y la tinta están caros, y una línea piruja en un clasificado no te baja de menos de veinte pesos. Ajá, y ponéle que nosotros hemos sacado páginas enteras, a colores, todos los días, mostrando los productos con arte elaborado por diseñadores gráficos, profesionales. Sumále a eso los gastos de operación, administración, bueno, se te hace una cuenta larga.

–Bueno…

–Ah, mirá ve… –lo contuvo doña Lilieth–. El cheque que salga a nombre de *Lupus*.

Nuestro amado, pues, se había convertido en un eficiente oficinista, uno leal que nada podría envidiar, digamos, a Maquiavelo, o al presidente del Congreso hondureño, un tal Sobalevilla.

Al día siguiente apareció Babaarak saludándolo:

–Mi querido Enrico, ¿cómo estás? –desde la puerta–. Con vos quería hablar, fijáte.

–Dígame.

–Necesito hacer una partida financiera.

–¿De qué se trata?

–Es que mirá –continuó sobándose la quijada–: la Cámara de Comercio de Tegucigalpa, por medio del Fondo de Inversion, nos va a transferir treinta millones de lempiras.

–¿Y eso?

–Viene de los recursos que el Gobierno destinó para incentivar la producción. Vos sabés que con esta crisis económica nos ha llevado putas.

–Entiendo.

–El chiste es que mi papá y yo hemos pensado invertir parte de ese dinero en la compra de unos condominios en Miami. ¿Me entendés? Invertís en lempiritas y ganás en dólares…

–O sea que don Affik ya está sabido.

–Sí, hombre –le respondió acercándose al escritorio: agarró un bolígrafo y se puso a jugar con él–. Y por eso venía a avisarte.

–¿De cuánto es la inversión? –preguntó Enrico.

–Por ahorita, de quince –firmó al desgaire un papelito–. Cuando caiga más de la Cámara vamos a invertir otros quince.

–Bueno –dijo el Cid–, si ya esto tiene el beneplácito de donAffik, pues hay que darle trámite.

–Vos sos vergón, Quico –le dijo riendo Babaarak.

Nuestro amado creyó haber visto a don Ibrahim o a don Abudiya en aquella sonrisita melodramatica.

–¿Cómo se llama la empresa americana? –preguntó Enrico.

Babaarak, inopinadamente enrojecido, le contestó:

–Mirá, la operación la vamos a hacer así: vos recibís el dinero del Gobierno y lo depositás en el banco de los Kakati, después vas a ir sacando cheques por partes, a nombre de Lupus, una empresa de San Pedro.

–¿Lupus? Yo conozco ese nombre. ¿No es una empresa de Aljarach? Creí que era de publicidad.

–Lo es –respondió Babaarak–, pero ya sabés cómo es este turco de loco. ¡Esa mierda hace de todo, hasta negocia con bienes raíces! –lucía nervioso y hasta sudaba–. Vos hacé la operación como te dije, y vas a ver que todo sale pijudo.

Enrico, sin embargo, no quedó convencido; de alguna forma, los nervios de Babaarak le delataban algo. Decidió consultar con el viejo Mussad.

–¡Ahorita no estoy para ningún pendejo! –gritó el árabe desde su escritorio.

Este amable recibimiento desencajó el ánimo de nuestro Cid. No obstante, debo escribir aquí que nuestro héroe no estaba informado apropiadamente de varias cosas, entre ellas, la de que los condominios de los que hablaba Babaarak no eran más que townhouses construidos por una empresa que pertenecía a su mujer Annie, la gringuita, quien por cierto, no había dejado siquiera un día de asistir a la casa de Ramy, en el Hatillo, tras la caza de los huesitos de Enrico.

Éste, por su parte, no había querido, aunque la tentación lo corroía, ejecutar ningún lance con la ojiazuli norteamericana, pues, se decía, debía respetar la púdica casa de Ramy.

Empero Annie, empeñada en sufrir los estoques del Cid, aparecía siempre después de las seis, "a ejercitarse en sus clases de meditación", bajo la frescura de la glorieta del jardín.

Incluso le pidió a Enrico que la acompañara "a descubrir los secretos de la Doctrina Secreta, los misterios esotéricos encerrados en la Biblia y la divinidad de la Nueva Era"

Así Annie acogía a Enrico vestida en bata blanquísima de una sola pieza, casi transparente, que dejaba mucho a la concupiscencia, debajo de la rotonda, cuyas columnas, que eran diecis-

éis, sostenían una serie peculiar de emblemas y signos esotéricos, tales como esvasticas hindúes, Khrisnas desnudos, monadas etéreas, y más aún, el retrato enigmático de un barbudo Nostradamus.

Y no es que ella estuviera al tanto de las técnicas de lavado de cerebro perpetradas por la administración estadunidense al Mundo, pero ¿cómo no podría ser esto sospechoso?: En la parte inferior de cada insignia esotérica, precisamente en las del Bien, había un emblema, disfrazado sutilmente, del escudo aguileño o la bandera de Estados Unidos. En cambio, en las del Mal, aparecían los retratos en agua de Hitler, Bin Laden, el de Corea del Norte y del presidente del Partido comunista de China.

–Según Nostradamus –le explicaba Annie– y las profecías mayas e hindués, aparte de otras en los rincones más apartados del planeta, el 21 de diciembre de 2012 es el fin de la Humanidad.

Enrico, el muy escéptico, le respondía:

–Pero eso no sale en la Biblia.

–Vos no respetás nada –le contestaba Annie–. ¿No has leído el Apocalipsis y visto con tus ojos los maremotos y terremotos que nos abaten?

–Según he leído, se trata de un movimientos de placas tectónicas, algo normal en el funcionamiento de la Tierra. Ha habido catástrofes peores en la Antigüedad.

–Vos no sabés nada –le respondía Annie–. Leé a Nostradamus, escuchá al apóstol Ardemal y vas a darte cuenta de que el fin se acerca. ¡El Anticristo ya está en el Mundo!

–¿En serio?

–Nostradamus –prosiguió Annie–, el más grande profeta después de San Juan de Patmos, lo ha dicho. Y le creo, pues él nos advirtió sobre la llegada de dos anticristos anteriores que atacaron y casi acaban con el Imperio de la Libertad, que es América[22]…

–La Biblia sólo habla de uno.

–Callá, Enrico –lo regañaba Annie–, antes de que vayás a arder al infierno.

–Nostradamus –dijo Enrico–, se ha hecho famoso porque el History Channel lleva como diez años sacándolo al aire casi todos los días. Además –continuó–, yo una vez, en la imprenta de mi tío, leí las cuartetas y no hablaban de Estados Unidos, porque no existía, ¿cómo pueden afectarle estas teorías? Nostradamus hablaba de Roma, Francia, Alemania, y de los países que había en ese tiempo. De hecho, lo que él profetizó cualquiera lo puede hacer. ¿Querés que te profetice que los latinos se apoderaran del Imperio gringo en el futuro?

–¡Vade retro, Satana! –exclamó Annie, espantada; luego serenándose–. Si no le creés a Nostradamus, entonces creéle a Bueno de la Mezquita.

–¿A quién?

–Al profeta científico –le expuso Annie–. Él hace sus predicciones utilizando un sistema de algoritmos que aplica a las ciencias sociales, que él llama "duras".

–¿Y cómo saber de él?

–Mirá el History Channel? –le dijo Annie, muy seria.

Enrico se echó una sonora carcajada. "Me recuerda al doctor Seldon con sus psicohistoria".

–No te rías –lo reprendió Annie–. Nada hay más peligroso que menospreciar las profecías de los santos y la antigua sabiduría hermética.

[22] O sea, Estados Unidos de América.

Y diciendo esto, incorporándose, comenzó a levantarse la transparente bata.

–Soy el Imperio –le dijo gravemente–, su Cleopatra, la divina diosa de la fertilidad y guardiana de las tradiciones, y a vos, tal como a Julio Cesar, se te pide que le rindás honores.

Como dicen, cuando la de abajo se para, la de arriba no piensa, Enrico zarandeó su muleta. Estaba a pasos de la estocada, cuando se escucharon pisadas en el pasillo. Ambos volvieron a sus posiciones hindúes.

Era Ramy que, alegre, se unía a la meditación. No puedo ocultar el hecho de que el Cid, al verla, se sonrojó. Sí, le gustaba, mas ella, siempre recatada, lo evitaba al primer signo de insinuación.

Meditando santamente entre aquellas dos endiosadas mujeres, Enrico creía encontrarse en el pináculo de su bienaventuranza, tanto que ni siquiera supo que su amigo Mel había vuelto secretamente a Honduras, dejando en burlas y ante el orbe la incapacidad de la CIA y la inteligencia israelí que manejaban la política de seguridad nacional. Tampoco rozaron sus oídos las noticias de que al menos 120 personas había caído asesinadas por la brutalidad de la Dictadura, mucho menos se le cruzó por la mente saber que el pueblo se estaba muriendo de hambre y sin empleo, envuelto en una vorágine de convulsión social.

Se interesaba más por los pechos erguidos de Annie y las piernas atléticas de Ramy. Entrecerrando las pestañas, "proyectando su mente hacia el punto blanco", pronto el cerebro se le abarrotó de todo tipo de imágenes sin sentido. Aparecían de la nada, algunas lo hacían sobresaltarse, empero hubo una que le desgarró el alma: la de Mirta. Abrió rápidamente los ojos y trató de olvidar el suceso; aquella jugada del subconsciente le aplacó los instintos de matador.

Mucho peor, aquella imagen se le desveló ser una de mal augurio, ya que, a la semana siguiente, don Affik irrumpía en su oficina aventando la puerta:

–¿Me podés decir qué putas significa esto de "Lupus"?

Lo vio, desconcertado.

–Babaarak me dijo que usted…

–Si serás maje, vos –lo increpó Mussad–. Ya me jodieron otra vez estos güirros –se lamentó–. Vos, sí, vos me pagar por esto –acabó amenazándolo.

Y salió el árabe encachimbado. Enrico, que volvió a conocer el infortunio en la rapaz sagacidad arábiga, afligido, quedó ladeándose la cabeza.

"¿A qué sentarse a llorar por la leche derramada? –musitó–. Si esto es entre familia".

Decidió serenarse al caminar por la planta de la fábrica; casi toda estaba tecnificada y el grueso de obreros se encontraba en la bodega. Se acercó a una máquina de mezclas y veía la sorprendente habilidad de aquel portento.

–Enrico –escuchó atrás de su espalda–, Enrico mío. Soy yo, Annie, la que te espía por las noches. ¿Qué te trae por aquí, cielo?

–Ando despejando la mente.

–Bien lo decía mi horóscopo chino –dijo Annie–: "Tu larga esperanza se derramará hoy".

Es innecesario que diga que Enrico captó cabalmente aquellas palabras.

–El mío dice lo contrario –le contestó el Cid, conteniéndose.

–No es así, querido –siguió avecinándosele Annie–, las runas hablan de la unión y el amor.

Al decir esto, los botones de la camisa se desabrocharon casi sobrenaturalemente.

–Tomá –le dijo Annie– lo que el Imperio te regala. ¡Hacé, hacé, Enrico mío, que vuele esa águila calva!

Se le encimó tal si fuera la Samira de su primera juventud; el Cid, en una media verónica, puso a Annie en patas abiertas y manos extendidas, mientras se abalanzaba en furiosos estoques. Sin embargo y como le sucedió muy a menudo, en una vergüenza compartida, la virginal y continente Ramy hizo su entrada pues, desde la oficinita de control de calidad, husmeaba la escena.

¿Para qué entonces describir la estupefacción que invadió la piel de la doncella? No sólo diré que se desnudó en el acto, que se bajó el blummer y arrojó el sujetador a diez metros, no. Se allegó a Enrico casi reclamándole:

–Hoy vas a darme de probar esa paloma de maíz.

”Antes –avanzó–, voy a darte de mis nachos con queso…”

–Gocémonos antes de que venga el Tercer Anticristo –exclamó la esotérica y tremenda Annie.

–¿Tercer? –preguntó Enrico bajo las caderas de Ramy.

–¿Y Napoleón Bonaparte y Hitler pues? Esos fueron los dos anteriores…

–¿Y adónde queda George Bush y Obama? –demandó Ramy jadeando y electrizada por la lengua del Cid y recordando las cuartetas de Nostradamus–. El profeta habla de Mabush o Mabus. ¿Sacá la cuenta?

–¡Hereje! –la contradijo Annie–. Mabus se refiere al negro de Obama, que es primo de Osama Bin Laden.

–Cómo sea –les dijo Enrico cambiándolas de posición–. De lo que pueden estar seguras es que les voy a dejar la Luna roja y el Sol apagado…

Lo hubiera hecho, de no haber sido porque, acalorados, llamaron la atención. En un tris tenían a don Affik y Babaarak enfrente. Al encontrar éstos a la gringuita de Annie meciéndose en la cara de Enrico y a Ramy estremeciéndose en sus muslos, nuestros torinos y encornados bereberes se abrazaron el uno al otro, viéndose a sí mismos, mientras lloraban clamando:

–¡Ay Dios mío, ya nos clavó la vara el picador!

El Cid, por supuesto, pretendió huir, mas los guardias de la empresa lo detuvieron.

–Al fin caíste, matador –le dijo don Mussad–. Ahora te vas a pudrir en la cárcel.

Como escribidor, debería decir que desde aquí hubiera empezado con la novela, no obstante quería dejar el misterio para el final. ¿*Era el fin*, como gusta escribir el escritor Valentino en sus relatos de ciencia ficción, de Enrico? Yo diría que sí, mas ciertamente no lo era.

Detenido y enviado a una posta policial del centro de Tegucigalpa, acusado por don Mussad de malversación de fondos, fue encarcelado hasta que se le abriera juicio. Entre las alegaciones de don Mussad destacó aquella en que nuestro héroe había desviado fondos a una empresa fantasma llamada *Lupus*, propiedad del acusado.

–¡Esa compañía es de doña Lilieth y Aljarach! –se defendió en el tribunal.

–Las actas de fundación alegan lo opuesto –le dijo el juez–. ¿No se hace usted llamar Enrico Prados? Aquí dice que es el dueño y gerente de la misma.

–¡Esa no es mi firma!

–¿Y ésta no es su partida de nacimiento ni su cedula de identidad? –repuso irónicamente el togado–. Vea los documentos usted mismo.

Amargamente, se dio cuenta de que había sido víctima de una conspiración. He de decir que dentro del auditorio del tribunal de sentencia sobresalían, por su ornamento y seriedad, el cardenal Rodiles, el apóstol Ardemal, don Ibrahim, don Alí, Abudiya, Raffik, y toda la parentela arábiga que se plegaba *en este momento de crisis que vivía la familia Mussad*. Ah, el juicio había sido televisado a nivel nacional y muy comentado en los periódicos.

Enrico pasó del Paraíso al Infierno, y fue presentado al público como el más grande pervertido hereje y ladrón de la Historia del país. Hasta se decía que era el segundo de *Picodeoro*.

–Estás frito, vos –le recalcó don Mussad cuando éste salía esposado por pasillo, ante la felicidad y suma satisfacción de sus parientes.

La desgracia, sí, se había apoderado del Cid y tan seguro estaba de ello, que creía que sería eterna y que nunca lo abandonaría, aguijoneado todavía más este presentimiento por la fetidez de la pocilga donde vivía encerrado.

–He aquí el fruto de mi ignorancia –reflexionó–. Hoy voy a pudrirme en este agujero y en la esclavitud.

No obstante, se equivocaba nuestro héroe, pues la suerte exigía que el mal le fuera endiabladamente desfavorable, ya que, según se desarrollaba una reunión secreta en casa de Faal´kusie, que celebraba junto a la turcada por el encarcelamiento de Enrico, éste había decidido el día y hora de su muerte.

–Cómo un vasallo se atreve a poner en mal nuestro poderío –les decía a su camada.

–Yo me voy a quebrar a ese jodido –irrumpió Babaarak.

–Dejáme ayudarte –le dijo Faal´kusie–; sé cómo hacerlo del modo más silencioso y limpio posible. Y vos te vas a ofrecer para que ello suceda –continuó echándole la mirada a Raffik, el esposo de Betty–, ¿entendido?

No escribiré que al punto se enfrascaron en una prolongada y fastuosa fiesta, hasta el amanecer.

¡Oh Destino, malhaya la hora en que Enrico fue expulsado de aquel instituto! ¿Por qué pues no dejaste que siguiera estudiando para así haberlo visto convertido en el perfecto autómata, obediente y sin la menor perspicacia, con la estampa de un esclavo estúpido que sirve a fielmente a sus señores? Hubiera preferido esto mil veces que verlo ahora al borde del asesinato, destruido.

Una fría noche, antes del juicio final y para ser más preciso el día en que Juan Barahona pedía al Pueblo que no votara en las elecciones montadas por la Dictadura, Enrico vio aterrado cómo abrían los portones de su celda.

"La tortura y la muerte", susurró trágicamente.

De verdad que nadie podría pensar lo contrario. No había ruido alguno en el mísero cubículo, ni policías alrededor, sólo una nefasta y tenebrosa figura oscura, abigarrada en un mantón negro y con capucha en forma de cono, que se le apostó cerca del rostro.

–Máteme de una vez –le suplicó Enrico–; no quiero sentir el dolor.

Sacó el mensajero de la muerte un gran cuchillo desde el interior de sus ropas.

–Oh Señor –bramó el Cid–. Ha llegado la hora.

Vio al espanto blandir la hoja en el aire y dar un paso lento, mortal.

¿Cuáles serían los últimos pensamientos de nuestro héroe?, preguntarás vos, amado lector y yo hago lo mismo.

No obstante, el terrible verdugo no andaba con humor para dar tregua o contestar preguntas. Enrico, temblando, retrocedió y tropezó con el sucio colchón que ocupaba de cama, para de inmediato erguirse y arrimarse junto a los barrotes de la ventana.

–¿Quién te envía? –lo requirió, exánime–. Necesito saberlo antes de morir.

Fuen entonces cuando Enrico lo vio venir: en una rápida maniobra, en medio de la lánguida luz de luna y la oscuridad de la noche, el fantasma del horror soltó el cuchillo para ensartarlo de punta al lado de su cabeza, en la pared, al tiempo que se escuchaba el chirrido de un zipper

que bajaba desde el cuello hasta los tobillos del capuchino, dejando al descubierto un cuerpo digno del Nacimiento de Venus de Boticelli.

–Me manda a matarte el amor –le dijo el verdugo que en segundos se había transformado en diosa.

–Oh Betty –exclamó en un suspiro Enrico.

Apenas podía pronunciarlo, sumergido, forzadamente y al compás de otro milisegundo, bajo las caderas encurvadas y los pechos rosas de su amada judía.

–Hacéme tu mujer –le rogó ésta bamboleándose.

–¿Y el cuchillo? –preguntó un preocupado Enrico.

–Jamás haré lo que un árabe me pida –le dijo–. Te amo, Enrico, te deseo… Vendrás conmigo, escaparás a mi lado…

–¿Ahora?

–No… –repuso–, el día en que te dicten sentencia. Voy a estar esperándote en una esquina de la Plaza de las Mercedes.

Claro que se cobró el Cid el duelo a medias que lo aturdía desde la vez en que abandonó los Cayos Cochinos. Se gozó a más no poder en sus cabellos negrísimos, el de perderse en su ombliguito redondo y el de beber del oasis en aquella jornada desértica.

¿Qué pensar sino que nuestro héroe era el hombre más suertudo del mundo? Mas te equivocás, lector apreciado. Después de culminado este lance tan esperado, Enrico fue cruelmente enjuiciado y tratado con la mayor de las durezas posibles. Ya casi moría de inanición cuando fue llevado al Tribunal a recibir la sentencia definitiva, la que lo enviaría por treinta años a la prisión de Támara.

Obviamente, ese día la Sala de lo Contencioso fue saturada por la berberisca, que disfrutaba de ver a Enrico hecho una piltrafa humana, flacucho y menoscabado. Cierto es que no habían podido asesinarlo en la celda, pero se había presentado otra oportunidad, la calle.

«EN CONSECUENCIA, este Honorable Juzgado, en facultades otorgadas por las leyes de la República de Honduras, SENTENCIA:

»QUE EL sujeto que se hace llamar Enrico Prados Prados es culpable por malversación de fondos y lo condena a 30 años de reclusión en la Penitenciaría Nacional de Támara…»

Se sabía que la concurrencia hasta se levantaría de los asientos para aplaudir al togado, que era familiar del presidente de la Corte Suprema, quien a la vez era primo en segundo grado del presidente del Congreso, gran amigo, hay que decirlo, del vicepresidente Vasco Nadaser.

Sacaron a nuestro héroe, en chachas, del juzgado, más denostado que nunca por el auditorio y operadores judiciales por igual.

Y fue allí también, luego de bajar las gradas del edificio, que las masas, sobre todo los hombres de la Resistencia, y a quienes Enrico les había dado la espalda no hace mucho, se lo arrancaron a la berberisca, que ardió de la furia.

Para cuando Enrico era subido a la tarima principal de la plaza e inundado por cientos de calzones y sujetadores femeninos, don Mussad y su turcada caminaban autoritarios por la calle, encachimbados y protegidos por la policía y soldados del Ejército, empeñados en darle el bien merecido castigo al Cid.

–¡Pijéenme a esos cabrones! –les ordenó a los elementos armados en clara alusión a los miembros de la Resistencia.

La muchedumbre percibió el señalamiento como una afrenta y formó una compacta barrera humana.

–¡Carguen bombas! –gritó un oficial a su brigada–. Apunten, ¡fuego!

¿Qué anotar al respecto? ¿Civilidad policial o barbarismo estatal? Como testigo, debo decir solamente que el evento convergió en una batalla campal. Los árabes, por supuesto, tal si fueran los tiempos de Roma y los gladiadores, se placían de ello, en tanto que Enrico, todavía en el estrado, lanzaba una mirada amplia sobre el desarrollo de los acontecimientos.

¿Qué era lo que veía? Esto: vio a su gente, empobrecida y hundida en la ignorancia, esclavizada por la miseria antes que libre de expresar su descontento, vio también a sus perseguidores árabes aristocráticamente vestidos y ricamente enjoyados, vio igualmente a las autoridades lucirse como los más bajos bárbaros, vio, esta vez muerto de la risa, cómo un obrero le daba una patada en el culo a Vasco Nadaser, vio asimismo por la televisión apostada en un carro parlante cómo era expulsado el arrogante embajador hondureño de la Asamblea de la ONU, y aquello le dio más risa, vio, esta vez sintió como le infundía valor, a su inquebrantable amigo Mel, a pesar de haber sido torturado con gases tóxicos y armas sónicas, salir a saludar a su pueblo desde la terraza de la embajada de Brasil, vio, para el mayor de sus contentos, el auto todoterreno de Betty esperándolo en la esquina de la plaza para escapar juntos, pero vio, y aquí sí sintió que se le partía el corazón, la visión llorosa de una Mirta, metros adelante y en la misma trayectoria de Betty, que recogía sus manos al pecho.

–¡Mirta! –vociferó con la fuerza entera de su alma, atónito y con los nervios en palpitación cabalgante.

–¡Enrico! –oyó venir del fondo, en la voz de una apurada Betty–: ¡Corré, rápido, veníte conmigo!

Un dilema irreductible, dirías vos, y estoy de acuerdo. Se le presentaba en ese momento el mismísimo Destino en persona: ¿O escapaba con Betty a gozar de una vida regalada y pomposa, o se decidía por Mirta, lo que suponía el principio de una extremada e imperecedera pobreza?

Se bajó nuestro Cid del estrado, gravísimo; abajo lo aguardaban el Hado y un desastre humano de proporciones rocambolescas, brazos, manos, bolsas de agua, piedras, bombas y toletes con clavos para desgarrar carne.

Enseguida advirtió que don Mussad y la berberisca luchaban con tremendo ímpetu por abrirse camino entre los guerreros, y al tenerlo a él en la mira se abalanzaron a trote prendido.

Sucedió entonces lo impensable. Enrico pegó un alarido de coraje tan alto, que llamó la atención de las masas, la policía y el ejército. Su postura se elevaba, enhiesta, bravía, y comenzó a alzar los brazos elegantemente, tal como corresponde a un matador de su género: lidiaría a los toros arábigos en un cuarteo de frente, sin muleta ni capote…

Éstos se acercaban desbocados, expulsando rabia por sus narices, prestos a cornear a aquel orgulloso pecho; mas, a pasos del matador, algunos de la Resistencia, perspicazmente, cruzaron sus pies entre las patas de los bovinos, que cayeron arrastrados justamente a los pies de nuestro señorial torero.

Enrico, magnificente, tal como algún día lo había soñado, grande e imperturbable, sosteniendo su implacable vara en las manos, perpetró esa tarde su legendaria e inolvidable estocada:

–¡Viva la indiada, árabes hijos de puta! –exclamó victorioso, apagada la voz por la celebración del pueblo.

–¡Eeeeehhhhhh! ¡Olé matador, olé matador, olé matador!

–¡Agarren a Enrico! –pidió la adolorida la turcada.

Era tarde. El Cid corrió derechamente hacia al auto, no por Betty, sino por Mirta, a quien abrazó y besó sin cansancio. Ella era su verdadero amor. Giró la testa para ver a los suyos, al

tiempo en que cogía a su amada de la mano y escuchaba, otra vez corriendo, el canto rico y opulento que le regalaba su pueblo:

Ha llegado el gran Enrico
Matador de infieles criollos
Aquél que les hacía rico
A las mujeres de los moros

Y se perdió la leyenda entre la infinitud de juglares y el gentío.

——oOo——

«A los que cayeron como mártires de la Resistencia»

FIN

——ooOoo——



Libros de tapa blanda Libros de tapa dura Álbumes de fotos
Calendarios Libros de recetas Y más

Vende

Herramientas para ayudarte a vender en todo el mundo
Convierte
tus ideas en dinero



Compra

Productos de más de un millón
de creadores. Libros, obras
de arte, CDs y mucho más.

ENVÍO

Opciones de envío
Ayuda con los envios
Política de devoluciones

Impresi ón a granel

INFORMACTIÓN CORPORATIVA

Centro de prensa internacional
Perfil de empresa
Trabajos en Lulu.com

SOCIOS

weRead.com
Programa de Editorial

AYUDA RÁPIDA

Centro de ayuda
Mapa del sitio
Lo más buscado





Lulu tiene creadores de 80 países y distribuye en más de 100. Selecciona tu idioma y moneda y comienza a publicar.